

LEER Y ESCRIBIR

ANTOLOGÍA

nap

NÚCLEOS
DE APRENDIZAJES
PRIORITARIOS

SERIE CUADERNOS
PARA EL AULA
ESTUDIANTES

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Leer y escribir. Antología. Cuadernos para el aula. - 1a ed. - Buenos Aires:
Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, 2007.
108 p.: il.; 22 x 28 cm

ISBN 978-950-00-0666-8

1. Libros de Textos . 2. Literatura. 3. Enseñanza Primaria . 4. Enseñanza Secundaria. I. Título
CDD 808.071 2

Presidente de la Nación

Dr. Néstor Kirchner

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología

Lic. Daniel Filmus

Secretario de Educación

Lic. Juan Carlos Tedesco

Subsecretaria de Equidad y Calidad Educativa

Lic. Alejandra Birgin

**Directora Nacional
de Gestión Curricular y Formación Docente**

Lic. Laura Pitman

Subsecretaría de Equidad y Calidad Educativa

Área de producción pedagógica

Cuadernos para el aula

Coordinación general

Adela Coria

Equipo pedagógico

Rosa Rottemberg

Analía Segal

Equipo de elaboración de contenidos

Autoría

Valeria Sardi

Supervisión de contenidos y lectura crítica

Beatriz Masine, Área de Lengua de la Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Marina Cortés, Área de Lengua de la Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Área de producción editorial

Coordinación editorial

Raquel Franco

Brenda Rubinstein, *Edición*

Juan Pablo Luppi, *Corrección*

Carolina Mikalef, Alejandro Luna, *Dirección de arte*

Diego Valiña, *Coordinación gráfica*

Paula Álvarez, *Diagramación*

Mey, Fernando Rossia, *Ilustración*

Agradecemos especialmente a las editoriales que han autorizado en forma gratuita la reproducción de las imágenes y textos incluidos en esta obra.

Estos materiales de la colección *Cuadernos para el aula* tienen la intención de acompañarte en esta nueva etapa, en la que estás terminando la escuela primaria o iniciando la secundaria. Tal vez te encuentres por primera vez con estos temas de estudio; tal vez ya hayas trabajado con ellos... en todo caso, esta colección te propondrá nuevos recorridos y nuevas formas de acercarte a ellos: libros, antologías de textos, películas, cartas satelitarias, novelas... En suma, estos materiales buscan enriquecer ese tiempo de aprender que compartís con tus compañeros y tu docente cada día.

ÍNDICE



Textos literarios

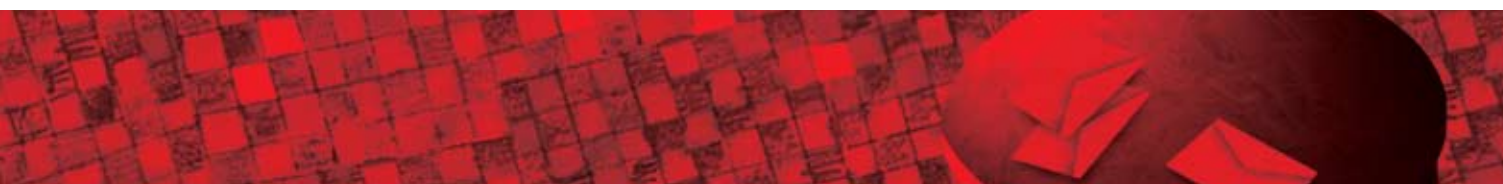
	8	Aparición, Guy de Maupassant	24
Gilgamesh busca el secreto de la inmortalidad, anónimo	10	El hombre sin cabeza, Ricardo Mariño	30
El malentendido, anónimo	15	En un país lejano, Jack London	32
El sombrero metamórfico, Silvina Ocampo	15	Un paciente en disminución, Macedonio Fernández	44
Poema de las islas, y el río de la Muerte, Raúl González Tuñón	17	Espantapájaros 18, Oliverio Gironde	45
Blues del barco abandonado, Raúl González Tuñón	18	El zapallo que se hizo cosmos (cuento del crecimiento), Macedonio Fernández	45
La mujer que gastaba las escobas, anónimo	19	Fantasma de un castillo, César Bruto	47
El miedo, Eduardo Galeano	24	Barbanegra y los buñuelos, Ema Wolf	49





Textos no literarios

El viaje que cambia una vida, Revista Muy interesante	52	Aeróstatos, Eduardo Wolovelsky ,Julio Verne	79
De Bahía Blanca a Buenos Aires, Charles Darwin,	54	¿Inventor o visionario?, Ariel Pérez	82
Los viajes de aventuras y la guerra del corso, Julio Verne	55	El viaje a la Luna de Cyrano de Bergerac, J. L. López Lasala	88
Andrea Bises. Roma, 1926, Eleonora M. Smolensky y Vera Vigevani Jarach	63	El reloj y las costumbres, U. Eco y G. B. Zorzoli	89
Viajeros en busca de un destino, Valeria Sardi y Andrés Allegroni	67	En ciudades amuralladas, Diario Clarín	91
Teresa, Hebe Uhart	70	Salzburgo, clásica y elegante, Diario Clarín	93
Leonardo en la cocina,	76	Las ciudades-fortalezas, Diario Página/12	94
Leonardo da Vinci	77	Grúas abandonadas en la isla Maciel, Roberto Arlt	97





An illustration on the left side of the page shows a woman with a large, pink, polka-dot bag and a man with a long, thin nose and a purple flower. They are standing in front of a yellow building with a circular window. The background is a solid red color.

TEXTOS LITERARIOS

Gilgamesh busca el secreto de la inmortalidad

Anónimo, en: *El cuento popular*, Buenos Aires, CEAL, 1977.

En una isla situada en los confines de la tierra vivía –según se comentaba– el único mortal del mundo que había podido escapar a la muerte: un hombre muy, muy viejo, cuyo nombre era Utnapishtim. Gilgamesh decidió buscarlo y aprender de él el secreto de la vida eterna.

Se puso en viaje al amanecer, y finalmente, luego de haber caminado mucho tiempo, recorriendo una gran distancia, llegó hasta los confines de la tierra, y vio ante sí una inmensa montaña, cuyos picos gemelos tocaban el firmamento, y cuyas raíces llegaban hasta los más profundos infiernos. Delante de la montaña había un enorme portón, guardado por terribles y peligrosas criaturas, mitad hombre y mitad escorpión.

Gilgamesh vaciló un momento, y se llevó las manos a los ojos para protegerlos de tan horrible visión. Pero luego se recobró y avanzó resueltamente hacia los monstruos. Cuando estos vieron que no se asustaba, y cuando contemplaron la belleza de su cuerpo, advirtieron de inmediato que no tenían ante sí a un mortal común. Pese a ello, le cortaron el paso y le preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

Gilgamesh les dijo que se había puesto en camino para encontrar a Utnapishtim, a fin de conocer el secreto de la vida eterna.

–Eso –le respondió el capitán de los monstruos– es algo que nadie alcanzó a saber, ni hubo jamás mortal alguno que haya podido llegar hasta ese sabio inmune al tiempo. Pues el camino que nosotros guardamos es el camino del sol, sombrío túnel de doce leguas: un camino que no puede ser hollado por la planta humana.

–Por largo y oscuro que sea –contestó el héroe–, por grandes que sean las fatigas y los peligros, por más tórrido que sea el calor y por más glacial que sea el frío, yo estoy firmemente resuelto a llevar a cabo el viaje.

Al oír estas palabras, los centinelas tuvieron por cierto que se las habían con algo más que un mortal, y en seguida le abrieron el portón y le franquearon el paso.

Audaz e intrépidamente penetró Gilgamesh en el túnel, pero a cada paso que daba el camino se volvía más oscuro, de modo que muy pronto se vio privado de la visión, tanto hacia delante como hacia atrás. Sin embargo, continuó avanzando y cuando ya le parecía que su ruta era interminable, un soplo de viento acarició su rostro, y un tenue rayo de luz atravesó las tinieblas.

Cuando salió a la luz, un maravilloso espectáculo se ofreció a su vista, pues se encontró en medio de un jardín encantado, cuyos árboles estaban cuajados de pedrería. Y cuando todavía estaba absorto en la contemplación de tanta belleza, la voz del Dios-Sol bajó hasta él desde el cielo.

—Gilgamesh —le dijo— no avances más. Este es el jardín de las delicias. Quédate en él un tiempo y disfrútalo. Nunca antes habían los dioses concedido tal gracia a un mortal, y no debes esperar nada más grande. La vida eterna que buscas, nunca la podrás encontrar.

Pero ni siquiera estas palabras pudieron desviar al héroe de su rumbo, y dejando detrás de sí el paraíso terrenal, siguió adelante en su camino.

Al fin, fatigado y con los pies doloridos, llegó a un gran edificio con apariencia de posada. Arrastrándose hasta él lentamente, pidió que se le permitiera la entrada.

Pero la posadera, cuyo nombre era Siduri, lo había visto venir desde lejos, y juzgando por su desastrada apariencia que no era sino un vagabundo, ordenó que la puerta fuera atrancada ante sus propias narices.

En un primer momento, Gilgamesh se enfureció y amenazó con quebrantar la puerta, pero cuando la señora le habló desde la ventana y le explicó la causa de su alarma, su cólera se enfrió; le dijo quién era, la naturaleza de su viaje, y por qué razón estaba tan desgreñado. Entonces ella abrió los cerrojos y le dio la bienvenida.

Al caer la noche se hallaban en franca conversación, y la posadera trató de disuadirlo de su empresa:

—Gilgamesh —le dijo—, nunca encontrarás lo que buscas. Pues cuando los dioses crearon al hombre, le dieron la muerte por destino y ellos se quedaron con la vida. Deléitate, pues, con lo que se te concede. ¡Come, bebe y diviértete, que para eso has nacido!

Pero ni aun así se inmutó el héroe, sino que, por el contrario, se puso a preguntar a la posadera por el camino a Utnapishtim.

—Vive en una isla lejana, y para llegar deberás cruzar un océano. Pero ese océano es el océano de la muerte y ningún hombre viviente ha navegado por él. Sin embargo, se encuentra ahora en esta posada un hombre llamado Urshanabi. Es el botero del anciano sabio, y ha venido aquí por un mandado. Tal vez puedas persuadirlo para que te cruce.

De modo que la posadera presentó a Gilgamesh al botero, y este accedió a conducirlo hasta la isla.

—Pero con una condición —le dijo—: No deberás permitir que tus manos toquen las aguas de la muerte, y una vez que la pértiga que utilices se haya sumergido en ellas, deberás soltarla de inmediato y usar otra, para que ninguna gota moje tus dedos. De manera que toma tu hacha y corta ciento veinte pértigas, pues es un largo viaje, y las necesitarás todas.

Gilgamesh hizo lo que se le aconsejaba, y poco después, ambos se hacían a la mar en el bote.

Pero al cabo de algunos días de navegación las pértigas se acabaron, y pronto hubieran quedado a la deriva y hubieran fondeado, si Gilgamesh no se hubiera arrancado su camisa para mantenerla en alto como si fuera una vela.

Entretanto, Utnapishtim estaba sentado en la ribera de la isla, contemplando las olas, cuando de pronto sus ojos percibieron a la familiar embarcación balanceándose precariamente sobre las aguas.

—Algo anda mal —murmuró—. Me parece que se ha roto el aparejo.

Pero cuando el bote se aproximó, vio la extraña figura de Gilgamesh manteniéndose alzada su camisa contra el viento.

—Este no es mi botero —murmuró—. Con seguridad que algo anda mal.

Cuando tocaron tierra, Urshanabi llevó de inmediato a su pasajero ante Utnapishtim, y Gilgamesh le dijo por qué había venido, y lo que buscaba.

—¡Ay, joven! —le dijo el sabio— ¡nunca encontrarás lo que buscas! Pues nada hay eterno en la tierra. Cuando los hombres firman un contrato, le fijan término. Lo que hoy adquieren, tendrán que dejárselo mañana a otros. Las viejas rencillas terminan por extinguirse. Los ríos crecen y se desbordan, pero al fin vuelven a bajar sus aguas. Cuando la mariposa sale de su capullo no vive sino un día. Todo tiene su tiempo y su época.

—Cierto —le contestó el héroe—. Pero tú mismo no eres sino un mortal, en nada diferente de mí; y sin embargo, vives perennemente. Dime cómo has encontrado el secreto de la vida, para llegar a ser semejante a los dioses.

Los ojos del anciano adquirieron un matiz de lejanía. Pareció como si todos los días de todos los años estuvieran pasando en precesión ante él. Finalmente, al cabo de una larga pausa, levantó la cabeza y sonrió.

—Gilgamesh —dijo lentamente—, te diré el secreto, un secreto noble y sagrado, que nadie conoce fuera de los dioses y de mí mismo. Y le relató la historia del gran diluvio que los dioses habían enviado sobre la tierra en época remota, y cómo Ea, el benévolo dios de la sabiduría, le había advertido de antemano por medio del silbido del viento que gemía entre los juncos de su cabaña. Obedeciendo las órdenes de Ea había construido un arca, la había calafateado con alquitrán y asfalto, había embarcado en ella a su familia y su ganado, y había navegado durante siete días y siete noches mientras las aguas crecían, las tormentas rugían desencadenadas, y los relámpagos centelleaban. Al séptimo día, el arca había encallado en una montaña en los confines del mundo, y él había abierto una ventana del arca, soltando una paloma, para ver si las aguas habían descendido. Pero la paloma había regresado, por falta de un lugar donde posarse. Luego había soltado una golondrina, y ella también había retornado. Por último, había soltado un cuervo, y este no regresó. Entonces había desembarcado a su familia y a su ganado, y había hecho ofrendas a los dioses. Pero repentinamente el dios de los vientos descendió de cielo, lo volvió a conducir al arca, junto con su esposa, y lo hizo navegar sobre las aguas nuevamente, hasta llegar a la isla del lejano horizonte, donde los dioses lo habían colocado para morar en ella eternamente.

Cuando Gilgamesh oyó este relato, se dio cuenta en seguida de que su búsqueda había sido vana, pues ahora era evidente que el anciano no tenía fórmula alguna que darle. Se había vuelto inmortal, como acababa de comprenderlo, por gracia especial de los dioses, y no, como Gilgamesh había imaginado, por la posesión de algún conocimiento oculto. El Dios-Sol tenía razón, y también la tenían los hombres-escorpiones, al igual que la posadera. Lo que buscaba, nunca lo encontraría; al menos, no de este lado de la tumba.

Cuando el viejo hubo terminado su historia, miró fijamente el rostro ajado y los ojos fatigados del héroe.

—Gilgamesh —le dijo bondadosamente— debes descansar un poco. Acuéstate, y duerme durante seis días y siete noches. —Y no bien hubo pronunciado estas palabras, Gilgamesh se durmió profundamente.

Entonces Utnapishtim se volvió hacia su mujer: ¡vivir eternamente, si ni siquiera puede estarse sin dormir! Cuando despierte, por supuesto que lo negará —los hombres siempre han sido mentirosos— de modo que quiero que le des una prueba de su sueño. Por cada día que duerma, cuece una hogaza de pan y colócala junto a él. Día tras día esas hogazas se pondrán duras y se enmohecen, y al séptimo día, cuando las vea en hilera ante sí, comprobará, por su estado, cuánto tiempo ha pasado durmiendo.

Así fue como todas las mañanas la esposa de Utnapishtim coció una hogaza, e hizo una marca en la pared para llevar cuenta de que otro día había pasado; y, naturalmente, al cabo de seis días, la primera hogaza se había secado, la segunda estaba como cuero, la tercera estaba empapada, la cuarta tenía manchas, la quinta estaba llena de moho, y solo la sexta parecía fresca.

Cuando Gilgamesh se despertó pretendió por supuesto que nunca había dormido:

—¿Qué es esto? —le dijo a Utnapishtim—. En el momento en que voy a echarme una siestita me empujas el codo, ¡y me despiertas! —Pero Utnapishtim le mostró los panes, y entonces Gilgamesh comprendió que había dormido durante seis días y siete noches.

Entonces Utnapishtim le ordenó lavarse y limpiarse, y prepararse para el viaje de regreso. Pero cuando el héroe subía a su bote, listo para partir, la esposa de Utnapishtim se acercó.

—Utnapishtim —dijo—, no puedes enviarlo de vuelta con las manos vacías. Ha cumplido un largo viaje, con gran esfuerzo y fatiga, y debes hacerle un regalo al partir.

El anciano alzó la mirada, y contempló detenidamente al héroe:

—Gilgamesh —le dijo—, te diré un secreto. En las profundidades del mar hay una planta que parece una estrellamar y tiene espinas como una rosa. ¡El hombre que de ella se apodere y la saboree recuperará su juventud!

Cuando Gilgamesh oyó estas palabras ató pesadas piedras a sus pies y se sumergió en las profundidades del mar, y allí, en el lecho del océano, encontró a la espinosa planta. Sin cuidarse de sus pinchazos la asió con sus dedos, cortó los lazos que sujetaban las piedras a sus pies, y esperó que la marea lo llevara hasta la costa.



Entonces mostró la planta a Urshanabi el botero:

—Mira —le dijo—, ¡esta es la famosa planta llamada “Rejuvenece-barba-gris”!
¡Aquel que la prueba renueva su plazo de vida! La llevaré conmigo a Erech y haré
que el pueblo la coma. ¡Al menos así tendré alguna recompensa por mis fatigas!

Luego de haber cruzado las peligrosas aguas y de tocar la tierra, Gilgamesh y su
compañero iniciaron el largo viaje a pie hasta la ciudad de Erech. Cuando hubieron
recorrido cincuenta leguas el sol comenzó a ponerse, y buscaron entonces un lugar
donde pasar la noche. De súbito dieron con un fresco arroyuelo.

—Descansaremos aquí —dijo el héroe—. Yo voy a bañarme.

Se quitó en seguida sus ropas, depositó la planta en el suelo, y se sumergió en
las frescas aguas del arroyo. Pero en cuanto volvió sus espaldas, una serpiente
salió del agua, y al olfatear la fragancia de la planta se la llevó consigo. Y apenas la
probó, se desprendió de su vieja piel y recuperó su juventud.

Cuando Gilgamesh vio que la preciosa planta había escapado de sus manos
para siempre, se sentó y lloró con amargura. Pero pronto volvió a levantarse, y re-
signado finalmente a compartir la suerte de toda la humanidad, volvió a la ciudad
de Erech, retornando a la tierra de donde había venido.

El malentendido

Anónimo, en: *El cuento popular*, Buenos Aires, CEAL, 1977.

¿Saben ustedes lo que ha sucedido en Moral ahora poco? Cosa horrible. Hay una familia compuesta de la madre y dos hijas; la una casada vive en un paraje no distante, y un hermano que salió niño para América volvía con una buena fortuna en doblones. Llega a casa de la hermana casada, se hace reconocer y le cuenta la buena nueva, anunciándole que va a casa de su madre de quien no se hará reconocer para darle un chasco. Al día siguiente la hermana va a la casa paterna, y signo ninguno exterior le indica la presencia de su hermano. —¿Y el viajero?, pregunta. —¿Qué viajero? —le contestan madre e hija desfavoridas. —El viajero que vino a alojarse. —No ha venido nadie —contesta la madre pálida. —Se fue esta mañana —contesta al mismo tiempo la hija. —Pero, madre, era Antonio que venía de América, rico. —¡Antonio, mi hijo! ¡Mi hermano! —exclaman mesándose los cabellos—, ¡y el corazón no me había dicho nada!... ¡Madre y hermana lo habían asesinado en la noche por apoderarse del saco de onzas...!

El sombrero metamórfico

Silvina Ocampo, en: *Cuentos completos II*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

Los sombreros se usan para precaverse del sol o del frío. Los campesinos no pueden prescindir de ellos; los alpinistas, tampoco. No son meros objetos frívolos, decorativos o ridículos. Se usan también o se usaron para saludar, para halagar, para molestar.

¿No conocen la historia del sombrero metamórfico?

Existió en el sur de Inglaterra, en 1890. Cuentan que era de terciopelo verde y tan apropiado para los hombres como para las mujeres. Una plumita engarzada en un anillo de nácar era su único adorno. Este sombrero apareció por primera vez en la casa de un señor inglés, a las ocho de la noche de un mes de marzo. Nadie reconoció ni reclamó el sombrero. Al día siguiente, cuando lo buscaron para examinarlo, no estaba en ningún rincón de la casa. Otra vez, apareció en la casa de un médico, a la misma hora. El médico, creyendo que era de la paciente que acababa de irse, lo guardó en su ropero, cosa que molestó a su mujer. La disputa duró hasta el alba, en que hablaron de divorcio. Otra vez provocó un duelo entre dos jóvenes, amantes de una misma señora. La aparición del sombrero, que llevaba de adorno un anillo, había provocado en ambos la sospecha de una activa infidelidad. El sombrero fue a dar al Támesis, pues no había forma de deshacerse de él; quien lo arrojó fue castigado con veinte latigazos. El sombrero se había oscurecido; algo humano tenía en el lado derecho del ala, sobre el ojo de quien lo probaba, dándole ganas de acariciarlo.

—No lo toquen, niños —exclamaban las personas mayores, cuando los jóvenes se lo probaban.

—Trae mala suerte. Habrá pertenecido a algún brujo o bruja, que se dedica a hacer malas jugadas. Entra en las casas sin que nadie lo lleve. Es un intruso. Los objetos son como las personas, malas o buenas. Este es malo.

—No es malo —le aseguró un niño a una niña—. Si me lo pongo, soy Juana de Arco, oigo voces.

—Y yo Enrique Octavo —dijo la niña, tratando de arrebatárselo.

Por increíble que parezca, la niña se parecía a Enrique Octavo.

Tanto y tanto hicieron que el sombrero fue a dar otra vez al Támesis, y el que lo rescató, un transeúnte cualquiera, se lo llevó a su casa. No lo guardó, le agregó unas florcitas de seda y lo llevó a la feria para venderlo, con un conjunto de blusa y falda.

En algún diario salió la noticia del sombrero. Adquirió una fama extraña; fue a dar a una sombrerería, que vendía sombreros masculinos y femeninos. Frente al desmesurado espejo del probador, ocurrían transformaciones mágicas. Durante esas transformaciones, el espejo perdía su claridad por un instante y se llenaba de raras líneas negras y sombras de animales. Probarse aquel sombrero bastaba para que un hombre se volviera mujer y una mujer hombre. Las madres de algunos niños no dejaban que sus hijos pasaran frente a la puerta de la sombrerería por miedo a que sufrieran una indebida metamorfosis. Muchas clientas ofrecían toda su fortuna con tal de comprar el sombrero, pero el precio estaba por encima de sus posibilidades; además, la moda ya había cambiado.

El sombrero seguía colocado en el escaparate más visible y lujoso de la casa. Se dijo que bastaba probarse una vez el sombrero para lograr la cura de una sinusitis, de una angina o de un glaucoma. También se dijo que curaba los males de amor; conseguía enamorar a quien se lo probara, si miraba en el espejo una fotografía del elegido. Estas curas resultaban costosas. El sombrero, de tan manoseado, no se desteñía ni se marchitaba. Dijeron los clientes que lo habían falsificado, con falso terciopelo, que ya no era de ese verde tan delicado, sino de un verdinegro que engañaba a los ojos.

—Tal vez se dedique a la maldad —dijeron ciertos malvados.

—Es un sombrero que se parece a las personas.

No sé si tuvieron razón, pero el mal se apoderó de los ánimos.

—Trae mala suerte, irradia veneno —dijo un sabio, no por maldad sino por sabiduría—. Hay que matarlo.

Lo mataron. ¿Cómo? Nunca se sabrá. Pero dicen que se agitó cuando le arrancaron el ala y que dio un imperceptible grito.

En el espejo quedó por un tiempo un reflejo verde, como el de algunas piedras.



Poemas de las islas, y el río de la Muerte

Raúl González Tuñón, en: *Antología poética*, Buenos Aires, Losada, 1980.

En el país en donde el viento cambia de nombre cada cien lenguas.
En el país en donde nacen las grandes crecientes y naufragan las veletas.
En el país donde los ríos cambian de nombre cada cien leguas.
Donde las orquídeas son devoradas por lianas.
En la cuenca del Amazonas y del Plata,
Poblada de gatos monteses, caimanes, jabalíes, basiliscos,
Multicolores moscardones, grandes pájaros asesinos.
En el país donde la selva atrapa con el sutil veneno
de la terrible fiebre verde.
Allí donde se encuentran los imponentes ríos, vecinos del dolor y del espanto de
los caucheros y los leñadores.
Y más allá, donde yacen extrañas ciudades enterradas desde hace miles de años;
sus muertos, sus hazañas y sus ritos.
En el país donde disputan vientos y soles, lluvias y sequías,
olores excitantes, grillos mágicos, sapos gigantescos.
Allí donde hay algo más que el oro y los diamantes,
más que el bosque compacto, las selvas vírgenes y los ríos tremendos:
hay, en el corazón misterioso de este mundo,
la total, fascinante atracción de la selva.
Y pregúntele a Fawcett, explorador inglés, si es que retorna
de la isla que navega en el Río de la Muerte,
rumbo a un destino inexorable, hacia el Océano.
Hacia el inconmensurable cementerio
De aventureros, de islas y de barcos.



El viajero contemplando un mar de nubes, óleo sobre lienzo 98, 4 x 74,8 cm. Caspar David Friedrich, 1817-18 (detalle).

Blues del barco abandonado

Raúl González Tuñón, en: *Antología poética*, Buenos Aires, Losada, 1980.

A Evita Botana

Aquí estoy desde el día en que varó la rosa.
Nadie podrá saber quién distrajo su rumbo.
Aquí fui destruyéndome y hoy, casi vuelto al árbol,
sólo la fiel madera permanece en su forma.
La tempestad me trajo del pedrusco y el limo
Que arrebaté al secreto de las aguas atroces.
Los naufragos partieron y el capitán, sin novia,
Quedó en los arrecifes lejanos del olvido.

Cuando la luna saca mi mascarón a flote
la aventura vacía se puebla de recuerdos,
donde en el remolino de las ondas amargas
una paloma besa la frente de la noche.

Vuelvo a ver hondos puertos de carbón y de sal,
tiestos en la ventana del aduanero triste,
y oigo los acordeones que en los barcos de sombra
dicen dulces Italias en nostalgia de mar.
Vuelvo a ver marineros que cantan en las fondas,
deliciosos tatuajes con nombres de mujeres,
la cajita de música y el pontón fatigado
en donde el ángel vela su sueño de gaviota.

Vuelvo a ver horizontes de aldeas sumergidas,
lavanderas que lloran a los maridos muertos,
callejones con fondos de silueta de ahorcado
y el muelle, cuando atracan las ratas perseguidas.

He bordeado la isla de florida fragancia
la tarde en que me vieron pasar los pescadores.
Yo iba a recoger a sus hijos perdidos
en el feroz remanso que devoró la balsa.
Vencedor de la niebla, timonel de ojo astuto,
por los ríos famosos cargué placer y pena,
alegres contrabandos de amores fugitivos,

el jugador fullero y el leñador oscuro.
Ni los soles tremendos ni la bruma enervante
consiguen abatir mi esqueleto solemne.
Sólo turban la paz de mi prisión medida
los asaltos furtivos de los niños salvajes.

Quisiera ser un puente, un andamio, un refugio
en la lluvia o el féretro de los exploradores.
No estar aquí tumbado, deshabitado, eterno.
Quisiera ser el arca del último diluvio.

A veces desde el tiempo, por la playa desnuda
viene Mary Celeste. Su adolescencia errante
bajo la Cruz del Sur se tiñe extrañamente
y me contempla, solo, desierto de la espuma.

Su clara aparición me hace amar esta orilla,
el otoño mojado y mi antigua congoja.
Entonces un albatros nace en alguna parte,
y se torna dorada mi magnífica ruina.



La mujer que gastaba las escobas

Anónimo, en www.imaginaria.com.ar (traducción de Máximo Damián Morales)

Había una vez un joven matrimonio muy feliz. El hombre se llamaba José y la mujer tenía por nombre Alba. Los dos eran personas muy trabajadoras y gozaban de muy buena salud.

El marido trabajaba como empleado en una tienda de telas, cuyo dueño le había tomado mucho cariño. De a poco había ido ganándose su afecto y respeto hasta convertirse en el encargado general, y aspiraba a que, algún día, cuando el dueño falleciera, le legara la tienda, ya que este no tenía hijos.

La mujer era fuerte y de penetrante mirada, su cabello tenía unos pocos rizos colorados y su nariz estaba moteada por algunas pecas. Trabajaba todo el día en la casa, limpiando, dándole de comer a los animales y cuidando la pequeña huerta. Aún no tenían hijos pero deseaban tenerlos.

Todos los lunes, cuando el marido se preparaba para ir a trabajar, ella le pedía dinero para comprar una nueva escoba. José no podía entender cómo hacía para gastar una escoba por semana.

—¿Pero qué es lo que haces con las escobas, mujer?

—Querido esposo —respondía ella con su más dulce voz—, entra mucho polvillo, barro y hojas de afuera, y sabes que yo soy muy limpia. Es mi deso que nuestro hogar sea un lugar libre de suciedad. Además, dime: ¿en qué clase de casa te gustaría que criara a tus hijos?

El marido no tenía ganas de discutir por una escoba, así es que le dejó una moneda más sobre la mesa y partió a su trabajo.

Todos los lunes José le dejaba dinero para que su esposa comprara una escoba nueva y hasta un par de veces, llevado por la curiosidad, él mismo revisó la usada antes de arrojarla al fogón como leña. Todas se encontraban en un estado deplorable, algunas estaban tan gastadas que casi no les quedaba paja.

Un domingo en la misa, José quedó impresionado por el sermón que dio el sacerdote. Habló de brujería y de los poderes oscuros que el Diablo utilizaba para atraer a sus víctimas y conseguir adeptos que dañaran, por medio de hechizos terribles, a los pobres y fieles cristianos.

—La mujer —decía el cura con el dedo índice levantado como dando una sentencia— es especialmente débil frente a las artimañas del Diablo. Recuerden que fue una mujer, Eva, la que mordió la manzana y se la ofreció a Adán y por ese motivo fueron expulsados del Paraíso, que Dios había hecho para ellos, para que vivieran en la total y absoluta felicidad.

La gente asentía los dictámenes del sacerdote y guardaban el más inquebrantable silencio, prestando especial atención a sus palabras. Muchas de las personas de ese pueblo, por primera vez, estaban oyendo un sermón interesante, algo que verdaderamente valía la pena escuchar.

—Hacer brujería es lo mismo que hacer un pacto con el Demonio —continuaba el sacerdote—. Hay que prestar atención a las pequeñas pruebas, los detalles que nos demuestran, con la luz de la verdad, que la oscuridad mora entre nosotros.

Toda la gente del pueblo regresó a sus casas con las palabras del cura en su memoria; el miedo atenazaba sus almas y las dudas mortificaban su mente.

A la mañana siguiente, José se preparó para ir a trabajar. Desayunó con su esposa y luego, antes de marcharse, ella le dijo:

—Déjame una moneda para una escoba nueva.

José se estremeció porque sintió que en esas palabras resonaba la voz del Diablo. ¿Sería su mujer una bruja? ¿Qué clase de brujerías haría con las escobas que él le pagaba? Cuando llegó a ese pensamiento, su corazón dio un vuelco: ¿el también sería atrapado por las garras del Demonio por contribuir a los hechizos con escobas que él mismo compraba?

La mujer había dejado sus tareas y lo miraba fijamente. ¿Podría leerle el pensamiento? ¿Era su mujer o el Demonio quien lo estaba mirando de esa forma?

—Aquí tienes, mujer, una moneda ganada con el sudor de mi frente como Dios manda.

Alba, sorprendida, tomó la moneda y luego sonrió.

—Que te vaya bien, querido.

El día de trabajo fue terrible, y José calculó mal varias veces la longitud que debía cortar y desperdició varios metros de preciosa tela. Las cuentas no le salían, la tijera no cortaba, le dolía la cabeza y no podía pensar en otra cosa que no fuera su mujer, el Diablo y las escobas. Caminó lentamente de regreso a su casa, fue rezando y tratando de tranquilizarse.

—Tal vez —se decía a sí mismo— yo estoy asustado y mi pobre mujer no es más que una trabajadora de Dios que cumple con la tarea de mantener limpio el hogar.

Pero decidió que, a partir de ese momento, le prestaría atención al estado de las escobas.

Su mujer lo esperaba con una succulenta cena caliente, y a pesar de que José desconfió en un primer momento, comió toda la comida que le sirvió. Ella se fue a acostar y, antes de hacerlo él, buscó la escoba y la encontró casi como nueva. Suspiró y se fue a dormir.

A la mañana siguiente se levantó y fue a verificar cómo estaba la escoba: se encontraba en el mismo estado y lugar en que la había visto a la noche.

Más tranquilo, desayunó con su amada y partió al trabajo.

La jornada resultó buena y José regresó a su casa como siempre. Cenó con su esposa, quien le dijo que estaba cansada, y le propuso irse a dormir más temprano. José también sentía sueño, pero antes de acompañarla fue a ver la escoba: se encontraba en el mismo estado que el día anterior. Regresó con su mujer, se sumergió entre las mantas y se durmió inmediatamente.

A la mañana siguiente se levantó, desayunó y estaba por irse a trabajar cuando vio que la escoba, apoyada contra el umbral de la puerta que daba hacia la calle, estaba casi deshecha, como si alguien la hubiera usado toda la noche.

Su corazón dio un vuelco. Miró a su mujer y, aún poniéndose el chaleco, partió rápidamente sin saludar.

—¡No puede ser! —se quejaba mientras caminaba hacia la tienda—. ¡Mi mujer no puede ser una bruja!

Otra vez volvió a tener un mal día de trabajo: la gente que entraba en la tienda se iba sin comprar y los géneros que cortaba siempre eran demasiado cortos o demasiado largos.

Regresó a su casa con el semblante serio, pensando que no se dejaría engañar por las argucias del Diablo. Decidió que, a partir de ese momento, no comería nada de lo que ella le preparara.

Alba notó el cambio de actitud de su marido: él casi no le hablaba, no comía y, a la noche, se levantaba a cada rato.

José se levantaba todas las noches para verificar el estado de la escoba, que

se encontraba igual de estropeada que la última vez que la había visto. También espiaba a su esposa y la observaba dormir.

La falta de buena comida y de sueño lo estaban mortificando demasiado, no era lo habitual para alguien que llevaba una vida cómoda. Iba a desistir de sus espiadas nocturnas, hasta que llegó la noche del viernes.

José luchaba interiormente para mantenerse despierto pero aparentando que dormía. Como si se tratara de un juego, acompasó su respiración e, incluso, emitió algunos ronquidos.

De pronto, su mujer se volvió en la cama y lo observó detenidamente. José la podía ver entre las pestañas de los párpados que mantenía casi cerrados.

La mujer se levantó suavemente, casi sin mover la cama. Entornó la puerta y caminó hasta la cocina sin encender ninguna luz. José, a su vez, se levantó despacio y, sin hacer ruido, se acercó a la rendija para espiarla.

Vio que su mujer se quitaba toda la ropa, quedándose completamente desnuda. El reflejo de la luna brillaba sobre su cuerpo pecaminoso. Nunca la había visto así, tan radiante, tan libre, tan atractiva y tan... ¡desnuda!

La lujuria se apoderó de su alma, la pasión le golpeaba cada centímetro de su cuerpo, pero rezó a Dios para que le alejara esas sensaciones lujuriosas.

Mientras luchaba con sus emociones, seguía espiando. Ahora su mujer tomaba un frasco con un líquido espeso de color verdoso, y metiendo dos dedos dentro de él, comenzaba a untarse todo el cuerpo.

Sentimientos encontrados de odio, miedo, pasión y vergüenza se sucedían en el interior del alma de José. ¿Qué debía hacer?

Finalmente decidió esperar y ver lo que hacía su esposa.

Alba tapó el frasco y lo guardó cuidadosamente en el armario, luego caminó hasta el umbral de la puerta donde estaba apoyada su escoba, la puso entre sus piernas y flexionando las rodillas se sentó sobre ella. Mencionó unas palabras mágicas, se elevó en el aire y desapareció por la chimenea.

José estaba atónito, su cuerpo temblaba. Rápidamente se calzó los zapatos y salió corriendo en busca del sacerdote.

Al llegar a la parroquia golpeó desesperadamente las puertas.

El cura le abrió y le preguntó:

—¿Qué sucede, José?

—Algo terrible, he visto algo terrible, padre.

El sacerdote lo hizo pasar y, luego de sentarlo y ofrecerle un vaso de agua, por fin, José le contó todo lo que había visto.

El cura lo miró con semblante serio y finalmente habló:

—Pues, por lo que me dices, tu mujer es una bruja, hizo un pacto con el Diablo y deberá pagar las consecuencias. Has hecho bien en venir y contarme, así estarás libre de pecado y expiarás tus culpas.

José estaba destruido y se aferraba con ambas manos su cabeza desgredada.



The Ingoldsby Legends,
Arthur Rackham (detalle).

El cura lo tomó de un hombro y le dijo:

—No te preocupes, hijo, has hecho lo correcto.

El sacerdote mandó a su ayudante a buscar a los guardias que llegaron pronto.

—Rápido, debemos hacerlo rápido antes de que se dé cuenta la bruja —dijo.

Los hombres partieron en la noche, armados con espadas, dagas y antorchas. El sacerdote iba a la cabeza con un ejemplar de las Sagradas Escrituras.

Llegaron a la casa de José y sorprendieron a la mujer en la cama.

—No nos engañas, Diablo —dijo el cura sarcásticamente.

Alba se despertó sobresaltada, parecía no saber lo que ocurría.

—¿José? ¿Eres tú? ¿Qué pasa? ¿Qué hacen todos estos guardias en nuestra casa?

—No es tu casa —respondió rápidamente el sacerdote—, el Diablo no tiene cabida en este lugar.

—¡Pero yo soy su mujer!

—¡No, eres una bruja! —repuso el cura con énfasis.

Los guardias la destaparon y la arrancaron de la cama, luego, le amarraron las manos a la espalda.

—¡Córtenle el cabello para que no pueda hacer su magia demoníaca! —ordenó el hombre del clero.

Uno de los guardias sacó una daga y comenzó a cortar tanto pelo como piel de la cabeza de la mujer, que se debatía con todas sus fuerzas.

—Arrojen su escoba del demonio al fuego, ¡que arda ahora como ella arderá en un futuro cercano!

Los guardias tomaron la escoba desgarbada y la arrojaron al fuego con temor.

—¡José! —gritaba Alba—, ¡ayúdame por favor!

—Te vi volar —dijo José, casi como en un susurro.

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza, presa del mayor dolor: su esposo la había denunciado.

El juicio fue rápido, varios testigos aseveraron haberla visto cruzar el cielo montada en su escoba y algunos más aseguraron haber sido víctimas de maleficios que ella misma había elaborado.

La quemaron en la plaza pública, frente a los ojos de cientos de personas que concurrieron al macabro espectáculo. Todos los hombres, mujeres y niños del pueblo contemplaron la ejecución de la bruja llamada Alba. Todos menos su marido, José, que a partir de ese día ya no volvió a sentir alegría y, poco a poco, se fue sumergiendo en una angustia cada vez más profunda hasta que murió. Algunos dicen que murió de pena, debido a su remordimiento por lo que había hecho, pero muchos más dicen que murió hechizado por el último deseo de la bruja llama Alba, la mujer que gastaba las escobas.

El miedo

Eduardo Galeano, en: *Mujeres*, Buenos Aires, Biblioteca Página/12, s/r.

Esos cuerpos nunca vistos los llamaban, pero los hombres nunca no se atrevían a entrar. Habían visto comer a las mujeres: ellas traban la carne de los peces con la boca de arriba, pero antes la mascaban con la boca de abajo. Entre las piernas, tenían dientes.

Entonces los hombres encendieron hogueras, llamaron a la música y cantaron y danzaron para las mujeres.

Ellas se sentaron alrededor, con las piernas cruzadas.

Los hombres bailaron durante toda la noche. Ondularon, giraron y volaron como el humo y los pájaros.

Cuando llegó el amanecer, cayeron desvanecidos. Las mujeres los alzaron suavemente y les dieron agua para beber.

Donde ellas habían estado sentadas, quedó la tierra toda regada de dientes.

Aparición

Guy de Maupassant, en: *Magnetismo*, Buenos Aires, Biblioteca Página/12, s/r.

Se hablaba de secuestros a propósito de un reciente proceso. Era al final de una velada íntima, en la calle de Grenelle, en una antigua mansión, y cada cual tenía su historia, una historia cuya autenticidad afirmaba.

Entonces el viejo marqués de La Tour-Samuel, de 82 años de edad, se levantó y fue a apoyarse en la chimenea. Dijo con su voz algo temblona:

“También yo sé una cosa extraña, tan extraña que ha sido la obsesión de mi vida. Hace ya 56 años que me ocurrió esa aventura, y no pasa un mes sin que la vuelva a ver en sueños. De ese día me ha quedado una marca, una impronta de miedo, ¿entienden ustedes? Sí, padecí un horrible espanto, durante diez minutos, y con tal intensidad que a partir de esa hora perdura en mi alma una especie de terror constante. Los ruidos inesperados me hacen estremecerme hasta la médula; los objetos que distingo mal en las sombras del atardecer me dan unas ganas locas de escapar. En fin, tengo miedo de noche.

¡Oh! No habría confesado esto antes de llegar a la edad que tengo. Ahora puedo decirlo todo. Cuando uno tiene 82 años, está permitido no ser valiente ante peligros imaginarios. Ante los peligros reales no he retrocedido nunca, señoras.

Esta historia trastornó tanto mi espíritu, me infundió una turbación tan honda, tan misteriosa, tan horrible, que ni siquiera la conté nunca. La guardé en el íntimo fondo

de mí, en ese fondo donde se guardan los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las inconfesables debilidades que tenemos en nuestra existencia.

Voy a contarles la aventura tal cual, sin tratar de explicarla. Con toda seguridad es explicable, a menos que haya tenido yo una hora de locura. Pero no, no he estado loco, y les daré una prueba. Imagínense lo que quieran. He aquí los simples hechos.

Era en 1827, en el mes de julio. Yo me encontraba de guarnición en Ruán.

Un día, cuando me paseaba por el muelle, tropecé con un hombre al que creí reconocer, aunque sin recordar exactamente quién era. Hice, instintivamente, ademán de detenerme. El extraño se dio cuenta del gesto, me miró y cayó en mis brazos.

Era un amigo de la juventud a quien había querido mucho. Durante los cinco años que no lo había visto, parecía haber envejecido medio siglo. Su pelo era completamente blanco; y andaba encorvado, como agotado. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una horrible desgracia lo había destrozado.

Locamente enamorado de una joven, se casó con ella entre una especie de éxtasis de felicidad. Tras un año de dicha sobrehumana y de pasión inextinguible, ella había muerto repentinamente de una enfermedad del corazón, matada por el propio amor, sin duda.

El abandonó su quinta el mismo día del entierro, y había venido a habitar en su mansión de Ruán. Y allí vivía, solitario y desesperado, roído por el dolor, tan infeliz que sólo pensaba en el suicidio.

—Ya que te encuentro así, me dijo, te pediría que me hicieras un gran favor, y es ir a buscar en el escritorio de mi habitación, de nuestra habitación, unos papeles que necesito con urgencia. No puedo encargar esa diligencia a un subalterno o a un hombre de negocios, pues es menester una impenetrable discreción y un silencio absoluto. Por mi parte, por nada del mundo entraría en esa casa.

“Te daré la llave de esa habitación, que cerré yo mismo a marcharme, y la llave del escritorio. Le entregarás además, una nota mía al jardinero, que te abrirá la quinta.

“Pero ven a almorzar conmigo mañana, y hablaremos de ello— concluyó mi amigo.

Prometí hacerle aquel pequeño favor. Por lo demás, para mí era un simple paseo, pues su posesión estaba situada a unas cinco leguas de Ruán. Tardaría una hora a caballo.

A las diez, al día siguiente, estaba en su casa. Almorzamos los dos solos; pero él no pronunció ni veinte palabras. Me rogó que lo disculpase; la idea de la visita que yo iba a hacer a aquella habitación, donde yacía su felicidad, le trastornaba, me dijo. Y, en efecto, me pareció singularmente agitado, preocupado, como si en su alma se librara un misterioso combate.

Por último me explicó exactamente lo que debía hacer. Era muy sencillo. Debía coger dos paquetes de cartas y un fajo de papeles guardados en el primer cajón de la derecha del mueble cuya llave tenía. Agregó: No necesito rogarte que no pases los ojos por ellos.

Casi mi hirió esa frase, y se lo dije un poco vivamente. Balbució:

—Perdóname, sufro demasiado—. Y se echó a llorar.
Lo dejé hacia la una para cumplir mi misión.

Hacía un tiempo radiante, y yo marchaba a trote largo a través de las praderas, escuchando cantos de alondras y el rítmico ruido del sable sobre mi bota.

Después entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban el rostro, y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba ávidamente, con una de esas alegrías de vivir que nos llenan sin saber por qué, de una felicidad tumultuosa y como inaprensible, una especie de embriaguez de fuerza.

Al aproximarme a la quinta, busqué en el bolsillo la carta que llevaba para el jardinero, y advertí con extrañeza que estaba lacrada. Me sorprendí e irrité tanto que a punto estuve de regresar sin realizar el encargo. Después pensé que iba a demostrar con eso una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo había podido, además, cerrar la nota sin fijarse, turbado como estaba.

La morada parecía abandonada desde hacía veinte años. La barrera, abierta y podrida, se mantenía en pie no se sabe cómo. La hierba llenaba las avenidas; los arriates se confundían ya con el césped.

Al ruido que hice dando patadas contra un postigo salió un viejo por una puerta lateral y pareció estupefacto al verme. Salté a tierra y le entregué mi carta. La leyó, la releyó, le dio vueltas, me examinó de soslayo, se metió el papel en el bolsillo y pronunció:

—¡Bueno! ¿Y qué desea?

Respondí bruscamente:

—Usted debe saberlo, puesto que ha recibido en ese papel las órdenes de su amo; quiero entrar a la casa.

Parecía aterrado. Declaró:

—Entonces, ¿va usted a... a su habitación?

Yo empezaba a impacientarme.

—¡Pardiez! ¿Es que tiene usted la intención de interrogarme, por casualidad?

Balbució:

—No... señor..., pero es que... es que no se ha abierto desde... desde la... muerte.
Si quiere usted esperar cinco minutos, voy a ir... ir a ver si...

Le interrumpí con cólera:

—¡Ah! Vamos, ¿se burla de mí? No puede usted entrar, tengo yo la llave.

Ya no sabía qué decir.

—Entonces, señor, le enseñaré el camino.

—Enséñeme la escalera y déjeme solo. La encontraré sin usted.

—Pero... señor... sin embargo...

Esta vez me enfurecí de veras:

—Y ahora, cállese, ¿no? O tendrá que vérselas conmigo.

Lo aparté violentamente y penetré en la casa.

Atravesé primero la cocina, después dos pequeñas piezas donde el hombre vivía con su mujer. Salvé a continuación un gran vestíbulo, subí la escalera y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin dificultad y entré.

El aposento estaba tan oscuro que al principio no distinguí nada. Me detuve, asaltado por ese insulso olor a moho de las piezas deshabitadas y condenadas, de las habitaciones muertas. Después, poco a poco, mis ojos se habituaron a la oscuridad, y vi con bastante nitidez una gran pieza desordenada, con una cama sin sábanas, pero con colchones y almohadas, una de las cuales tenía la huella profunda de un codo o de una cabeza, como si alguien acabara de apoyarse.

Las sillas parecían en desorden. Observé que una puerta, la de un armario sin duda, se había quedado entreabierta.

Me dirigí ante todo a la ventana para dar luz y la abrí; pero los herrajes de las contraventanas estaban tan herrumbrosos que no pude hacerlas ceder.

Intenté incluso romperlos con el sable, sin conseguirlo. Como me irritaban estos esfuerzos inútiles, y como mis ojos al final se habían acostumbrado perfectamente a la penumbra, renuncié a la esperanza de ver con más claridad y fui hacia el escritorio.

Me senté en un sillón, bajé la tapa, abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los topes. Sólo necesitaba tres paquetes, que sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos.

Abría desmesuradamente los ojos para descifrar los sobrescritos, cuando creí oír o mejor dicho sentir un roce a mis espaldas. No le di importancia, pensando que una corriente de aire había movido alguna tela. Pero al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo correr por mi piel un singular estremecimiento de desagrado. Era tan idiota alterarse, aunque fuera un poco, que no quise volverme, por pudor de mí mismo. Acababa entonces de descubrir el segundo de los fajos que necesitaba; y en el mismo momento en que encontraba el tercero, un grande y penoso suspiro, lanzado contra mi espalda, me hizo dar un salto a dos metros de allí. En mi impulso me había vuelto, con la mano en el puño del sable, y con seguridad, de no haberlo sentido a mi costado, habría huido como un cobarde.

Una mujer alta, vestida de blanco, me miraba, de pie tras el sillón donde estaba sentado un segundo antes.

¡Corrió por mis miembros una sacudida tal que apunto estuve de caerme de espaldas! ¡Oh! Nadie puede entender, a menos que los haya sentido, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se funde; ya no se nota el corazón; el cuerpo entero se vuelve blando como una esponja; diríase que todo nuestro interior se derrumba.

No creo en fantasmas; pues bien: ¡desfallecí con el horrible miedo a los muertos!, y sufrí, ¡oh!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, con la angustia irresistible de los espantos sobrenaturales.

¡Si ella no hubiera hablado, tal vez yo habría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorida que hacía vibrar los nervios. No me atreveré a decir que reco-

bré el dominio de mí y que recuperé la razón. No. Estaba tan enloquecido que no sabía lo que hacía; pero esa especie de íntimo orgullo que hay en mí, y en parte también el orgullo de mi oficio, me hacían conservar, casi a mi pesar, una compostura honorable. Fingía ante mí, y ante ella sin duda, ante ella, fuese quien fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de esto más adelante, pues les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensaba en nada. Tenía miedo. Ella dijo:

—¡Oh!, caballero, ¡puede usted hacerme un favor muy grande!

Quise responder, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un vago ruido salió de mi garganta.

Ella prosiguió:

—¿Quiere usted? Puede salvarme, curarme, sufro atrocemente. Sufro, ¡oh!, ¡cuánto sufro!

Y se sentó suavemente en mi sillón. Me miraba:

—¿Quiere usted?

Dije que sí con la cabeza, pues aún tenía la voz paralizada.

Entonces ella me tendió un peine de carey y murmuró:

—Péineme, ¡oh!, péineme, eso me curará; es precioso que me peine. Fíjese en mi cabeza... ¡Cómo sufro! ¡Y qué daño me hace el pelo!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros, me parecía, colgaban sobre el respaldo del sillón y llegaban al suelo.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué recibí temblando aquel peine y por qué cogí en mis manos sus largos cabellos que me dieron en la piel una sensación de frío atroz, como si hubiese manejado serpientes? No lo sé.

Esa sensación se me ha quedado en los dedos y me estremezco al pensar en ella.

La peiné. Manejaba no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la até y la desaté, la trencé como se trenzan las crines de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

De pronto me dijo: “¡Gracias!”, me arrebató el peine de las manos y escapó por la puerta que yo había visto entreabierta.

Al quedarme solo sentí, durante unos segundos, esa confusa turbación de quien despierta tras una pesadilla. Después recobré por fin mis sentidos; corrí a la ventana y rompí las contraventanas de un furioso empujón.

Una oleada de luz entró. Me lancé hacia la puerta por donde aquel ser se había marchado. La encontré cerrada e inquebrantable.

Entonces me invadió una fiebre de huir, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Aferré bruscamente los tres paquetes de cartas sobre el escritorio abierto; crucé el aposento corriendo, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me encontré fuera sin saber por dónde, y viendo mi caballo a diez pasos, lo monté de un brinco y partí al galope.

Sólo me detuve en Ruán y ante mi casa. Tras haber arrojado las bridas a mi ordenanza, me refugié en mi cuarto, donde me encerré para reflexionar.

Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no habría sido juguete de una alucinación. Seguramente había tenido una de esas incomprensibles conmociones nerviosas, uno de esos trastornos cerebrales que engendran los milagros, y a los que debe su poderío lo sobrenatural.

Y ya iba a creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Mis ojos, por casualidad, descendieron sobre mi pecho. ¡Mi dormán estaba lleno de largos cabellos femeninos que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno por uno y los tiré con dedos temblorosos.

Después llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado turbado para ir ese mismo día a casa de mi amigo. Y además deseaba reflexionar detenidamente sobre lo que debía decirle.

Mandé que le llevaran sus cartas, de las que entregó recibo al soldado. Se interesó mucho por mí. Le dijeron que estaba indispuesto, que había cogido una insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

Me dirigí a su casa al día siguiente, en cuanto amaneció, resuelto a decirle la verdad. Había salido la noche anterior y no había regresado. Regresé durante el día, no lo habían vuelto a ver. Esperé una semana. No reapareció. Entonces avisé a la justicia. Lo buscaron por todas partes, sin descubrir un rastro de su paso o de su retiro. Se hizo una minuciosa visita a la quinta abandonada. No se descubrió nada sospechoso.

Ningún indicio reveló que allí hubiese estado escondida una mujer.

Como la investigación no desembocaba en nada, se interrumpieron las pesquisas. Y, al cabo de 56 años, nada he averiguado. No sé nada más.

“Apparition”, *Le Gaulois*, 4 de abril de 1883.



El hombre sin cabeza

Ricardo Mariño, en: www.imaginaria.com.ar



El hombre, el escritor, solía trabajar hasta muy avanzada la noche. Inmerso en el clima inquietante de sus propias fantasías escribía cuentos de terror. La vieja casona de aspecto fantasmal en la que vivía le inspiraba historias en las que inocentes personas, distraídas en sus quehaceres, de pronto conocían el horror de enfrentar lo sobrenatural.

Los cuentos de terror suelen tener dos protagonistas: uno que es víctima y testigo, y otro que encarna el mal. El “malo” puede ser un muerto que regresa a la vida, un fantasma capaz de apoderarse de la mente de un pobre mortal, alguna criatura de otro mundo que trata de ocupar un cuerpo que no es el suyo, un hechicero con poderes diabólicos...

Un escritor sentado en su sillón, frente a una computadora, a medianoche, en un enorme caserón que sólo él habita, se parece bastante a las indefensas personas que de pronto se ven envueltas en esas situaciones de horror. Absorto en su trabajo, de espaldas a la gran sala de techos altos, con muebles sombríos y una lúgubre iluminación, bien podría resultar él también una de esas víctimas que no advierten a su atacante sino hasta un segundo antes de la fatalidad.

El cuento que aquella noche intentaba crear Luis Lotman, que así se llamaba el escritor, trataba sobre un muerto que, al cumplirse cien años de su fallecimiento, regresaba a la antigua casa donde había vivido o, mejor dicho, donde lo habían asesinado.

El muerto regresaba con un cometido: vengarse de quien lo había matado. ¿Cómo podía vengarse de quien también estaba muerto? El muerto del cuento se iba a vengar de un descendiente de su asesino.

Para dotar al cuento de detalles realistas, al escritor se le ocurrió describir su propia casa. Tomó un cuaderno, apagó las luces y recorrió el caserón llevando unas velas encendidas. Quería experimentar las impresiones del personaje-víctima, ver con sus ojos, percibir e inquietarse como él. Los detalles precisos dan a los cuentos cierto efecto de verosimilitud: una historia increíble puede parecer verdad debido a la lógica atinada de los eslabones con que se va armando y a los vívidos detalles que crean el escenario en que ocurre.

La casa del escritor era un antiquísimo caserón heredado de un tío —hermano de su padre— muerto de un modo macabro hacía muchos años. Los parientes más viejos no se ponían de acuerdo en cómo había ocurrido el crimen, pero coincidían en un detalle: el cuerpo había sido encontrado en el sótano, sin la cabeza.

De chico, el escritor había escuchado esa historia decenas de veces. Muchas noches de su infancia las había pasado despierto, aterrorizado, atento a los insignificantes ruidos de la casa. Sin duda, esa remota impresión influyó en el oficio que Lotman terminó adoptando de adulto.

Proyectada por la luz de las velas, la sombra de Lotman reflejada en las altas paredes parecía un monstruo informe que se moviera al lento compás de una danza fantasmal. Cuando Lotman se acercaba a las velas, su sombra se agrandaba ocupando la pared y el techo; cuando se alejaba unos centímetros, su silueta se proyectaba en la pared... sin la cabeza.

Ese detalle lo sobrecogió. ¿Cómo podía aparecer su sombra sin la cabeza?

Tardó un instante en darse cuenta de que sólo se trataba de un efecto de la proyección de la sombra: su cuerpo aparecía en la pared y la cabeza en el techo, pero la primera impresión era la de un cuerpo sin cabeza.

Anotó en su cuaderno ese incidente, que le pareció interesante: el protagonista camina alumbrándose con velas y, como algo premonitorio, observa que en su sombra falta la cabeza. El personaje no se asusta, es solo un hecho curioso. No se asusta porque él desconoce que en minutos su destino tendrá relación con un hombre sin cabeza. Y no se asusta -pensó Lotman-, porque así se asustará más al lector.

Terminó de anotar esa idea, cerró el cuaderno y decidió bajar al sótano.

Los apolillados encastres de la escalera emitían aullidos a cada pie que él apoyaba. En un año de vivir allí solo una vez se había asomado al sótano, y no había permanecido en él más de dos minutos debido al sofocante olor a humedad, las telas de araña, la cantidad de objetos uniformados por una capa de polvo y la desagradable sensación de encierro que le provocaba el conjunto. Cien veces se había dicho: "Tengo que bajar al sótano a poner orden". Pero jamás lo hacía.

Se detuvo en el medio del sótano y alzó el candelabro para distinguir mejor. Enseguida percibió el olor a humedad y decidió regresar a la escalera. Al girar, pateó involuntariamente el pie de un maniquí y, en su afán de tomarlo antes de que cayera, derribó una pila de cajones que le cerraron el paso hacia la escalera.

Ahogado, con una mueca de desesperación, intentó caminar por encima de las cosas, pero terminó trastabillando. Cayó sobre el sillón desfondado y con él se volteó el candelabro y las velas se apagaron.

Mientras trataba de orientarse, Lotman experimentó, como a menudo les ocurría a los protagonistas de sus cuentos, la más pura desesperación. Estaba a oscuras, nerviosísimo, y no encontraba la salida. Sacudió las manos con violencia tratando de apartar telas de araña, pero estas quedaban adheridas a sus dedos y a su cara. Terminó gritando, pero el eco de su propio grito tuvo el efecto de asustarlo más aún.

Quién sabe cuánto tiempo le llevó dar con la escalera y con la puerta. Cuando al fin llegó a la salida, chorreando transpiración, temblando de miedo, atinó a cerrar con llave la puerta que conducía al sótano. Pero su nerviosismo no le permitía acertar en la cerradura.

Corrió entonces hasta cada uno de los interruptores y encendió a manotazos todas las luces. Basta de "clima inquietante" para inspirarse en los cuentos, se dijo.

Estaba visto que en la vida real él toleraba muchísimo menos que alguno de sus personajes capaces de explorar catacumbas en un cementerio.

Cuando por fin llegó al acogedor estudio donde escribía, se echó a llorar como un chico.

Una gran taza de café hizo el milagro de reconfortarlo. Se sentó ante la computadora y escribió el cuento de un tirón.

Un muerto sin cabeza salía del cementerio en una espantosa noche de tormenta. Había “despertado” de su muerte gracias a una profecía que le permitía llevar a cabo la deseada venganza pensada en los últimos instantes de su agonía: asesinar, cortándole la cabeza, a la descendencia, al hijo de quien había sido su asesino: su propio hermano.

Cuando el escritor puso el punto final a su cuento sintió el alivio típico de esos casos. Se dejó resbalar unos centímetros en el sillón, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Ya había escrito el cuento que se había propuesto hacer. Dedicaría el día siguiente a pasear y a encontrarse con algún amigo a tomar un café.

Sin embargo, de pronto tuvo un extraño presentimiento...

Era una estupidez, una fantasía casi infantil, la tontería más absurda que pudiera pensarse... Estaba seguro de que había alguien detrás de él.

Cobardía o desesperación, no se animaba a abrir los ojos y volverse para mirar. Todavía con los ojos cerrados, llegó a pensar que en realidad no necesitaba darse vuelta: delante tenía una ventana cuyo vidrio, con esa noche cerrada, funcionaba como un espejo perfecto. Pensó con terror que, si había alguien detrás de él, lo vería no bien abriera los ojos.

Demoró una eternidad en abrirlos. Cuando lo hizo, en cierta forma vio lo que esperaba, aunque hubo un instante durante el cual se dijo que no podía ser cierto. Pero era indiscutible: “eso” que estaba reflejado en el vidrio de la ventana, lo que estaba detrás de él, era un hombre sin cabeza. Y lo que tenía en la mano era un largo y filoso cuchillo...

En un país lejano

**Jack London, en: *El hombre de la cicatriz*,
Buenos Aires, Biblioteca Página/12, s/f.**

Cuando un hombre viaja a un país lejano debe prepararse para olvidar muchas de las cosas que ha aprendido, y adquirir las costumbres propias de la vida en el nuevo país. Debe abandonar los viejos ideales y dioses y, a menudo, revertir los propios códigos que delinearon hasta entonces su conducta. Para quienes tienen la facultad proteica de adaptación, la novedad de semejante cambio puede ser inclusive una fuente de placer. Pero, para aquellos que se anquilosaron en los carriles en los que fueron creados, la presión de un entorno así modificado resulta insoportable, y

se irritan en cuerpo y alma bajo las nuevas restricciones, que no comprenden. Esta irritación está llamada a actuar y reaccionar, produce males diversos y conduce a más de una desgracia. El hombre que no sepa adaptarse a la nueva rutina haría mejor en volver a su país. Si dilata demasiado el regreso, es seguro que morirá.

El hombre que vuelve la espalda a las comodidades de una vieja civilización para enfrentarse a la salvaje juventud, a la simplicidad primordial del Norte, puede evaluar su triunfo en proporción inversa a la cantidad y calidad de sus hábitos más desesperadamente enraizados. Si es el candidato justo, pronto descubrirá que los hábitos materiales son los menos importantes. El cambio de cosas tales como un delicado menú por una comida cruda; los duros zapatos de cuero por el blando y deforme mocasín; la cama de colchón de plumas por una manta en la nieve... eso, después de todo, es fácil. Pero sus apuros vendrán al aprender a modelar su actitud mental ante todas las cosas, y especialmente ante su prójimo. Debe sustituir las meras cortesías de la vida corriente por el desinterés, la indulgencia y la tolerancia. Así, y solo así, puede ganar la perla más cotizada: la verdadera camaradería. No debe decir "gracias", sino demostrarlo sin abrir la boca, y correspondiendo del mismo modo. En suma, debe sustituir la palabra por el hecho, la letra por el espíritu.

Cuando el mundo se sacudió con la historia del oro ártico y el señuelo del Norte se apoderó de todos los corazones, Carter Weatherbee abandonó su confortable trabajo de oficinista, entregó a su mujer la mitad de los ahorros y con el remanente compró un equipo. Nada había de romántico en su naturaleza, las cadenas del comercio lo habían destruido todo; simplemente, estaba cansado de la incesante rutina y deseaba correr grandes riesgos con vista a las debidas recompensas. Al igual que otros muchos insensatos que desdeñan los viejos caminos utilizados durante muchos años por los pioneros del Norte, se apuró para llegar a Edmonton en primavera. Y allí, desafortunadamente para su alma, se unió a una cuadrilla.

Nada de inusual había en ella, salvo sus planes. Su meta, como la de todas las demás, era el Klondike. Pero la ruta que habían escogido para alcanzarla dejaría sin aliento al nativo más fuerte, nacido y criado en las vicisitudes del Noroeste. El mismo Jacques Baptiste, hijo de una mujer chippewa y de un renegado *voyageur* —y que berreara su primer llanto en una tienda de piel de ciervo, al norte del paralelo sesenta y cinco, para ser acallado con dichosos chupetes de sebo crudo—, se quedó sorprendido. Aunque aceptó alquilarles sus servicios y guiarlos hasta los hielos permanentes, sacudía la cabeza en forma ominosa toda vez que se pedía su consejo.

La estrella diabólica de Percy debía estar en el cenit, pues también él se unió a esta compañía de argonautas. Era un hombre ordinario, con una cuenta bancaria tan profunda como su cultura, que ya es decir. No tenía motivo ninguno para embarcarse en una aventura semejante, ninguno en el mundo, excepto que sufría un desarrollo anormal de los sentimientos, sensiblería que confundió con un auténtico espíritu de romanticismo y aventura. Muchos hombres han hecho lo mismo, y han cometido el mismo trágico error.

Los primeros deshielos primaverales vieron al grupo seguir el curso helado del río Elk. Era una flota imponente, pues el equipo era grande e iban acompañados por un desordenado contingente de *voyageurs* mestizos con sus mujeres y niños.

Día tras día trabajaban con sus *bateaux* y canoas, luchando contra mosquitos y otras plagas emparentadas, o sudando y maldiciendo durante los acarreos. Un trabajo duro como este desnuda las raíces mismas del alma de un hombre, y antes de que el lago Athabasca se perdiera en el Sur, cada miembro de la expedición había revelado su verdadera índole.

Los dos gandules, y gruñones crónicos, eran Carter Weatherbee y Percy Cuthfert. La expedición completa se quejaba menos que cada uno de ellos de sus dolores y sufrimientos. Ni una sola vez se ofrecieron como voluntarios para alguna de las mil y una pequeñas labores del campamento. Acarrear un cubo de agua, cortar una brazada extra de madera, lavar y secar los platos, buscar entre el equipo algún artículo imprescindible para la ocasión... y estos dos decadentes retoños de la civilización se las ingeniaban siempre para descubrir torceduras y ampollas que exigían atención inmediata. Eran los primeros en acostarse por la noche, con una serie de tareas aún incumplidas; los últimos en saltar por la mañana, cuando la partida tenía que estar preparada antes de que empezara el desayuno. Eran los primeros en caer a la hora de comer, los últimos en dar una mano en la cocina; los primeros en lanzarse sobre una pequeña golosina, los últimos en descubrir que habían añadido a la suya la ración de algún otro. Si remaban, cortaban hábilmente el agua a cada golpe arreglándoselas para que la flotación de la barca eludiera el remo. Creían que nadie se daba cuenta, pero sus compañeros los maldecían por lo bajo y llegaron a odiarlos cada vez más; a su vez, Jacques Baptiste los despreciaba abiertamente y los aborrecía desde la mañana hasta la noche. Pero Jacques Baptiste no era un caballero.

En Great Slave compraron perros de la Hudson Bay y la flota se hundió hasta la línea de seguridad con su carga adicional de pescado seco y *pemmican*. Canoas y *bateaux* obedecieron a la rápida corriente del Mackenzie y penetraron en las Grandes Tierras Yermas. No quedó afluyente de buen aspecto sin explorar, pero la huidiza tierra aurífera saltaba cada vez más hacia el Norte. En el Gran Oso, obsesivos por el terror normal de las Tierras desconocidas, sus *voyageurs* empezaron a desertar, y el Fuerte de Buena Esperanza vio a los últimos y más valientes doblarse bajo las sirgas, resistiéndose tenazmente a la corriente traidora por la que se deslizaban.

Consultaban a cada paso los mapas mentirosos, trazados en su mayor parte sobre la base de habladurías. Y sintieron la necesidad de apurarse, pues el sol había pasado ya del solsticio del Norte y empujaba el invierno otra vez hacia el Sur. Bordeando las costas de la bahía, donde el Mackenzie desemboca en el océano Artico, entraron en la boca del río Little Peel. Entonces comenzó la ardua navegación corriente arriba, y los dos inútiles se las vieron peores que nunca. Sirgas y pértigas, remos y correas, rápidos y porteos: semejantes torturas sirvieron para producirle a uno de ellos un hondo rechazo a los grandes riesgos, y para imprimir en el otro una dura lección sobre el verdadero romanticismo de la aventura. Un día se amo-

tinaron y, habiendo sido insultados en forma humillante por Jacques Baptiste, se revolieron contra él como gusanos. Pero el mestizo los azotó y los envió, contusos y sangrantes, a hacer su trabajo. Era la primera vez que se los trataba con dureza.

Abandonando su barca en las fuentes del Little Peel, se les fue el resto del verano en el largo acarreo que los llevó por la cuenca del Mackenzie hasta West Rat. Esta pequeña corriente alimentaba el Porcupine que, a su vez, se unía al Yukón en donde esa poderosa autovía del Norte desemboca en el Círculo Ártico. Pero habían perdido la carrera contra el invierno, y un buen día amarraron sus balsas al espeso hielo arremolinado y desembarcaron a toda prisa sus bienes. Esa noche el río se atascó y se desatascó por el hielo varias veces, y, a la mañana siguiente, ya se había dormido por largo rato.

—No podemos estar a más de seiscientos kilómetros del Yukón —concluyó el viejo Sloper, mientras recorría febrilmente la escala del mapa con las uñas de los pulgares.

El consejo, en el que los dos inútiles se habían quejado sin éxito de sus desventajas, se acercaba a su final.

—Eso fue la Factoría de la Hudson Bay, hace mucho tiempo. Ya no la utilizan.

El padre de Jacques Baptiste había hecho el viaje para la Compañía de Pieles en los viejos tiempos, y había recorrido buena parte del camino con dos dedos de un pie congelados. —¡Santo Dios! —gritó uno de la partida—. ¿No hay blancos? —Ningún blanco —dijo Sloper con tono sentencioso—. Pero solo hay setecientos kilómetros más por el Yukón hasta Dawson. Digamos que unos mil quinientos desde aquí. Weatherbee y Cuthfert gruñeron a coro: —¿Cuánto crees que tardaremos, Baptiste?

El mestizo calculó por un momento:

—Trabajando como el infierno, sin que nadie escurra el bulto, diez, veinte, cuarenta, cincuenta días. Si vienen esos bebés —señaló a los inútiles—, no se sabe. Tal vez cuando se congele el infierno, o tal vez ni siquiera entonces.

Se detuvo la confección de raquetas de nieve y de mocasines. Alguien llamó a un miembro ausente, que salió de una vieja cabaña, al borde de la hoguera, y se reunió con ellos. La cabaña era uno de los muchos enigmas que acechaban en los vastos y más apartados parajes del Norte. Nadie podía decir cuándo ni quién la había construido. Dos tumbas cavadas al aire libre, cubiertas por un montículo de piedras, encerraban quizás el secreto de esos primeros exploradores. Pero ¿qué manos habían apilado las piedras?

El momento había llegado. Jacques Baptiste se detuvo en el arreglo de un arnés y sujetó al perro más indócil. El cocinero protestó en silencio por el retraso, tiró un puñado de tocino en una ruidosa olla de frijoles, y luego puso atención. Sloper se levantó. Su cuerpo hacía un absurdo contraste con el saludable físico de los inútiles. Amarillo y débil, huyendo de unas fiebres sudamericanas, no había interrumpido su rampante travesía por las distintas regiones y todavía era capaz de trabajar con los otros hombres. Tal vez llegara apenas a los cuarenta y cinco kilos, incluyendo su pesado cuchillo de monte, y su pelo canoso hablaba de una plenitud viril ya inexistente. Los músculos frescos y jóvenes de Weatherbee o Cuthfert podían desarrollar diez

veces la fuerza de los suyos. Sin embargo, él podía tumbarlos en el suelo con solo la caminata de un día. Y durante todo el día había estado animando a sus camaradas más fuertes a aventurarse en una travesía de mil quinientos kilómetros, colmada de las peores dificultades que se pudieran imaginar. Era la encarnación de las inquietudes de su raza y de la vieja obstinación teutónica, matizadas con la rápida comprensión y el afán de acción del yanqui: en él, la carne se sometía al espíritu.

—Todos los que estén a favor de seguir adelante con los perros tan pronto como endurezca el hielo, digan que sí.

—¡Sí! —exclamaron ocho voces, voces destinadas a ensartar una ristra de maldiciones a lo largo de cientos de kilómetros de penurias.

—En contra, digan no.

—¡No!

Por primera vez, los inútiles se identificaron sin ninguna clase de interés personal.

—¿Y qué piensan hacer al respecto? —agregó Weatherbee en tono belicoso.

—¡La mayoría decide! ¡La mayoría decide! —clamó el resto de la cuadrilla.

—Sé que la expedición puede ir al fracaso, si ustedes no vienen —replicó Sloper con suavidad—; pero supongo que, si ponemos todo el empeño, podemos arreglárnosla sin ustedes. ¿Qué dicen, muchachos?

Los demás se hicieron eco de este sentimiento.

—Pero... yo digo, ustedes saben —se atrevió a decir Cuthfert con aprensión—. ¿Qué va a hacer un tipo como yo...? —¿No vienes con nosotros? —No.

—Entonces haz lo que maldito te plazca. No tenemos más que decir.

—Calculo que podrás arreglártela con ese compañero tuyo —sugirió un hombre grueso del Oeste, de Dakota, señalando a Weatherbee—. Seguro que te preguntará qué piensas hacer a la hora de cocinar y de recoger la madera.

—Entonces, todo está arreglado —concluyó Sloper—. Partiremos mañana y acamparemos a unos siete kilómetros, solo para poner cada cosa en orden y ver si se nos olvidó algo.

Los trineos crujieron en sus patines de acero, y los perros tensaron los arneses en los que habían de morir, según su destino. Jacques Baptiste se detuvo junto a Sloper para echar un último vistazo a la cabaña. El humo se rizaba hacia arriba en volutas patéticas por el tubo de la estufa del Yukón. Los dos inútiles los miraban desde la puerta.

Sloper apoyó una mano en el hombro del otro.

—Jacques Baptiste, ¿has oído hablar alguna vez de los gatos de Kilkenny?

El mestizo negó con la cabeza.

—Bueno, mi amigo y buen camarada, los gatos de Kilkenny lucharon hasta que no quedó ni pellejo ni pelo ni maullido. ¿Entiendes? Hasta que no quedó nada. Muy bien. Ahora, a estos dos no les gusta trabajar. Estarán solos en esa cabaña todo el invierno; un duro, largo y oscuro invierno. Gatos de Kilkenny, ¿entiendes?

El francés que Baptiste llevaba dentro se encogió de hombros, pero el indio que también latía en él guardó silencio. Sin embargo era un gesto elocuente, preñado de presagios.

* * *

Al principio las cosas prosperaron en la pequeña cabaña. Las toscas bromas de sus compañeros habían hecho que Weatherbee y Cuthfert tomasen conciencia de su mutua responsabilidad. Además, después de todo, para dos hombres saludables el trabajo no era excesivo. Y la ausencia del cruel látigo, o en otras palabras, de esa topadora que era el mestizo, había producido en ellos una reacción jocosa. Al principio cada uno se esforzaba por superar al otro en la ejecución de pequeñas tareas, con una unción que hubiera hecho abrir los ojos a sus compañeros, quienes empeñaban ahora cuerpos y almas en la Larga Ruta.

Toda preocupación fue desterrada. El bosque, que los cobijaba por tres lados, constituía una inagotable fuente de leña. A unos metros de su puerta dormía el río Porcupine, y un agujero en su manto invernal creaba una fuente de agua burbujeante, cristalina y dolorosamente fría. Pero pronto se las arreglaron para encontrar fallas incluso en eso. El agujero insistía en congelarse, lo que les hacía invertir muchas miserables horas en picar hielo. Los desconocidos constructores de la cabaña habían extendido los troncos laterales para soportar, en la parte posterior, un cobertizo donde se había almacenado el grueso de las provisiones de la cuadrilla. Había comida sin restricciones, para tres veces los hombres que iban a vivir de ella. Pero la mayor parte era de la clase que brindaba fuerza muscular y resistencia pero que no regalaba el paladar. Es verdad que había azúcar abundante para dos hombres normales, pero estos dos eran poco menos que niños. Pronto descubrieron las virtudes del agua caliente saturada de azúcar, y sumergían en ella con prodigalidad los bizcochuelos o mojaban las cortezas en el sabroso y blanco almíbar. Luego vinieron los calamitosos saqueos al café, al té y, en especial, a los frutos secos. Las primeras diferencias fueron por la cuestión del azúcar. Y es algo realmente grave que dos hombres, dependientes por entero uno del otro, empiecen a reñir.

Weatherbee amaba lanzar vocingleros discursos políticos mientras que Cuthfert, quien era aficionado a cortar sus cupones y dejar que la Mancomunidad se abriese paso a los codazos lo mejor posible, ignoraba el asunto o se enfrascaba en sorprendentes epigramas. El dependiente era demasiado obtuso para apreciar la inteligente formulación de los pensamientos, y a Cuthfert lo irritaba este despilfarro de munición. Estaba acostumbrado a ofuscar a la gente con su brillantez y le resultaba difícil aceptar esta pérdida de público. Se sentía personalmente ofendido, e inconscientemente hacía responsable de ello al cabeza-cuadrada de su compañero. Salvo su existencia, no tenían nada en común, no coincidían en un solo punto. Weatherbee era un empleado que no había conocido otra cosa en toda su vida; Cuthfert era un licenciado en artes, aficionado a la pintura y había escrito no poco. Uno era un hombre de clase baja que se consideraba caballero, y el otro un caballero que se sabía tal. Aquí se puede remarcar que es posible ser caballero sin tener el primitivo instinto de la verdadera camaradería. El dependiente era tan sensual como el otro era esteticista, y sus aventuras amorosas, contadas con lujo de detalles y en su mayoría acuñadas por su imaginación, afectaban al ultrasensible

licenciado de la misma manera que otras tantas bocanadas de gases de cloaca. Consideraba al dependiente un obsceno, un bruto ignorante, cuyo lugar estaba en el barro con los cerdos, y así se lo dijo. Él, a su vez, recibió la información de que era un blandengue afeminado y un sinvergüenza. Weatherbee no hubiera podido definir “sinvergüenza” en toda su vida, pero le bastaba para sus propósitos, lo cual, en última instancia, parece ser lo principal en la vida.

Weatherbee desafinaba una nota cada tres, y a veces, durante horas enteras cantaba canciones como “El ladrón de Boston” y “El bello joven de la cabaña”, mientras Cuthfert lloraba de rabia hasta que ya no podía aguantar más y huía al frío exterior. Pero no había escapatoria. El intenso frío no podía soportarse por mucho tiempo, y la pequeña cabaña los amontonaba —camas, estufa, mesa, y todo— en un espacio de 10 por 12. La presencia misma de cada uno se convirtió en una afrenta personal para el otro, y se sumergían en silencios taciturnos que aumentaban, al pasar los días, en duración e intensidad. De vez en cuando, una mirada furtiva o un labio que se levantaba era lo mejor de ellos, aunque se esforzaban por ignorarse por completo durante estos períodos de silencio. Y se alzó en sus pechos un enorme asombro: cómo había podido Dios crear jamás al otro.

Como había poco que hacer, el tiempo les resultaba una carga intolerable. Esto, naturalmente, los hizo aún más perezosos. Se hundieron en un letargo físico del que no había escape posible y que los hacía rebelarse ante la mínima tarea. Una mañana en que le tocaba preparar el desayuno común, Weatherbee salió de entre las mantas y, entre los ronquidos de su compañero, encendió primero el candil y luego la lumbre. Las ollas estaban muy heladas y no había agua con qué lavarlas. Pero esto no le importó. Mientras esperaba a que se deshelaran, cortó el tocino y se volcó a la odiosa tarea de hacer pan. Cuthfert lo había estado observando astutamente con los ojos entornados. Como consecuencia de ello tuvieron una disputa, en la que se bendijeron fervientemente el uno al otro y se pusieron de acuerdo en que desde ese momento cada uno cocinaría para sí. Una semana más tarde Cuthfert se olvidó de hacer su lavado matutino, pero comió complaciente la comida que había preparado. Weatherbee se sonrió. Después de eso, la tonta costumbre de lavarse se desvaneció de sus vidas.

A medida que menguaban el azúcar y otros lujos, empezaron a temer que no recibirían las raciones debidas, y, para que no los robasen, empezaron a atracarse. Los placeres sufrieron con esta competición glotona, y también los hombres. La falta de verduras frescas y ejercicio les empobreció la sangre, y una odiosa erupción morada les cubrió el cuerpo. Sin embargo, no hicieron caso de la advertencia. Luego de eso, se les empezaron a hinchar los músculos y articulaciones, la carne se les ennegreció mientras que sus bocas, encías y labios tomaron un color crema. En vez de unirse en su miseria, cada uno se recreaba con los síntomas del otro a medida que avanzaba el escorbuto.

Se despreocuparon por completo de su aspecto personal y, en pocas palabras, hasta de la decencia. La cabaña se convirtió en una pocilga y nunca más volvieron

a hacerse las camas ni a colocar debajo de ellas ramas frescas de pino. Sin embargo, no podían permanecer entre las mantas como les hubiera gustado, pues la helada era inexorable y la lumbre consumía demasiada leña. El pelo de sus cabezas y caras era largo y desaliñado, mientras que sus ropas habrían repugnado a un trapero. Pero eso no les preocupaba. Estaban enfermos y nadie los veía; además, moverse era muy doloroso.

A todo esto se sumó un nuevo problema: el Miedo del Norte. Este miedo era hijo del Gran Frío y del Gran Silencio y nació en la oscuridad de diciembre, cuando el sol se hundió para siempre bajo el horizonte. A cada uno le afectó según su naturaleza. Weatherbee cayó víctima de groseras supersticiones e hizo cuanto pudo por resucitar a los espíritus que dormían en las tumbas olvidadas. Era algo fascinante. En sus sueños se le acercaban desde el frío y se le metían entre las mantas y le contaban los trabajos y sufrimientos que les había causado la muerte. Se encogía para escapar a su contacto viscoso mientras enredaban en él sus miembros helados, y cuando le susurraban al oído las cosas que todavía habían de venir, la cabaña se estremecía con sus gritos de horror. Cuthfert no entendía, pues hacía tiempo que no se hablaban y, cuando se despertaba, aferraba invariablemente el revólver. Luego se sentaba en la cama, nervioso, tiritando y apuntando el arma hacia el soñador inconsciente. Juzgó que el hombre se estaba volviendo loco, y lo invadió el temor por su vida.

Su propia enfermedad adoptó una forma menos concreta. El misterioso artesano que había construido la cabaña tronco a tronco había clavado una veleta a la viga maestra. Cuthfert advirtió que apuntaba siempre al Sur, y un día, irritado por su inmovilidad, la giró hacia el Este. Observó atento, sin que la moviera un solo soplido. Luego giró la veleta hacia el Norte, jurando no volver a tocarla hasta que soplar el viento. Pero la calma sobrenatural del aire lo atemorizó, y se levantaba con frecuencia en mitad de la noche para ver si la veleta había girado: se habría contentado con diez grados. Pero no, se cernía sobre él, tan invariable como el destino. Se le desató la imaginación, hasta que la veleta se convirtió en un fetiche. A veces seguía la dirección que marcaba por los sombríos dominios y dejaba que su espíritu se saturase por el Miedo. Meditaba acerca de lo invisible y lo desconocido, hasta que el peso de la eternidad parecía aplastarlo. Todas las cosas en el Norte parecían poseer ese efecto aplastante: la ausencia de vida y movimiento, la oscuridad, la paz infinita de la tierra triste, el espantoso silencio, que convertía en sacrilegio el eco de cada latido del corazón, el bosque solemne que aparentaba esconder algo horrible e inexpresable que ni la palabra ni el pensamiento podían comprender.

El mundo que había dejado no hacía mucho tiempo, con sus naciones laboriosas y sus grandes empresas, parecía muy lejano. Los recuerdos se entremezclaban de vez en cuando, recuerdos de centros comerciales, y galerías y calles llenas de gente, de trajes de noche y actos sociales, de hombres buenos y mujeres queridas que había conocido. Pero eran recuerdos confusos de una vida que había vivido hacía muchos siglos, en algún otro planeta. Este fantasma era la realidad. De pie bajo la

veleta, con los ojos fijos en los cielos polares, él no podía convencerse de que el Sur existiera realmente y que en ese mismo instante bullera de vida y de acción. No existía el Sur, ni hombres nacidos de mujeres, ni gente que se daba y recibía en matrimonio. Más allá de ese horizonte inhóspito se extendían vastas soledades, y más allá de ellas, soledades todavía más vastas. No había tierras bañadas por el sol, pesadas por el perfume de las flores. Esas cosas no eran más que viejos sueños del paraíso. Las tierras soleadas del Oeste, las de las especias del Este, las sonrientes Arcadias, las felices islas de los bienaventurados.

—¡Ja, ja! —su risa desgarró el vacío y lo sorprendió con su sonido inusitado. No había sol. Este era el universo, muerto, frío y oscuro, y él, su único habitante. ¿Weatherbee? En tales momentos Weatherbee no contaba. Era un Calibán, un monstruoso fantasma encadenado a él para toda una eternidad, castigo de algún crimen olvidado.

Vivía con la muerte entre los muertos, mutilado por el sentimiento de su propia insignificancia, aplastado por el dominio pasivo de las edades dormidas. La magnitud de todo lo espantaba. Todo era superlativo, menos él: la perfecta ausencia de viento y de movimiento, la inmensidad de la desolación cubierta de nieve, la altitud del cielo y la profundidad del silencio. Esa veleta: ¡si solo se moviera! Si cayera un rayo, o si el bosque ardiera en llamas. Si los cielos se enrollaran como un pergamino, el estallido del Juicio Final... ¡cualquier cosa, cualquier cosa! Pero no, nada se movía. El Silencio lo acorralaba y el Miedo del Norte posó sus dedos helados sobre su corazón.

Una vez, como otro Crusoe, encontró unas huellas a la orilla del río: una débil huella de la liebre de las nieves sobre la delicada corteza nevada. Fue una revelación. Existía vida en el Norte. La seguiría, la contemplaría, se recrearía en ella. Se olvidó de sus músculos hinchados al lanzarse por la honda nieve en un éxtasis de anticipación. El bosque se lo tragó y el breve crepúsculo del mediodía desapareció, pero él persistió en su búsqueda hasta que su naturaleza exhausta se agotó y lo tumbó indefenso en la nieve. Allí se quejó, y maldijo su locura. Entonces supo que la huella había sido una fantasía de su cerebro. Y esa noche, ya tarde, se arrastró gateando hasta la cabaña, sobre las manos y las rodillas, con las mejillas heladas y un extraño entumecimiento en los pies. Weatherbee le sonrió malévolamente, pero no se ofreció a ayudarlo. Se introdujo agujas en los dedos de los pies y se los descongeló junto a la estufa. Una semana más tarde vino la gangrena.

Pero el dependiente tenía sus propios problemas. Los muertos salían ahora de sus tumbas con mayor frecuencia y rara vez lo abandonaban, estuviera despierto o dormido. Se descubrió esperando y temiendo que vinieran y no podía pasar cerca de los dos túmulos de piedras sin sentir un escalofrío. Una noche se le acercaron en sueños y le asignaron una tarea. Sobrecogido por un horror mudo, se despertó entre los montículos de piedra y huyó alocadamente hacia la cabaña. Pero había estado allí bastante tiempo, ya que también se le habían congelado los pies y las mejillas.



A veces se ponía frenético ante su insistente presencia, y bailaba alrededor de la cabaña cortando el aire con un hacha.

Y rompiendo todo lo que estaba a su alcance. Durante estos encuentros fantasmagóricos, Cuthfert se acurrucaba entre las mantas y seguía al hombre enloquecido con el revólver amartillado, dispuesto a dispararle si se acercaba demasiado. Al recobrase una vez de estos ataques, el dependiente descubrió el arma que lo encañonaba. Sus sospechas despertaron, y desde entonces también él empezó a temer por su vida. Después de eso se observaban de cerca, se miraban de frente y se sobrecogían cada vez que uno se ponía a las espaldas del otro. Esta aprensión se convirtió en una manía que los dominaba hasta en sueños. Por miedo recíproco, dejaron tácitamente que el candil ardiera toda la noche y comprobaban si había una abundante reserva de grasa de tocino antes de retirarse. El menor movimiento de uno bastaba para despertar al otro, y, durante muchas vigiliass, sus miradas se cruzaron mientras temblaban bajo las mantas con el dedo en el gatillo.

Con el Miedo del Norte, la tensión mental y los estragos de la enfermedad, perdieron toda semejanza humana adoptando la apariencia de bestias salvajes, cazadas y desesperadas. Como consecuencia del congelamiento se les habían ennegrecido las mejillas y las narices. Se les empezaron a caer los dedos congelados, a la altura de las primeras y segundas articulaciones. Cada movimiento les producía dolor, pero la estufa era insaciable y arrancaba a sus cuerpos miserables toda una serie de torturas. Día tras día ella exigía su alimento, una verdadera libra de carne, y ellos se arrastraban de rodillas hasta el bosque para cortar leña. Una vez, gateando de esta manera en busca de ramas secas, sin saberlo ninguno de ellos, rodearon el mismo arbusto por lados opuestos. De repente, sin previo aviso, se enfrentaron dos cabezas cadavéricas. A tal punto los sufrimientos los habían transformado, que les fue imposible reconocerse. Se levantaron de un salto, gritando aterrorizados, corriendo con sus mutilados muñones y, cayendo a la puerta de la cabaña, se arañaron y clavaron las uñas como demonios, hasta que descubrieron su equivocación.

De vez en cuando tenían momentos de lucidez y, durante uno de estos intervalos, dividieron equitativamente la manzana de la discordia: el azúcar. Vigilaban sus respectivos sacos, guardados en el depósito, con verdadero celo, pues solo quedaban unas cuantas tazas y no se fiaban en absoluto el uno del otro. Pero un día, Cuthfert se equivocó. Casi sin poder moverse, enfermo de dolor, la cabeza dándole vueltas y los ojos enceguecidos, se deslizó hacia el depósito con el bote del azúcar en la mano, y confundió el saco de Weatherbee con el suyo.

Enero había empezado hacía solo unos días, cuando esto ocurrió. Desde algún tiempo antes el sol había remontado su punto más bajo por el Sur y ahora, desde el meridiano, lanzaba ostentosos rayos de luz amarilla contra el cielo del Norte. Al día siguiente de su equivocación con el saco del azúcar, Cuthfert se sintió mejor tanto física como espiritualmente. Al aproximarse la tarde e iluminarse el día, se arrastró afuera para regalarse el brillo evanescente, que para él era un anticipo de las futuras intenciones del sol. Weatherbee también se sentía un poco mejor y se

arrastró a su lado. Se sentaron en la nieve, bajo la inmóvil veleta, y esperaron.

La quietud de la muerte rondaba a su alrededor. En otros climas, cuando la naturaleza cae en tales estados de ánimo, hay un suave aire de expectación, una esperanza de que alguna pequeña voz rompa la tensión. No ocurre así en el Norte. Los dos hombres habían vivido aparentes eternidades en esta paz fantasmal. No recordaban ninguna canción del pasado, ni podían conjurar ninguna canción del futuro. Siempre había existido esta calma extraterrena, el tranquilo silencio de la eternidad.

Sus ojos estaban fijos en el Norte. Invisible, a sus espaldas, tras las imponentes montañas del Sur, el sol marchaba hacia el cenit de otro cielo distinto al suyo. Espectadores únicos del poderoso lienzo, contemplaban el falso crepúsculo crecer lentamente. Una débil llama empezó a arder sin calor. Aumentó en intensidad, cambiando enérgicamente del amarillo rojizo al morado y al azafranado. Se volvió tan brillante, que Cuthfert creyó que el sol debía estar tras ella. ¡Un milagro, el sol amanecía en el Norte! De repente, sin avisar y sin fluctuar gradualmente, el telón fue borrado. No hubo ningún color en el cielo. El día se había quedado sin luz. Retuvieron la respiración en un medio sollozo. ¡Y he aquí el resultado! El aire brillaba con partículas de hielo centelleante, y allí, al Norte, la veleta trazaba un vago perfil en la nieve. ¡Una sombra, una sombra! Era exactamente mediodía. Giraron apresuradamente las cabezas hacia el Sur. Un anillo dorado asomó sobre los hombros nevados de la montaña, les sonrió por un instante y desapareció nuevamente de su vista.

Había lágrimas en sus ojos cuando se miraron. Los invadió una extraña suavidad. Se sintieron irresistiblemente unidos el uno al otro. El sol estaba volviendo otra vez. Estaría con ellos mañana, y el día siguiente, y el otro. Y permanecería más tiempo en cada visita, y llegaría el día en que surcaría los cielos día y noche, sin hundirse ni una vez bajo el horizonte. No habría noche. El invierno helado quedaría roto, soplarían los vientos y responderían los bosques; la tierra sería bañada por los benditos rayos solares y la vida renacería. Mano con mano, abandonarían este horrible sueño, volverían a las tierras del Sur. Avanzaron ciegos y tambaleantes, sus manos se encontraron, sus pobres manos mutiladas, hinchadas y deformadas bajo los mitones.

Pero la promesa no llegaría a cumplirse. El Norte es el Norte; los hombres se desgastan allí el alma con leyes extrañas, que no podrían llegar a comprender otros hombres que no hayan viajado a tierras lejanas.

Una hora más tarde, Cuthfert introdujo una cazuela con pan en el horno y comenzó a especular sobre lo que podían hacer los cirujanos con sus pies, a su regreso. El hogar no parecía tan remoto ahora. Weatherbee estaba revolviendo en el depósito de alimentos. De repente lanzó un torbellino de blasfemias, que, poco más tarde, cesaron en forma llamativamente abrupta. El otro le había robado su saco de azúcar. Las cosas podían haber ocurrido de distinta manera si los dos muertos no hubieran salido de abajo de las piedras y si hubieran acallado las palabras calientes

en su garganta. Lo guiaron con suavidad afuera del depósito, que olvidó cerrar. Los hechos se habían consumado; estaba a punto de ocurrir lo que le habían susurrado en sueños. Lo condujeron suavemente, muy suavemente, hacia el montón de leña y colocaron el hacha en sus manos. Luego lo ayudaron a abrir la puerta de la cabaña, y él estaba seguro de que la habían cerrado tras él: al menos oyó el portazo y el cerrojo al ajustarse en su sitio. Sabía que estaban esperando afuera, esperando a que realizase su tarea.

—¡Carter! ¡Oye, Carter! —Percy Cuthfert se asustó al ver la cara del dependiente y se apresuró a interponer la mesa entre ellos.

Carter Weatherbee lo siguió sin prisa y sin entusiasmo. Su rostro no mostraba la menor piedad ni cólera; solo la mirada paciente e imperturbable del que tiene una tarea que realizar y lo hace metódicamente.

—¡Oye! ¿Qué ocurre?

El dependiente se echó hacia atrás, cortándole el paso a la puerta, pero sin abrir la boca.

—¡Escucha, Carter! ¡Escucha! ¡Hablemos! ¡Eres un buen tipo!

El licenciado en artes pensaba rápidamente, trazando un hábil movimiento lateral hacia la cama, donde guardaba su Smith & Wesson. Sin apartar los ojos del loco, rodó sobre el camastro al tiempo que empuñaba la pistola.

—¡Carter!

La pólvora le dio de lleno a Weatherbee en la cara, pero este blandió su arma y dio un salto adelante. El hacha se hundió en la base de la espina dorsal de Percy Cuthfert, quien sintió cómo lo abandonaba toda la sensibilidad en sus extremidades inferiores. El dependiente cayó pesadamente sobre él, agarrándolo de la garganta con dedos débiles. El agudo mordisco del hacha había obligado a Cuthfert a soltar la pistola y, mientras sus pulmones pugnaban por atrapar el aire, la buscó revolviendo entre las mantas. Luego recordó. Deslizó una mano por el cinturón del empleado hasta dar con el cuchillo de monte. Se acercaron mucho en ese último abrazo.

Percy Cuthfert sintió que las fuerzas lo abandonaban. La parte inferior de su cuerpo era inservible. El peso inerte de Weatherbee lo aplastaba, lo aplastaba y lo retenía como un oso en una trampa. La cabaña se llenó de un aroma familiar y supo que se estaba quemando el pan. Pero ¿qué importaba? Ya no lo necesitaría. Y todavía quedaban seis tazas de azúcar en el depósito: de haberlo sabido no habría sido tan ahorrativo en los últimos días. ¿Se movería alguna vez la veleta? Quizás girase en esos momentos. ¿Por qué no? ¿Acaso hoy no había visto el sol? Iría a ver. No, era imposible moverse. No creía que el dependiente fuera tan pesado.

¡Con qué rapidez se enfriaba la cabaña! El fuego debía haberse apagado. El frío se abría camino. Ya debían estar bajo cero. El hielo estaría deslizándose por la rendija de la puerta. No podía verlo, pero su pasada experiencia le permitía calcular su avance por la temperatura de la cabaña. La bisagra inferior estaría ya blanca. ¿Llegaría esta historia alguna vez al mundo? ¿Cómo lo tomarían sus amigos? Lo

más probable es que la leyeran al beber el café y lo comentasen en los clubes. Los veía con toda claridad. ¡Pobre Cuthfert!, murmurarían. ¡Después de todo no era mal chico! Sonrió ante los elogios y luego siguió en busca de un baño turco. Siempre había la misma multitud en las calles. ¡Qué extraño! No notaba sus mocasines de piel de alce ni sus deshilachados calcetines alemanes. Tomaría un taxi. Después de todo, no le vendría mal un baño y una afeitada. No. Primero comería. Un bistec con papas y verdura: ¡qué fresco era todo! ¿Y qué era eso? Miel, iámbar líquido y chorreante! ¿Por qué le traían tanta? ¡Ja, ja! Nunca se la podría comer toda. ¿Lustre? Por supuesto. Coloco el pie encima del cajón. El limpiabotas lo miró con curiosidad, él recordó sus mocasines de piel de alce y se marchó a toda prisa.

¡Escucha! La veleta giraba, seguro que giraba. No, era un mero zumbido de sus oídos. Eso era todo, un simple zumbido. Para entonces, el hielo debía haber rebasado la cerradura. Lo más seguro es que hubiera cubierto ya la bisagra superior. Entre los resquicios musgosos de los troncos del techo empezaron a aparecer pequeñas puntas de hielo. ¡Con qué lentitud crecían! No, no tan lentamente. Ahí estaba otra nueva, y allí otra. Dos, tres, cuatro, aparecían demasiado de prisa para poder contarlas. Ahí se habían juntado dos. Y allí se había unido una tercera. Ya no quedaban resquicios. Se habían unido todas para formar una sábana.

Bueno, estaría acompañado. Si San Gabriel rompía alguna vez el silencio del Norte, ellos estarían juntos, tomados de la mano, ante el gran trono blanco. Y Dios los juzgaría. ¡Dios los juzgaría!

Luego, Percy Cuthfert cerró los ojos y se durmió.



Un paciente en disminución

Macedonio Fernández, en: *Obras completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.

El señor Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del

señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y “meneando con grave modo” la cabeza resolvió: “Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario a un cirujano”.

Espantapájaros 18

Oliverio Girondo, en: *Obras de Oliverio Girondo*, Buenos Aires, Losada, 1994.



Llorar a lágrima viva. Llorar a chorros. Llorar la digestión. Llorar el sueño. Llorar ante las puertas y los puertos. Llorar de amabilidad y de amarillo. Abrir las canillas, las compuertas del llanto. Empaparnos el alma, la camiseta. Inundar las veredas y los paseos, y salvarnos, a nado, de nuestro llanto.

Asistir a los cursos de antropología, llorando. Festejar los cumpleaños familiares, llorando. Atravesar el África, llorando.

Llorar como un cacuy, como un cocodrilo... si es verdad que los cacuiques y los cocodrilos no dejan nunca de llorar.

Llorarlo todo, pero llorarlo bien. Llorarlo con la nariz, con las rodillas. Llorarlo por el ombligo, por la boca.

Llorar de amor, de hastío, de alegría. Llorar de frac, de flato, de flacura. Llorar improvisando, de memoria. ¡Llorar todo el insomnio y todo el día!

El zapallo que se hizo cosmos (cuento del crecimiento)

Macedonio Fernández, en: *Obras completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.

Érase un zapallo creciendo solitario en ricas tierras del Chaco. Favorecido por una zona excepcional que le daba de todo, criado con libertad y sin remedios fue desarrollándose con el agua natural y la luz solar en condiciones óptimas, como una verdadera esperanza de la Vida. Su historia íntima nos cuenta que iba alimentándose a expensas de las plantas más débiles de su contorno, darwinianamente; siento tener que decirlo, haciéndolo antipático.

Pero la historia externa es la que nos interesa, ésa que sólo podrían relatar los azorados habitantes del Chaco que iban a verse envueltos en la pulpa zapallar, absorbidos por sus poderosas raíces.

La primera noticia que se tuvo de su existencia fue la de los sonoros crujidos del simple natural crecimiento. Los primeros colonos que lo vieron habrían de espantarse, pues ya entonces pesaría varias toneladas y aumentaba de volumen instante a instante. Ya medía una legua de diámetro cuando llegaron los primeros hacheros

mandados por las autoridades para seccionarle el tronco, ya de doscientos metros de circunferencia; los obreros desistían más que por la fatiga de la labor por los ruidos espeluznantes de ciertos movimientos de equilibración, impuestos por la inestabilidad de su volumen que crecía por saltos.

Cundía el pavor. Es imposible ahora aproximársele, porque se hace el vacío en su entorno, mientras las raíces imposibles de cortar siguen creciendo. En la desesperación de vérselo venir encima, se piensa en sujetarlo con cables. En vano. Comienza a divisarse desde Montevideo, desde donde se divisa pronto lo irregular nuestro, como nosotros desde aquí observamos lo inestable de Europa. Ya se apresta a saberse el Río de la Plata.

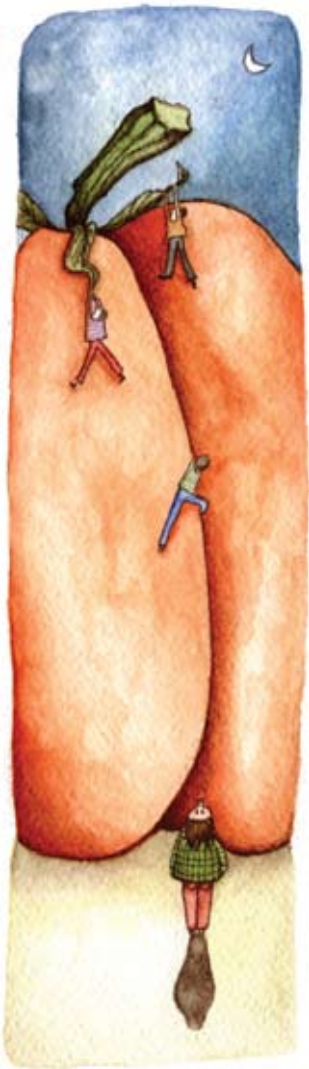
Como no hay tiempo de reunir una conferencia panamericana -Ginebra y las cancillerías europeas están advertidas-, cada uno discurre y propone lo eficaz. ¿Lucha, conciliación, suscitación de un sentimiento piadoso en el Zapallo, súplica, armisticio? Se piensa en hacer crecer otro zapallo en el Japón, mimándolo para apresurar al máximo su prosperación, hasta que se encuentren y se entredestryan, sin que, empero, ninguno sobrepalle al otro. ¿Y el ejército?

Opiniones de los científicos; qué pensaron los niños, encantados seguramente; emociones de las señoras; indignación de un procurador, entusiasmo de un agrimensor y de un toma-medidas de sastrería; indumentaria para el Zapallo; una cocinera que se le planta delante y lo examina, retirándose una legua por día; un serrucho que siente su nada. ¿Y Einstein?; frente a la facultad de medicina alguien que insinúa: ¿purgarlo? Todas estas primeras chanzas habían cesado. Llegaba demasiado urgente el momento en que lo que más convenía era mudarse adentro. Bastante ridículo y humillante es el meterse en él con precipitación, aunque se olvide el reloj o el sombrero en alguna parte y apagando previamente el cigarrillo, porque ya no va quedando mundo fuera del Zapallo.

A medida que crece es más rápido su ritmo de dilación; no bien es una cosa ya es otra; no ha alcanzado la figura de un buque que ya parece una isla. Sus poros ya tienen cinco metros de diámetro, ya veinte, ya cincuenta. Parece presentir que todavía el cosmos podría producir un cataclismo para perderlo, un maremoto o una hendidura de América. ¿No preferirá, por amor propio, estallar, astillarse, antes de ser metido dentro de un Zapallo? Para verlo crecer volamos en avión; es una cordillera flotando sobre el mar. Los hombres son absorbidos como moscas; los coreanos, en la antípoda, se santiguan y saben su suerte es cuestión de horas.

El Cosmos desata, en el paroxismo, el combate final. Despeña formidables tempestades, radiaciones insospechadas, temblores de tierra, quizá reservados desde su origen por si tuviera que luchar con otro mundo.

“¡Cuidaos de toda célula que ande cerca de vosotros! ¡Basta que una de ellas encuentre su todo-comodidad de vivir!! ¿Por qué no se nos advirtió? El alma de cada célula dice despacito: “yo quiero apoderarme de todo el ‘stock’, de toda la ‘existencia en plaza’ de Materia, llenar el espacio, y, tal vez, los espacios siderales; yo puedo ser el Individuo-Universo, la Persona Inmortal del Mundo, el latido único”.



Nosotros no la escuchamos iy nos hallamos en la inminencia de un Mundo de Zapallo, con los hombres, las ciudades y las almas dentro!

¿Que puede herirlo ya? Es cuestión de que el Zapallo se sirva sus últimos apetitos para su sosiego final. Apenas le faltan Australia y Polinesia.

Perros que no vivían más que quince años, zapallos que apenas resistían uno y hombres que raramente llegaban a los cien... ¡Así es la sorpresa! Decíamos: es un monstruo que no puede durar. Y aquí nos tenéis adentro. ¿Nacer y morir para nacer y morir...?, se habrá dicho el Zapallo: ¡oh, ya no! El escorpión, cuando se siente inhábil o en inferioridad se pica a sí mismo y se aniquila, parte al instante al depósito de la vida escorpiónica para su nueva esperanza de perduración; se envenena sólo para que le den vida nueva. ¿Por qué no configurar el Escorpión, el Pino, la Lombriz, el Hombre, la Cigüeña, el Ruiseñor, la Hiedra, inmortales? Y por sobre todos el Zapallo, Personación del Cosmos, con los jugadores de póker viendo tranquilamente y alternando los enamorados, todo en el espacio diáfano y unitario del Zapallo.

Practicamos sinceramente la Metafísica Cucurbitácea. Nos convencimos de que, dada la relatividad de las magnitudes todas, nadie de nosotros sabrá nunca si vive o no dentro de un zapallo y hasta dentro de un ataúd y si no seremos células del Plasma Inmortal. Tenía que suceder: Totalidad todo Interna, Limitada, Inmóvil (sin Traslación), sin Relación, por ello sin Muerte.

Parece que en estos últimos momentos, según coincidencia de signos, el Zapallo se alista para conquistar no ya la pobre Tierra, sino la Creación. Al parecer, prepara su desafío contra la Vía Láctea. Días más, y el Zapallo será el ser, la realidad y su Cáscara.

(El Zapallo me ha permitido que para vosotros —queridos cofrades de la Zapallería— yo escriba mal y pobre su leyenda y su historia. Vivimos en ese mundo que todos sabíamos, pero todo en cáscara ahora, con relaciones sólo internas y, así, sin muerte. Esto es mejor que antes.)

Fantasma de un castillO

César Bruto, en: *Lo que me gustaría ser a mí sino fuera lo que yo soy*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1996.

Cuando yo no sea más lo que soy, o sea un tipo vibalente, ano, vistoso y respetoso de todas las ley obligatorias del paíx, como ser la de irse a enrollar, ir a votar al cuartoscuro, or a casarse y de tener muchos hijo para que se vengan grandes y me dean de comer cuando yo ya no pueda más moverme..., bueno, cuando yo me haiga muerto, y ojalá que al desir esto la boca semeaga a un lado, quisiera irme de fantasma a vivir en un castillio de la edad de la media, si es posible de la gran brentania o de otro sitio confortable, adonde haiga una bodega de buen uisqui, o coníá y de ferné para cuando a uno le duela la pansa, que disen ques bueno tomarse

una copita o dos a tres o 4, según sea como le dea a uno el dolor, porque parece que el efecto alcohólico del alcohol es restringente de todos los dolores y sin precisar comer tanta porquería de vitaminas que a la larga quién sabe el mal que a uno le hacen al organismo, porque lo que es artificial es artificial por más que digan en contra.

Cuando yo fuera fantasma adentro de un castillo me pasearía en las noches de poco frío por arriba de los techos, dando gritos de espanto para que la gente se asuste y tenga respeto de los fantasmas, y no sea lo que le pasó a mi tío Aquiles aquella vez que se visitó de aparición en una casa vieja para no pagar alquiler y la cosa le fue bien un mes o 2, pero en una desgracia vino un tipo poco amante de la creencia de los duendes y le sacudió una manga de palos que el pobre de mi tío salió corriendo por la calle en sábana y se agarró un buen resaca que todavía le dura el catarro, por más fregas de ontura blanca que se hace dar por mi vieja al pecho y la espalda.

La vida de fantasma adentro de un castillo abandonado yo la veo de lo más feliz, prendiendo a las noches la chimenea con bastante lena y jugando a la baraja con otros fantasmas que podrían ser el de Clopatra, el del Quijote de la Mancha, el de Madán Dubarril y la Ponpadur, a las cuales el otro día las conocí mirando su fotografía en el diccionario ciclopédico de la lengua castellana y son un par de cusifaisas de buen cuerpo con las cuales uno podría tirarse un lance, porque yo pienso que entre fantasmas tiene que haber confianza y uno es como una tumba cuando le dicen un secreto. Me gustaría también que estaría el fantasma de mi perro Sultán, el que lo rebentó un camión asesino un día que salió de casa corriendo para cruzar la calle, y no digo que este el fantasma del tipo que manejaba el camión, porque no sé si se murió todavía o no, pero si el tipo se aparece por el castillo le hago dar tantos de esos mordiscos por el Sultán que la sábana le va a quedar a la miseria por no frenar a tiempo y atropellar a un inocentito perro que para nosotros era de la familia y de inteligente que siempre traía a la hora de comer alguna ristra de chorisos o alguna mortadela de la despensa de lado, y tan sólo le faltaba el habla para ser como cualquiera de nosotros, pero con forma de perro.

El ser fantasma tiene la ventaja de andar en ómnibus o en tren sin pagar, y también la diversión de meterse en las reuniones de esperistas o hacer líos, como pasó la vez que se hizo una sesión en la casa de la madre Policarpia, la que le desafiaba la bruja de la otra cuadra, adonde se jugaba por plata apostando al fantasma que venía primero, o sea que cada cual ponía un mango arriba de la mesa y el que acertaba con el espíritu se levantaba con el poso, o sea que el asunto del juego duró poco tiempo, porque doña Policarpia había venido siempre al alma del tipo que le jugaba su hijo Sebastián, y una noche que el infanzón Sebastián acertó 14 veces seguidas al alma del kaiser se armó una bronca padre y rompieron todos los muebles, incluso la mesita de 3 patas que no le quedó ni para remedio, no por el echo de que el kaiser saliera favorito y apareciera con tanta frecuencia sino porque ofendía a la concurrencia resueltamente antejermanófila, o sea contraria de los alemanes por sus ideas de raza superior y aficionados a la guerra, en la cual



son grandes militares y jeniales estretéjicos en el arte de peliar, aunque siempre tengan mala suerte de perder todas las guerra, que no tienen ni el menor respeto por la ciencia de los grandes militar y los hasen morder el polbo de la derrota, ya sea en cancha local o visitante.

¡Viban los fantasmas cuando yo peresca!

Barbanegra y los buñuelos

Emilia Wolf, Buenos Aires, Colihue, 2006.

Lo que casi nadie sabe es que a bordo del barco del pirata Barbanegra viajaba su mamá.

Doña Trementina Barbanegra –así se llamaba la señora– trepó por la escalerilla del *Chápiro Verde* una mañana en que su hijo estaba a punto de hacerse a la mar. Subió para alcanzarle el tubo del dentífrico concentrado que el muy puerco se olvidaba.

El barco soltó amarras y nadie notó sino hasta tres días después que la señora estaba a bordo.

–¡Madre! –dijo Barbanegra al verla.

–¡Hijo! –dijo Trementina.

Y se quedó.

El amanecer, el mediodía y el crepúsculo la encontraban en cubierta sentada sobre un barrilito de ron antillano atenta a los borneos del viento, vigilando el laboreo de las velas y desparramando advertencias a voz en cuello. Nadie como ella para husmear la amenaza de los furiosos huracanes del Caribe, a los que bautizó con los nombres de sus primas: Sofía, Carla, Berta, Margarita...

Mientras tanto, tejía. De sus manos habilidosas salían guantes, zoquetes de lana, pulóveres y bufandas en cantidad. Los hombres de Barbanegra, abrigados como ositos de peluche, sudaban bajo el sol del trópico. EL jefe pirata impuso castigos severos a los desagradecidos que se quejaban.

La cosa es que Trementina estaba ahí; día tras día meciéndose a la sombra de la vela mayor con los pies colgando del barrilito y sermoneando al loro cuando no se expresaba en correcto inglés.

Pero además –y este es el asunto que importa– la señora Barbanegra hacía buñuelos.

Una vez por semana se zambullía en la cocina del *Chápiro Verde* y forjaba una media tonelada de buñuelos; que eran muchos, pero no tantos si se considera el peso de cada uno. La mayor parte se comía a bordo, el resto se cambiaba en las colonias inglesas por sacos de buena pólvora.

El último amotinamiento –lo mismo que los tres anteriores– se había producido a causa de los buñuelos.

Un artillero veterano dijo que prefería ser asado vivo por los caníbales de la

Florida antes que comer uno más de aquellos adoquines. Efectivamente, cuando lo desembarcaron en la Florida se sintió el más feliz de los hombres.

Más que comerlos, había que tallarlos con los dientes. Se sospechaba que estaban hechos con harina de caparazón de tortuga y al caer en el estómago producían el efecto de una bala de cañón de doce pulgadas.

A Barbanegra le encantaban.

En Puerto Royal compraron una partida de polvo de hornear para hacer más livianos los buñuelos, pero no sirvió de nada. La tripulación del *Chápiro Verde* había perdido todos los dientes. Ya nadie era capaz de sujetar el sable con la boca cuando saltaba al abordaje. Los hombres más rudos terminaron comiendo el pescado con pajita.

Barbanegra, en cambio, devoraba un buñuelo tras otro con formidable gula. Su madre, que vivía retándolo por esos atracones, terminó prohibiéndole que comiera más de cuarenta por día.

Hasta que sucedió lo que sigue.

Una madrugada de julio el vigía avistó un barco.

—Es francés —dijo Trementina Barbanegra sin levantar los ojos del tejido—. Les vengo diciendo que es peligroso andar por estos lugares. ¡Pero para qué! Si me hicieran caso... etcétera, etcétera...

En efecto: era la nave del capitán Jampier.

El capitán Jampier no podía ver a Barbanegra ni en la sopa.

Los dos barcos se aproximaron amenazantes. Ninguno estaba dispuesto a regir el combate. Las tripulaciones hormigearon por la cubierta amontonando municiones y afinando los trabucos.

—¡Te voy a hacer picadillo! —gritó el pirata inglés.

—¡Y yo te voy a hacer paté! —le contestó el francés.

Los hombres de uno y otro bando aullaron para infundirse coraje y meter miedo a la vez.

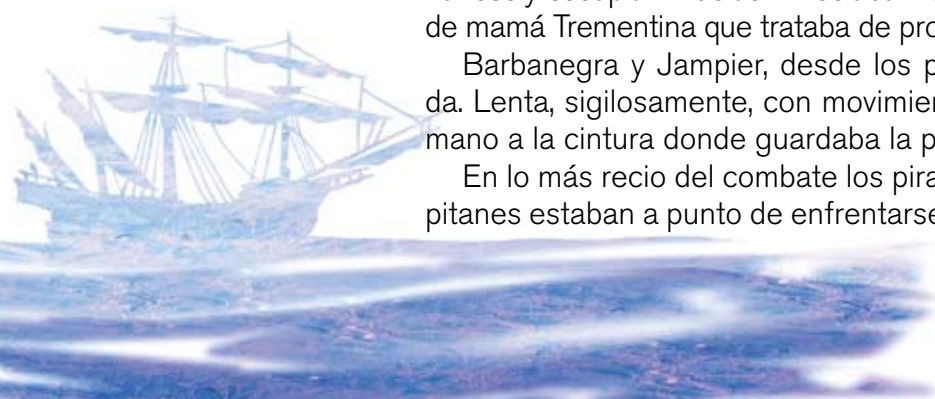
Cuando las naves estuvieron a poca distancia volaron los garfios de abordaje y en minutos las dos quedaron pegadas como siamesas.

Todos los franceses saltaron al barco inglés y todos los ingleses al barco francés. Los capitanes entendieron que así no se podía pelear. ordenaron a sus tripulaciones dividirse; la mitad de cada una volvió a su respectivo barco para iniciar el combate. Y se inició.

Silbaban los sables. Tosían las armas de fuego. Sangraban los hombres por las narices y escupían muelas. Arrecriaban los graznidos histéricos del loro y las protestas de mamá Trementina que trataba de proteger sus ovillos de lana. ¡La pelea era feroz!

Barbanegra y Jampier, desde los puentes de mando, se medían con la mirada. Lenta, sigilosamente, con movimientos de babosa, cada uno fue acercando la mano a la cintura donde guardaba la pistola.

En lo más recio del combate los piratas advirtieron lo que iba a suceder: sus capitanes estaban a punto de enfrentarse en un duelo personal. Dejaron de combatir.



Todos los ojos en compota se posaron sobre esos dos demonios: Barbanegra y Jampier, Jampier y Barbanegra.

Durante cinco minutos nadie respiró.

La vista es demasiado lerda para percibir lo que pasó entonces. Las dos pistolas hicieron fuego al mismo tiempo.

¡¿Y?!

Un aro voló de la oreja izquierda de Jampier y se perdió entre los atunes del fondo del mar.

¡Pero su bala había dado en el pecho de Barbinegra!

Ustedes pensarán: murió.

No, no murió.

¡Un buñuelo! ¡Un bendito y providencial buñuelo se interpuso entre la bala y su cuerpo! Debajo de la tricota de lana Barbanegra había escondido un buñuelo de los que preparaba su madre, robado de la cocina la noche anterior. Al chocar con él, la bala se deshizo como un supositorio de glicerina sin herir al pirata.

Los hombres del inglés aullaron de felicidad. Locos de contento vivaban a su jefe y bailaban en una pata aunque fuese de palo.

¡No lo podían creer!

Jampier no entendió nada, pero rabiaba.

El combate se suspendió hasta nueva fecha y cada uno se fue por su lado.

Esa noche en el Chápiro Verde atronaron las canciones piratas festejando el episodio hasta que mamá Trementina mandó a dormir a todo el mundo.

Al día siguiente se creó la orden del Buñuelo y desde entonces todos los hombres de Barbanegra llevaron uno colgando sobre el pecho.

Y dicen que eso los volvió invulnerables.



hazy
in
the
air

to
say
only
with
me





TEXTOS NO LITERARIOS

El viaje que cambia una vida (fragmento)

**Ramón Núñez en: Revista *Muy interesante* N° 190,
agosto de 2001.**

Charles Darwin nació el 12 de febrero de 1809, en la localidad de Shrewsbury, de familia acomodada. El Dr. Robert, su corpulento padre, era hijo del que fuera renombrado médico Erasmus Darwin. Su madre, Susana Wedgwood, era la hija mayor del fundador de las porcelanas que hicieron famoso ese apellido. De niño coleccionaba todo lo que se ponía a su alcance: valvas, huevos de pájaros, insectos, rocas y minerales. También, junto con su hermano Ras (Erasmus), hacía experimentos de química con gases, lo que hizo que sus compañeros de colegio lo apodasen Gas. Su paso por la escuela, donde ocupó cientos de horas en aprender de memoria textos en latín y griego, y presentaba dificultades con la matemática, no le dejó ningún recuento agradable.

Comenzó en Edimburgo a estudiar Medicina, y luego en Cambridge a prepararse, según voluntad de su padre, para ser sacerdote de la iglesia anglicana, todo ello sin mucha vocación ni entusiasmo. Se divertía cazando, haciendo tiro, cantando, jugando a las cartas... y coleccionando escarabajos. Pese a todo, pasó los cursos para obtener el Bachelor y llegó a tener dos maestros en Cambridge: el botánico John S. Henslow y el geólogo Adam Sedegwick.

En 1831, tras recibir su título, comenzó a planificar un viaje a las Canarias; pero el 30 de agosto recibió, por mediación de Henslow, una invitación para hacer un viaje alrededor del mundo, en el HMS Beagle, como acompañante del capitán. Animado por el recuerdo de los relatos de Alexander von Humboldt, Darwin aceptó, y apoyado por su tío Josiah Wedgwood II consiguió el permiso –y el dinero necesario – de su padre. El Beagle era un velero de 30 metros de largo, donde vivían durante unos años 74 hombres.

El barco zarpó el 27 de diciembre, al mando de Robert FitzRoy, de 26 años. En el voluminoso equipaje de Darwin, iban algunos libros, entre ellos la reciente Geología de Lyell, el Paraíso perdido de Milton y la narración del viaje de Humboldt. Entre mareo y mareo, dormía a bordo en una hamaca, leía y trabajaba en un pequeño cuarto. En septiembre de 1832, haría su primer descubrimiento, con fósiles de varios mamíferos extinguidos. Más adelante recolectó peces, aves, insectos, plantas y valvas marinas. En las islas Galápagos haría sus notables observaciones sobre las tortugas gigantes y sobre las diferencias entre las catorce especies de pinzones que había y que eran inexistentes en Ecuador, la tierra firme más próxima.

Tras el viaje, descartó por fin dedicarse a la vida religiosa. En 1839 se casó con su prima Emma, hija de Josiah, quien entonces regía los destinos de la fábrica de porcelanas. Ella compartió sus 10 hijos y muchos ratos jugando al backgammon, pero no el entusiasmo por su trabajo. Probablemente por alguna enfermedad contraída en América, Charles Darwin murió de un infarto, en su cama de Down House, el 19 de abril de 1882. El día anterior le había asegurado a su mujer: “No tengo ningún miedo a morir”.

De Bahía Blanca a Buenos Aires

**Charles Darwin, en: *Un naturalista en el Plata*,
Buenos Aires, CEAL, 1977 (fragmento).**

8 de septiembre 1833.- [...] Desde Bahía Blanca a Buenos Aires hay unas 400 millas (640 kilómetros), y así siempre se atraviesa un país deshabitado. Salimos una mañana muy temprano. Después de una ascensión de algunos centenares de pies, para salir de la hondonada de verde césped donde se asienta Bahía Blanca, entramos en una extensa llanura desolada. Está cubierta de restos de rocas calcáreas y arcillosas, pero el clima es tan seco que apenas se ven algunas matas de hierba marchita, sin un solo árbol, sin un solo tallar que rompa su monotonía. El tiempo es hermoso, pero la atmósfera está muy caliginosa. Creía yo que ese estado atmosférico presagiaba una tormenta; el gaucho me dijo que ese estado se debe al incendio de la llanura a una gran distancia en el interior. Después de haber galopado mucho tiempo y de cambiar de caballo dos veces, llegamos al río Sauce. Es un riachuelo profundo y rápido que sólo tiene 25 pies de anchura. La segunda posta del camino de Buenos Aires está en sus márgenes. Un poco más arriba de la costa hay un vado, donde el agua no llega al vientre de los caballos; pero desde ese sitio hasta el mar es imposible vadearlo; por tanto, ese río forma una barrera muy útil contra los indios.

Sin embargo, el jesuita Falcorer, cuyas noticias suelen ser tan correctas, habla de este insignificante riachuelo como de un río que tiene sus fuentes al pie de la Cordillera. Creo que, en efecto, nace allí, pues el gaucho me afirma que ese río se desborda todos los años a mediados del estío, en la misma época que el Colorado; pues bien, esos desbordamientos sólo pueden provenir de la fusión de las nieves de los Andes. Pero es muy improbable que un río tan insignificante como el Sauce, en el momento en que lo vi, cruce toda la anchura del continente; además, si en esta estación no fuese sino el residuo de un gran río, sus aguas estarían cargadas de sal, como se ha visto en tantos casos y en tan numerosos países. Por consiguiente, las aguas claras y limpias que corren por su cauce durante el invierno debemos atribuir las a los manantiales existentes alrededor de la sierra Ventan. Creo que los llanos de la Patagonia, como los de Australia, están cruzados por muchas corrientes de agua, que sólo en ciertas épocas desempeñan funciones de ríos. Así es probable que suceda con el río que desemboca en el puerto de Desire; y lo mismo con el río Chupat, en las orillas del cual han encontrado escorias celulares los oficiales encargados de levantar el plano de sus márgenes.

Como aún era temprano en el momento de nuestra llegada, tomamos caballos de refresco y un soldado para guiarnos y salimos en dirección a la sierra de la Ventan. Esta montaña se ve desde el puesto de Bahía-Blanca; y el capitán Fitz-Roy estima su altura en 3.340 pies (1.000 metros), altitud muy notable en la parte oriental del continente. Téngome por el primer europeo que ha subido a la cima de esta montaña;



Reproduced with permission of the Syndics of Cambridge University Library, The Correspondence of Charles Darwin and William Huxley Darwin.



Diarios de Charles Darwin.

un corto número de soldados de la guarnición de Bahía Blanca tuvieron también la curiosidad de visitarla. Por eso se repetían toda clase de historias acerca de las capas de carbón, las minas de oro y plata, las cavernas y los bosques que contenía, historias que espoleaban mi curiosidad, pero me aguardaba cruel desengaño. Desde la posta a la montaña hay unas seis leguas a través de una planicie tan llana y tan yerma como la que por la mañana habíamos atravesado; pero no por eso era menos interesante el camino, pues cada paso nos iba aproximando a la montaña, cuyas verdaderas formas se nos aparecían más claramente. Así que llegamos al pie de ella, nos costó mucho trabajo encontrar agua, y por un momento pensamos vernos obligados a pasar la noche sin poder proporcionárnosla. Al cabo concluimos por descubrirla buscando en las laderas; pues, aun a la distancia de algunos centenares de metros, los arroyuelos quedan absorbidos por las piedras calcáreas quebradizas y los montones de piedrecillas que las rodean. No creo que la naturaleza haya producido nunca una roca más árida y solitaria; aquel peñón merece muy bien su nombre de *hurtado*. La montaña es escarpada, abrupta en extremo, llena de grietas y desprovista tan en absoluto de árboles y hasta de monte bajo, que a pesar de todas nuestras pesquisas no podemos encontrar con qué hacer un asador de palo para asar carne sobre una fogata de tallos de cardo silvestre¹. El extraño aspecto de esta montaña está realzado por la llanura circundante, parecido al mar; llanura que no sólo viene a morir al pie de sus faldas abruptas, sino que separa también las estribaciones paralelas. Lo uniforme del color hace muy monótono el paisaje; en efecto, ningún matiz más brillante se destaca sobre el fondo gris blanquecino de la roca silícea y -sobre el moreno claro de la marchita hierba del llano. En las cercanías de una montaña elevada, suele esperarse ver un terreno muy desigual y sembrado de inmensos fragmentos de peñasco. La naturaleza da aquí la prueba de que el último movimiento que se produce para convertir el álveo del mar en tierra seca, puede efectuarse a veces con mucha tranquilidad. En esas circunstancias, sentíame curioso por saber a qué distancia podían haber sido transportados los guijarros procedentes de la roca primitiva. Pues bien: en las costas de Bahía Blanca y junto a la ciudad de este nombre, se encuentran pedazos de cuarzo que, con certeza, provienen de esta montaña, sita a 45 millas de distancia (72 kilómetros).

El rocío, que durante la primera parte de la noche había mojado las cubiertas con que nos tapábamos, habíase transformado en hielo a la mañana siguiente. Aunque la llanura parece horizontal, se eleva poco a poco, y nos hallábamos a 800 ó 900 pies sobre el nivel del mar. [...]

12 y 13 de septiembre.- Permanezco dos días en esta posta; espero a un pelotón de soldados que ha de pasar por aquí, dirigiéndose a Buenos Aires. El general Rosas ha tenido la bondad de prevenirme acerca del paso de esas tropas y me invita a aguardar-

¹ A falta de una expresión más correcta, empleo la palabra *cardo*. Creo que es una especie de *Eryngium*.

las para aprovecharme de tan buena escolta. Por la mañana voy a visitar algunas colinas de las cercanías, por ver el país y para examinarlas desde el punto de vista geológico.

Después de comer, los soldados se dividen en dos bandos para ensayar su habilidad con las bolas. Plántanse dos lanzas en el suelo, a 35 metros de distancia una de otra; pero las bolas no las alcanzan sino una vez por cada cuatro o cinco. Pueden arrojarse las bolas a 50 ó 60 metros, pero sin puntería. Sin embargo, ésta distancia no se aplica a los hombres a caballo: cuando la velocidad del caballo se agrega a la fuerza del brazo, dícese que se puede arrojarlas a 80 metros, casi con certeza de dar en el blanco. [...] En el curso de la jornada llegaron de la posta siguiente dos hombres encargados de un bulto para el general Rosas. Así, aparte de esos dos hombres, nuestra tropa se componía de mi guía, yo, el teniente y sus cuatro soldados. [...]

Por la mañana salimos todos a cazar: no logramos grandes triunfos venatorios, y la cacería, sin embargo, resulta animada. Poco después de nuestra marcha nos separamos: mis compañeros de caza forman su plan de modo que en cierto momento del día (son muy hábiles para calcular las horas) encuéntranse todos, viniendo de diferentes partes a un sitio determinado, para acorralar así en ese punto a todos los animales que puedan encontrar. Un día estuve de caza en Bahía Blanca; allí los hombres se limitaron a formar un semicírculo, separados unos de otros como de un cuarto de milla. Los jinetes más avanzados sorprendieron a un avestruz macho, que trató de escaparse por un lado. Persiguiéronle los gauchos a toda velocidad de los caballos, haciendo cada uno de ellos girar las terribles bolas alrededor de su cabeza. Por último, el que estaba más cerca del avestruz se las arrojó con vigor extraordinario y fueron a enroscarse en las patas del ave, que cayó inerte al suelo.

Tres especies de perdices², dos de ellas tan grandes como faisanes, abundan en los llanos que nos rodean. También se encuentra un gran número de bonitas zorras pequeñas, su mortal enemigo, de las cuales vimos aquel día cuarenta o cincuenta lo menos; por lo común suelen estar a la entrada de su escondrijo, lo cual no impide a los perros matar a una de ellas. A nuestro regreso a la posta, encontramos a dos de nuestros hombres que habían estado de caza por su parte. Han matado a un puma y descubierto un nido de avestruz con 27 huevos. Dícese que cada uno de esos huevos pesa tanto como once de gallina, lo cual hace que ese solo nido nos suministre tanto alimento como pudieran hacerlo 297 huevos de gallina.

[...]

15 de septiembre.- [...] La especie de chorlito real de patas largas, que parece andar con zancos (*Himantopus nigricollis*), se encuentra aquí en bandadas considerables. Hase acusado sin razón a este ave de tener poca elegancia cuando va por el agua poco profunda, su residencia favorita, dista mucho de carecer de gracia.

² Dos especies de *Tinamus* y la *Eudromia elegans* de d'Orbigny, que pueden ser denominadas solo por sus costumbres, como *perdiz*.

Reunidas en bandadas, estas aves dejan oír un grito que se asemeja muchísimo a los ladridos de una jauría de perros pequeños en plena caza; despierto de pronto en mitad de la noche; durante algunos momentos me parece oír ladridos. El teru-tero (*Vanellus Cayanus*) es otra ave que a menudo turba también el silencio de la noche. Por su aspecto y sus costumbres se parece, desde muchos puntos de vista, a nuestros vencejos; sin embargo, tiene armadas las alas con unos espolones agudos como los que el gallo común lleva en las patas. Cuando se atraviesan las llanuras cubiertas de césped, esas aves se persiguen incesantemente; parecen profesar odio al hombre, el cual se lo devuelve con creces, pues no hay nada tan desagradable como su agudo grito, siempre el mismo y que no deja de hacerse oír ni un solo instante. El cazador las aborrece porque anuncian su aproximación a las demás aves y a todos los cuadrúpedos. Quizá prestan algunos servicios a los viajeros, pues, como dice Molina, le anuncian la vecindad de los ladrones en los caminos. Durante la estación de los amores fingen estar heridas y poder huir apenas, con el propósito de llevar lejos de sus nidos a los perros y a todos sus demás enemigos. Dícese que los huevos de estas aves son un manjar muy delicado.

16 de septiembre.- Llegamos a la séptima posta, situada al pie de la sierra Tapalguen. Hemos atravesado un país absolutamente llano; el suelo, blando y turboso, está cubierto de ásperas hierbas. La choza está muy limpia y es muy habitable; los postes y las vigas consisten en una docena de tallos de cardo silvestre, atados con tiras de cuero; esos pies derechos, que parecen columnas jónicas, sostienen la techumbre y los costados, cubiertos de cañas a manera de bálago. Aquí me refieren un hecho que no hubiera podido creer si no hubiese sido en parte testigo presencial de él. Durante la noche anterior, un granizo tan gordo como manzanitas y en extremo duro, había caído con tal violencia, que causó la muerte a un gran número de animales salvajes. Uno de los soldados encontró trece cadáveres de ciervos (*Cervus campestris*), y me enseñaron la piel aún fresca de éstos; minutos después de mi llegada, otro soldado trajo siete más. Pues bien; me consta que un hombre sin perros no hubiera podido matar siete ciervos en una semana. Los hombres afirmaban haber visto lo menos quince avestruces muertos (uno lo teníamos para comer); añadían que otros muchos se habían quedado ciegos. Gran número de aves más pequeñas, como patos, halcones y perdices, habían quedado muertas. Enseñaronme una perdiz cuyo dorso estaba todo negro, como si la hubieran herido con una piedra grande. Un seto de tallos de cardo que rodeaba a la choza estaba casi deshecho; y al sacar uno de los hombres la cabeza para ver qué sucedía, recibió una herida grave; llevaba puesto un vendaje. Me dijeron que la tempestad sólo produjo estragos en una extensión de terreno poco considerable. En efecto, desde nuestro campamento de la noche última habíamos visto una nube muy negra y relámpagos en esa dirección. Es increíble que animales tan fuertes como los ciervos hayan sido muertos de esa manera; pero, por las pruebas que acabo de referir, estoy convencido de que me han contado el hecho sin exagerarlo.

[...] de cerrar la noche a la posta, sita en las márgenes del río Tapalguen. Al cenar, según algunas palabras que oigo decir, me estremezco repentinamente de horror pensando que como uno de los platos favoritos del país: ternera sin acabar de formarse. Era puma: la carne de este animal es muy blanca y tiene gusto a ternera. Mucho se han burlado del doctor Shaw por haber dicho que «la carne del león es muy estimada y que por su color y sabor se parece mucho a la carne de ternera». Así sucede ciertamente con el puma. Los gauchos difieren de opinión en cuanto al jaguar; pero todos ellos dicen que el gato es un manjar excelente.

17 de septiembre.- Seguimos el río Tapalguen a través de un país fértil, hasta la novena posta. Tapalguen mismo, o la ciudad de Tapalguen (si puede dársele este nombre) consiste en una llanura perfectamente plana y sembrada hasta donde alcanza la vista de *toldos* o chozas en forma de horno, de los indios. Aquí residen las familias de los indios aliados que combaten en las filas del ejército de Rosas. Encontramos un gran número de indias jóvenes, montadas dos o tres juntas en un mismo caballo; la mayor parte son muy guapas, y su tez tan fresca podría tomarse por el emblema de la salud. Además de los *toldos*, hay allí tres *ranchos*: uno lo habita el comandante, y los otros dos unos españoles con pequeñas tiendas.

Por fin puedo comprar un poco de galleta. Desde hace varios días no como más que carne; este nuevo régimen no me disgusta, pero me parece que sólo podría soportarlo a condición de hacer un ejercicio violento. He oído decir que en Inglaterra, enfermos a quienes se ordena una alimentación exclusivamente animal, apenas pueden decidirse a someterse a ella, ni aun con la esperanza de prolongar la vida. Sin embargo, los gauchos de las Pampas no comen sino vaca durante meses enteros. Pero he observado que toman una gran cantidad de grasa, que es de naturaleza menos animal y aborrecen particularmente la carne magra como la del agutí. El doctor Richardson³, ha notado también que «alimentándose por largo tiempo exclusivamente de carne magra, se experimenta un deseo tan irresistible de comer gordura, que se puede consumir una cantidad considerable hasta de grasa oleosa, sin sentir náuseas»; esto me parece un hecho fisiológico muy curioso. Quizá como consecuencia de su dieta exclusivamente animal, es por lo que los gauchos, como todos los demás carnívoros, pueden abstenerse de alimento durante mucho tiempo. Me han asegurado que en Tandeeel unos soldados persiguieron voluntariamente a una tropa de indios por espacio de tres días, sin comer ni beber.

He visto en los comercios muchos artículos, como mantas de caballo, cinturones y ligas, tejidos por las mujeres indias. Los dibujos son muy bonitos, y brillantes los colores. El trabajo de las ligas es tan perfecto, que un negociante inglés de Buenos Aires me sostenía que habrían sido fabricadas en Inglaterra; para convencerle fue preciso enseñarle que las bellotas estaban adheridas con trozos de nervios hendidos.

³ *Fauna Boreall-Americana*, tomo I, pág. 35.

18 de septiembre.- Hoy hemos hecho una larga etapa. En la duodécima posta, siete leguas al sur del Salado, encontramos la primera *estancia* con bestias y mujeres blancas. Enseguida tenemos que atravesar varias millas del país inundado; el agua sube hasta por encima de las rodillas de los caballos. Cruzando los estribos y montando como los árabes, es decir, con las piernas encogidas y las rodillas muy altas, conseguimos no mojarnos en demasía. Es casi de noche cuando llegamos al Salado. Este río es profundo y tiene unos 40 metros de anchura; en verano se seca casi por completo, y la poca agua que en él queda aún se vuelve tan salobre como la del mar. Dormimos en una de las grandes estancias del general Rosas. [...]

19 de septiembre.-- Atravesamos Guardia del Monte. Es un lindo pueblecillo un poco desparramado, con numerosos jardines plantados de albérchigos y membrillos. La llanura es enteramente igual que la que rodea a Buenos Aires.

El césped es corto y de un hermoso color verde, intercalándose campos de trébol y de cardos; también se ven numerosas guaridas de viscachas. En cuanto se cruza el Salado, cambia por completo de aspecto el paisaje; hasta entonces sólo nos circuían hierbas silvestres, y ahora caminamos sobre una hermosa alfombra de verdura. Ante todo creo deber atribuir este cambio a una modificación en la naturaleza del suelo; pero los habitantes me afirman que aquí, lo mismo que en la Banda Oriental, donde se nota una diferencia tan grande entre el país que rodea a Montevideo y las sabanas tan poco habitadas de Colonia, es preciso atribuir esa mudanza a la presencia de cuadrúpedos. Exactamente el mismo hecho se ha observado en las praderas de la América del Norte⁴, donde hierbas comunes y rudas, de cinco a seis pies de altura, se transforman en césped en cuanto se introducen allí animales en suficiente número. No soy bastante botánico para pretender decir si la transformación proviene de introducirse nuevas especies, de modificaciones en el crecimiento de las mismas hierbas o de disminuir número proporcional. También le chocó mucho a Azara ese cambio de aspecto; además se pregunta cuál es el motivo de la aparición inmediata, en todos los senderos que conducen a una choza recién construida, de plantas que no crecen en las cercanías. En otro pasaje dice⁵: «Estos caballos (salvajes) tienen la manía de preferir los caminos y el borde de las carreteras para depositar sus excrementos; montones de ellos se encuentran en esos lugares». Pero, ¿no es eso una explicación del hecho? ¿No se producen así líneas de terreno ricamente abonado, que sirven de comunicación a través de inmensas regiones?

⁴ Véase la descripción de las praderas por M. Atwater, en *Sillman N. A. Journal*, tomo I, pág. 117

⁵ Azara, *Viaje*, tomo I, pág. 373.



Almanaque de 1882, momento de apogeo de las teorías darwinianas.

Junto a Guardia encontramos el límite meridional de dos plantas europeas que se han hecho extraordinariamente comunes. El hinojo abunda en los revestimientos de los hoyos en las cercanías de Buenos Aires, Montevideo y otras ciudades. Pero el cardo⁶ aún se ha difundido mucho más: se le encuentra en estas latitudes a los dos lados de la cordillera, en todo el ancho del continente. Lo he hallado en sitios casi desiertos de Chile, de Entre Ríos y de la Banda Oriental. Solo en este último país, hartas millas cuadradas (probablemente muchos centenares), están cubiertas por una masa de estas plantas armadas de pinchos, en sitios donde no pueden penetrar hombres ni animales. Ninguna otra planta puede existir actualmente en las llanuras onduladas donde crecen esos cardos; pero, antes de haberse introducido, la superficie debió estar cubierta de grandes hierbas, como todas las demás partes. Dudo que pueda citarse un ejemplo más extraordinario de invasiones de una planta efectuadas en una escala tan grande. Según ya he dicho, no he visto en ninguna parte el cardo al sur del Salado, pero es probable que conforme se pueble el país irá extendiéndose sus límites al cardo. El cardo gigante de las Pampas, de hojas variadas, se conduce de un modo muy diferente, pues lo he encontrado en el valle del Sauce.

Según los principios tan bien expuestos por M. Lyell, pocos países han sufrido modificaciones más notables desde el año 1535, en que desembarcó el primer colono con 72 caballos en las orillas del Plata. Los innumerables rebaños de ganado caballar, vacuno y lanar no solo han modificado el carácter de la vegetación, sino que también han rechazado de todas partes y hecho casi desaparecer al guanaco, el ciervo y el avestruz. También han debido producirse otros cambios; el cerdo salvaje reemplaza muy probablemente al pecarí en muchos sitios; puede oírse a manadas de perros salvajes aullar en los bosques que cubren los bordes de los ríos menos frecuentados; y la rata común, convertida en un animal grande y feroz, habita en las colinas peñascosas. Como M. d'Orbigny lo ha hecho notar, el número de buitres ha debido acrecentarse de un modo inmenso desde la introducción de los animales domésticos; y he indicado con brevedad las razones que me hacen creer que han extendido muchísimo su residencia hacia el sur. Sin duda ninguna, también otras muchas plantas, además del hinojo y del cardo, se han aclimatado,

⁶ A. d'Orbigny (tomo I, pág 474), dice que el cardo y la alcachofa se encuentran en estado salvaje. El doctor Hooker (*Botanical Magazine*, tomo LV, pág. 2.862), ha descrito con el nombre de *Inermis* una variedad del *Cynara* procedente de esta parte de la América meridional. Afirma que la mayoría de los botánicos creen hoy que el cardo y la alcachofa son variedades de la misma planta. Puedo añadir que un hortelano muy inteligente me ha afirmado haber visto en un huerto abandonado, convertirse plantas de alcachofa en cardo común. El doctor Hooker cree que la magnífica descripción que Head hace del cardo silvestre de las Pampas se aplica al cardo común, pero es un error. El capitán Head aluda a la planta de que luego me ocuparé con el nombre de *cardo gigante*. ¿Es un verdadero cardo? No lo sé; pero esa planta difiere en absoluto del cardo común y se parece mucho más al cardo silvestre.

prueba de ello, el número de duraznos y de naranjos que crecen en las islas de la desembocadura del Paraná, y que provienen de las semillas transportadas allí por las aguas del río. [...] mi título misterioso no haga sino inspirarle una idea más alta de mi persona.

20 de septiembre. - A mitad del día llegamos a Buenos Aires. Los setos de agaves, los bosques de olivos, de albrichigos y de sauces, cuyas hojas empiezan a abrirse, dan a los arrabales de la ciudad un aspecto delicioso. Me encamino a la casa de M. Lumb, negociante inglés, quien, durante mi estancia en el país, me ha colmado de obsequios.

La ciudad de Buenos Aires es grande y una de las más regulares, creo, que hay en el mundo. Todas las calles se cortan en ángulo recto; y hallándose a igual distancia unas de otras todas las calles paralelas, las casas forman cuadrados sólidos de iguales dimensiones, llamados *cuadras*.

Las casas, cuyos aposentos dan todos a un patio pequeño muy bonito, no suelen tener más que un piso coronado por una azotea con asientos, donde los habitantes acostumbra a estar por el verano. En el centro de la ciudad está la plaza, alrededor de la cual se ven los edificios públicos, la fortaleza, la catedral, etc.; antes de la revolución, también estaba allí el palacio de los virreyes. El conjunto de esos edificios presenta magnífico golpe de vista, aun cuando ninguno de ellos tenga pretensiones de arquitectura bella.

Uno de los espectáculos más curiosos de Buenos Aires es el gran *corral* donde se guardan, antes de darles muerte, los animales que han de servir para el aprovisionamiento de la ciudad. Es realmente pasmosa la fuerza del caballo comparada con la del buey. Un hombre a caballo, después de sujetar con su *lazo* al buey por la cornamenta, puede arrastrarlo a donde quiera. El animal hace hincapié en el suelo con las patas extendidas hacia adelante, para resistir la fuerza que le arrastra, pero todo es inútil; por lo común, también el buey toma carrera y se echa a un lado, pero el caballo se revuelve inmediatamente para recibir el choque, el cual se produce con tanta violencia, que el buey es casi derribado; lo asombroso es que no se desnucan. Conviene advertir que el combate no es del todo igual, pues mientras que el caballo tira con el pecho, el buey tira con lo alto de la cabeza. Además, un hombre puede retener de idéntica manera al caballo más salvaje, si el *lazo* le sujeta precisamente por detrás de las orejas. Se arrastra al buey hasta el sitio donde han de sacrificarle; después el *matador*, acercándose con cautela, le corta el corvejón. Entonces el animal exhala su mugido de muerte, el más terrible grito de agonía que conozco. Lo he oído a menudo desde una gran distancia, distinguiéndolo entre otra multitud de ruidos, y siempre comprendí que la lucha estaba concluida. Toda esa escena es horrible y repugnante: se anda sobre una capa de osamentas, y caballos y jinetes van cubiertos de sangre.

Los viajes de aventuras y la guerra del corso (fragmento)

Julio Verne, en: *Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros*, México, Editorial Porrúa, 1991. (Adaptación)

Francisco Drake nació en 1540, en una choza bien miserable de Tavistock, en el Devonshire, Por su valor indomable, durante su vida Drake ganó tantos millones como luego perdió con la misma facilidad con que los había ganado. Su padre, Edmundo Drake, era uno de esos clérigos que se dedican a la educación del pueblo. Su pobreza solo se igualaba con la estimación que se le profesaba por su carácter. Cargado de familia, se vio en la precisión de dejar a su hijo abrazar la profesión marítima, hacia la cual sentía este una viva pasión, y le permitió entrar de grumete a bordo de un buque de cabotaje que hacía la travesía a Holanda.

Laborioso, activo, terco y económico, pronto el joven Francisco Drake adquirió los conocimientos teóricos necesarios para poder dirigir un barco. En cuanto contó con algún ahorro, aumentado por la venta de una embarcación que su primer patrón le había legado, hizo algunos viajes más largos, visitó la bahía de Vizcaya, el golfo de Guinea y consumió todo su dinero en proporcionarse un cargamento que quería vender en las Indias occidentales. Pero tan pronto como llegó al río de Hacha, fueron confiscados el buque y el cargamento no se sabe con qué fútil pretexto. Todas sus reclamaciones fueron nútiles, y Drake, que se veía arruinado, juró vengarse de tamaña injusticia, y cumplió su palabra.

En 1567, es decir, dos años después de esta aventura, una escuadrilla compuesta de seis buques, de los cuales el más fuerte desplazaba setecientas toneladas, salía del puerto de Plymouth, con aprobación de de la reina, con objeto de hacer una expedición por las costas de México. Drake mandaba un buque de cincuenta toneladas. Al principio capturó la escuadrilla de algunos negros en Cabo Verde. Luego asedió la Mina y allí se apoderaron también de algunos negros que fueron a vender a las Antillas. Tal vez por los consejos de Drake se apoderó Haxkins de la ciudad del Río de la Hacha; luego llegó a San Juan de Ulúa, después de una terrible tempestad; pero el puerto estaba defendido por una escuadra numerosa y armado con una potente artillería; la escuadra inglesa fue derrotada y Drake tuvo que volver a Inglaterra en enero de 1568, a costa de grandes trabajos.

Drake realizó después dos expediciones a las Indias occidentales para estudiar el país. Cuando creyó haber reunido los conocimientos necesarios, armó a su costa dos buques, el *Swan*, de 25 toneladas, mandado por su hermano Juan, y el *Pacha of Plymouth*, de 70 toneladas. Entre los dos buques llevaban por tripulación setenta veteranos de mar, con quienes podía contar. Desde julio de 1572 a agosto de 1573, unas veces solo y otra en compañía de un tal capitán Rawse, Drake realizó un crucero fructuoso de las costas de Darién; atacó las ciudades de Veracruz y de Nombre de Dios, e hizo un botín considerable. Desgraciadamente aquellas

excursiones fueron acompañadas de muchas crueldades y actos de violencia que hoy avergonzarían, pero no insistiremos sobre los actos de piratería y de barbarie que tan frecuentes eran en el siglo XVI.

Después de haber cooperado a reprimir la sublevación de Irlanda, Drake, cuyo nombre comenzaba a ser conocido, se hizo presentar a la reina Isabel, a la cual expuso el proyecto de ir a asolar las costas occidentales de la América del Sur, pasando por el estrecho de Magallanes, y consiguió el título de almirante, que le confiara una escuadra de cinco buques, en la cual se embarcaron ciento setenta marineros escogidos.

El 15 de noviembre de 1577, Francisco Drake salió de Plymouth, trabó relaciones con los moros de Mogador, hizo algunas capturas de poca importancia antes de llegar a las islas de Cabo Verde, donde tomó provisiones, y tardó cincuenta y seis días en atravesar el Atlántico y ganar la costa del Brasil. Siguió la línea de la costa hasta el estero de la Plata, donde hizo provisiones de agua, llegó a la bahía de las Focas, en Patagonia, traficó con los salvajes y mató un gran número de pájaros bobos y lobos marinos, para el abastecimiento de los buques.

“Algunos patagones que se vieron el 13 de mayo un poco más debajo de la bahía de las Focas”, dice la redacción original, “llevaban en la cabeza una especie de cuerno, y casi todos usaban, en vez de sombreros, hermosas plumas de aves. Tenían también el rostro pintado de muchos y diversos colores, y cada uno llevaba un arco en la mano, con el cual cada vez que tiraban lanzaban dos flechas. Son hombres muy ágiles, los que nosotros hemos podido ver, bastante entendidos en el arte de la guerra, porque se mantenían en buen orden marchando y avanzando, y aunque eran muy pocos hombres aparentaban estar en gran número.”

Charton, en sus *Viajeros antiguos y modernos*, hace notar que Drake no insiste en lo de la estatura extraordinaria que Magallanes había atribuido a los patagones. Hay, sin embargo, para esto algunas razones. En Patagonia existe más de una tribu, y la descripción que Drake hace aquí de los salvajes que encontró no se parece en nada a la que hace Pigafetta de los patagones del puerto de San Julián. Si, como hoy parece probado, existe una raza de hombre de elevada estatura, su residencia está en la orilla del estrecho, en el extremo meridional de la Patagonia, y no a quince días de navegación del puerto Deseado, a donde Drake llegó el 2 de junio. Al día siguiente fondeó en la ensenada de San Julián, donde encontró una horca levantada en otro tiempo por Magallanes para castigar a algunos rebeldes de su tripulación. Drake escogió este sitio para desembarazarse de uno de sus capitanes, llamado Doughy, acusado desde hacía mucho tiempo de traición y conjura, y que en varias empresas se había separado de la escuadra. Algunos marineros confesaron que habían sido solicitados por él para unírsele y deshacer el viaje, y fue convicto del crimen de rebelión y sedición, y, según las leyes de Inglaterra, condenado por un Consejo de guerra a ser decapitado. Esta sentencia fue inmediatamente ejecutada, aun cuando Doughy protestó enérgicamente de su inocencia hasta



Mapa de la Patagonia, mediados de siglo XIX.



Paz, funerales en el mar. Óleo sobre lienzo, William Turner, 1842 (detalle).

el último momento. La culpabilidad de Doughty, ¿estaba bien probada? Si Drake fue acusado al volver a Inglaterra, a pesar de la moderación de que siempre dio pruebas con los suyos, de haberse aprovechado de la ocasión para deshacerse de un rival que tenía, es difícil admitir que los cuarenta jueces que pronunciaron la sentencia se concertasen para obedecer los secretos designios de su almirante y condenar a un inocente.

El 20 de agosto, la escuadra (reducida a tres buques como consecuencia de averías ocurridas en los otros dos, que el almirante mandó destruir) entró en el estrecho, que desde Magallanes no había sido franqueado. Allí encontró Drake serenos puertecillos, pero hace constar que era muy difícil fondear en ellos, a causa de la profundidad del agua en las inmediaciones de la tierra, y que los vientos violentos que soplaban por ráfagas súbitas, hacían muy peligrosa la navegación. En una tormenta que alcanzó a la salida del estrecho en el Pacífico, Drake perdió uno de sus buques, mientras que su último compañero era separado de él algunos días después, y no le volvió a ver hasta el fin de la campaña.

Arrastrado por las corrientes hacia el Sur del estrecho hasta los $55^{\circ}1/3$, no tenía más que un solo barco, pero por el mal que causó a los españoles demostró las rapiñas que habría podido llevar a cabo si hubiese tenido a sus órdenes las escuadras con que había salido de Inglaterra.

En un desembarco en la isla de la Mocha, tuvieron los ingleses dos muertos y muchos heridos, entre estos últimos el propio Drake, que fue alcanzado por dos flechas en la cabeza y se vio en absoluta imposibilidad de castigar a los indios por su perfidia. En el puerto de Valparaíso se apoderó de un buque ricamente cargado de vinos de Chile y de lingotes de oro, valuados en 37.000 ducados; después saqueó la ciudad, abandonada precipitadamente por sus habitantes. En Coquimbo, donde se tenían noticias de su próxima llegada, se encontró con fuerzas poderosas que le obligaron a reembarcarse. En Arica saqueó tres pequeños barcos, en uno de los cuales encontró cincuenta y siete barras de plata, valuadas en 50.160 libras; y en el puerto de Lima, donde estaban fondeados doce buques o barcas, el botín fue considerable. Pero lo que alegró más a Drake fue saber que un galeón llamado *Cagafuego* navegaba hacia Paraca muy ricamente cargado. El almirante se lanzó inmediatamente en su persecución, y en el camino capturó una barca que llevaba ochenta libras de oro, o sea 11.080 escudos, y no le costó gran trabajo, a la altura del cabo de San Francisco, apoderarse del *Cagafuego*, en el cual encontró ochenta libras de oro. Esto hizo decir, riéndose, al piloto español: "Capitán, nuestro buque ya no se debe llamar *Cagafuego*, sino *Cagaplata*; el vuestro es el que debe llamarse *Cagafuego*." Después de haber hecho otro gran número de presas, más o menos ricas, en las costas del Perú, supo Drake que se preparaba contra él una escuadra considerable, y pensó que ya era tiempo de volver a Inglaterra.

A este fin se le ofrecían tres caminos: o repasar el estrecho de Magallanes o atravesar el mar del Sur y doblar el cabo de Buena Esperanza para volver por el Atlántico,

o remontar la costa de China y entrar por el mar Glacial y el cabo Norte. Drake se decidió por este último como más seguro. Se hizo, pues, a la vela, llegó al 38° de latitud Norte, y desembarcó en la bahía de San Francisco. Era entonces el mes de junio; la temperatura era muy baja, y la tierra estaba cubierta de nieve. Los detalles que da Drake acerca de la acogida que le hicieron los indígenas son muy curiosos. “Cuando llegamos, los salvajes manifestaron una gran admiración al vernos, y pesando que éramos dioses nos recibieron con grande humanidad y reverencia.

“Mientras estuvimos allí continuaron visitándonos y trayéndonos una vez magníficos penachos hechos con plumas de diversos colores, y otras *petun* (tabaco), que es una hierba de que los indios usan ordinariamente. Pero antes de presentárnoslo se detenían un poco lejos, en un sitio en que habíamos levantado nuestras tiendas. Luego hacían largos discursos de manera de arengas, y cuando concluían dejaban sus arcos y flechas en aquel sitio y se acercaban a nosotros para ofrecernos sus presentes.

“La primera vez que vinieron sus mujeres, se detuvieron en el mismo sitio y se arañaron y arrancaron la piel de la carne de sus mejillas, lamentándose de una manera admirable, que nos sorprendió sobremanera; pero después supimos que era una especie de sacrificio que nos hacían.”

Los detalles de da Drake acerca de los indios de California son quizá los únicos que ha facilitado sobre las costumbres y los usos de las naciones que visitó. Haremos notar con este motivo la costumbre de las largas arengas que el viajero ha advertido y que encontramos entre los indios de Canadá, como Cartier hizo constar unos cuarenta años antes.

Drake no subió más arriba por el Norte, y renunció a su proyecto de volver por el mar Glacial. Cuando se hizo a la vela fue para bajar hacia la línea, llegar a las Molucas y volver a Inglaterra por el cabo de Buena Esperanza. [...]

El 13 de octubre de 1579, el almirante inglés llegó a los 8° de latitud Norte, a un grupo de islas cuyos habitantes tenían las orejas muy prolongadas por el peso de los adornos que se colgaban a ellas; las uñas, que dejaban crecer, parecían servirles de armas defensivas, y sus dientes “negros como le pez de los barcos” adquirían este color por el uso del betel. Después pasó Drake por las Filipinas, y el 14 de noviembre llegó a Ternate. El rey de esta isla vino a bordo de su buque con cuatro canoas cargadas con sus principales oficiales, revestidos de sus trajes de ceremonia. Después del cambio de cortesías y presentes de costumbre, recibieron los ingleses arroz, caña de azúcar, gallinas, higos, clavo y harina de sagú. Al día siguiente algunos marineros que bajaron a tierra asistieron al Consejo “Cuando el rey llegó levaban delante de él una rica sombrilla o quitasol todo bordado de oro. Iba vestido según la moda del país, pero con un traje extremadamente magnífico, porque estaba cubierto desde los hombros hasta el suelo con un largo manto de tela de oro. Tenía por adorno en la cabeza una especie de turbante, todo adornado de oro fino y rica pedrería con borlas de la misma tela. Del cuello le colgaba una hermosa cadena de

En Buenos Aires (que me decepcionó mucho pues yo me esperaba una ciudad exótica, con pieles rojas, aves y flores tropicales y mucho color local y, en cambio, me encontré con una ciudad de tipo europeo solo que con un clima desagradable y el maldito hollín...), vivimos primero en una pensión, la Pellegrini Zisis House, en la calle Carlos Pellegrini 1520 (un mes y eso de después de haber transcurrido una semana en la Avenida de Mayo en el hotel Castelar) y luego fuimos a vivir al Barrio Norte, en la calle Guido 1518 todos juntos, mamá, papá, mis dos hermanas Anna y Fiammetta y los tíos Sergio y Liliana.

Dificultades yo, personalmente, no las viví pues mi padre y su hermano empezaron casi inmediatamente a trabajar en el sector textil, yo iba al colegio y por la tarde iba al negocio, en la calle Moreno, en donde hacía mis deberes de la escuela y escribía las cartas en castellano. Mi preocupación era ser diferente de los demás, por la manera de vestir, por la educación y porque me decían en el colegio “pero, si vos sos italiano, ¿cómo es que sos también ruso?” y muy pronto aprendí que el sustantivo “ruso” se acompañaba casi siempre a la adjetivación “de mierda”. Nadie me ayudó a integrarme, por el contrario, mi padre me complicó la vida psicológicamente porque vivía siempre con la idea del regreso a Italia y entonces se hablaba siempre de que en Italia todo era mejor y de que volveríamos y oyendo esos discursos yo estaba siempre solo porque me consideraba superior a los argentinos.

No sé si tuve nostalgia pero sí añoraba una forma de vivir mejor: vacaciones de tres meses, el palco en el Teatro de la Ópera, en Roma, una ciudad hermosa y llena de testimonios artísticos y culturales que en Buenos Aires no lograba encontrar.

Yo, personalmente, y en esto también reconozco el *input* obsesivo y morboso de mi padre, vivía pensando en lo que podría suceder a los parientes en Italia y recuerdo que cuando se cortaron las comunicaciones con Italia a causa de la guerra y las noticias llegaban por la Cruz Roja o por voces o “se dice”, en casa se vivió una situación de gran tensión. Mi padre dormía poco y se pasaba horas durante la noche y la madrugada tratando de captar noticias por la radio. Yo, por mi parte, tenía que ocuparme de mi propio equilibrio; recuerdo que, cuando en 1942, mi tío Sergio se suicidó en el Tigre, puesto que mi padre sufría del corazón, cuando las autoridades pidieron la presencia de un familiar para el reconocimiento de la *salma*, a mis padres no se les ocurrió nada mejor que mandarme a mí, que entonces tenía 16 años, acompañado por Olga Luzzati, que era una prima en segundo grado de mi tía Liliana: ha pasado medio siglo de entonces y todavía me veo, tímido y asustado en la morgue con el empleado que saca afuera el cajón frigorífico con la *salma* de mi tío, levanta la sábana...

Trabar amistad con los argentinos me era muy difícil. Cuando iba al Colegio Nacional de Buenos Aires, aun a los dieciocho años, tenía que regresar a casa no más tarde de las nueve de la noche mientras que mis compañeros, con los cuales a veces iba al cine, a comer algo, regresaban a casa cuando querían y sin tantas historias. Yo tenía que hablar por teléfono a casa, decir con quién estaba (y la



Buenos Aires en 1936: el ensanche de la calle Corrientes.

pregunta de mi padre, qué hace el padre, quién es...), adónde íbamos y a qué hora regresaría: mis compañeros me tomaban el pelo, naturalmente y recuerdo que una vez que, después de haber llamado a casa a eso de las nueve de la noche, después de haber cenado nos fuimos al cine y luego a jugar a los dados y regresé a casa a las dos de la mañana, cuando bajé del taxi en la esquina de Callao y Santa Fe (en aquel entonces yo tenía 19 años y vivíamos en Santa Fe 1755) vi en seguida las siluetas de mis padres en la ventana del living: hubo casi una tragedia griega, me quitaron las llaves de casa y el día después, en el colegio, un compañero me dijo: “¿Pero qué carajo ha hecho tu viejo anoche, que a la una de la madrugada ha despertado al mío para saber en dónde estabas?”

Con los demás judíos italianos el contacto era continuo: cuando recién llegamos a Buenos Aires (yo tenía entonces 13 años) casi todas las noches había reuniones donde todos trataban de estudiar qué hacer en el nuevo país (recuerdo tanta gente: Vigevani, Vitale, Rabello, Segre, Terni, Civita, Eppinger, Smolensky, Pugliese, Conti, Sacerdote, Volterra, Beer, etc., etc.). En los primeros tiempos íbamos todos los domingos, adultos y chicos, a la casa del Ing. Mario Beer (que luego se fue a Mendoza) en la calle Boedo 17 y allí los adultos jugaban al bridge o al póker y los chicos jugábamos al Monopoli, Franca, mis hermanas y yo, no Gina y Stefano Beer que eran un poco más grandes.

Teníamos relaciones también con otros judíos emigrados que eran principalmente askenazi (Khoner, Falush, Engel, Vamos) y con judíos locales sefardíes sobre todo por motivos de negocios (Teubal, Cuenca, Modai, Angel).

Un poco más adelante, cuando tenía alrededor de 25 años y ya estaba casado (con Julia Lakatos que había conocido en casa Smolensky), durante las horas de trabajo (el comercio nunca me ha apasionado y lo hacía por fuerza de costumbre después de haber abandonado la Facultad de Derecho) de vez en cuando me iba a visitarlo a Paolo Segre que tenía un negocio textil en la calle Santiago del Estero en sociedad con un judío sefardita, Tarrab, y los dos hablábamos de los máximos sistemas, de cómo no nos gustaba el comercio y de si nos había gustado y cuánto un concierto. Éramos dos peces fuera del agua que nos hacíamos compañía.

Yo era relativamente religioso, más por fuerza de la costumbre que por verdadera convicción. Normalmente íbamos al Gran Templo de la Congregación Israelita en la calle Libertad pero, en ocasión de las fiestas, íbamos al templo sefardita de la calle Lavalle, en el Once con todos los “turcos” textiles: Teubal, Sasson, Laniado, Liniado, Kichik, Cohen, etc., etcétera.

Ya he dicho que nunca me asimilé y no ha habido tampoco una real inserción mía en la vida del trabajo: yo le mandaba cartas a los clientes deudores del interior, muy a menudo extranjeros de escasas letras, y les hacía consideraciones éticas y filosóficas sobre el deber de pagar con citas en latín o mencionando la *Comédie Humaine* del Balzac. La verdadera asimilación mía ha sido con las coperas de los *pianos-bar* y *night-clubs*...

Durante la guerra adherí a una asociación que después supe ser de matriz comunista, que se llamaba (si la memoria no me traiciona) "Asociación Juvenil por la Libertad". Le mandaba cartas a M. Guerin, dirigente de *France Libre* y no me sentía en conflicto como italiano por estar del lado de los aliados. Siempre fue claro para mí que, en cualquier país, el poder puede no representar al pueblo. No me quedé.

He vuelto a Italia a fines de 1962, poco antes de que el General Onganía derrocará al presidente Dr. Arturo H. Illia. [...]

El aspecto más positivo de haber vuelto a Italia es que desde entonces empecé a amar a Buenos Aires y a la Argentina. "Buenos Aires, mi tierra querida" dice el tango... Hay en mí la nostalgia de 24 años vividos en Buenos Aires que hubiesen podido ser mucho mejores si yo hubiese sabido desembarazarme antes de los prejuicios antiargentinos que me había dado mi padre.

Con otros judíos que han regresado mantengo buenas relaciones y los veo siempre –cuando acontece– con placer pero no hago esfuerzos particulares por encontrarlos. No he participado nunca de los famosos *incontri*.

Sigo siempre con interés los acontecimientos argentinos y veo siempre con placer e interés a la gente que viene de la Argentina.

[...] El período argentino me ha abierto los ojos y ha ensanchado mi horizonte. Es una experiencia importantísima. Me sea permitido terminar así: "He escrito no para mal de naides sino pa' bien de tuitos".

Roma, 24 noviembre 1992.

Viajeros en busca de un destino

Valeria Sardi y Andrés Allegroni

Amanece en un suburbio de la ciudad de Munich. Todavía está oscuro y arrecia un frío que anuncia la próxima nevada. Hanna tiene frío y sueño, quiere seguir refugiada en la cama bajo el edredón de plumas pero la desesperación es más fuerte, el miedo moviliza sus músculos y se levanta como un resorte. Hanna es la hija mayor de un matrimonio de la clase trabajadora alemana. Su padre es sastre y su madre ama de casa. Con mucho esfuerzo sus padres han tratado de darle una buena educación y ella se ha dedicado a estudiar piano. Sueña con ser una gran concertista. Pero, la cruda realidad de su país la ha puesto en una situación sin escapatoria. No son buenos tiempos para los judíos en Alemania.

Desde hace unos meses, en la ciudad de Munich como a lo largo y lo ancho del país las expresiones de antisemitismo se intensificaron. Los negocios son marcados con estrellas de David, manifestantes expresan su odio, los libros en las escuelas se pueblan de instrucciones y comentarios antijudíos, en algunos lugares tienen que llevar

la estrella de David de pañolenci amarillo como una rosa en el ojal. Otros han tenido peor suerte: han sido deportados a campos de concentración o exterminio. Esa suerte nefasta han sufrido Grette y Hans, sus padres. Hace meses que Hanna no tiene noticias de ellos.

Este amanecer gris, neblinoso y frío es el día. Hoy intentará llegar a Viena, aunque tenga que caminar más de cuatro horas ocultándose entre bosques y montículos, aunque el viaje la transforme en un resto humano mojado y helado. Tal vez pueda ocultarse antes en Salzburgo, la ciudad de Mozart donde ella sueña dar su primer gran concierto. Salzburgo ya no tiene música, está silente como Hanna.

El piano en casa de su tía Sophie en Salzburgo oculta una puerta que lleva al sótano donde Hanna pasa sus días. A la espera del salvoconducto que le permita escapar de tierra alemana.

Todas las mañanas, antes que salga el sol, Roque ya está en el campo. Con frío o con calor, con sed o con hambre, la naturaleza no espera. Hay que arar, sembrar, cultivar, cosechar. Son horas de trabajo duro y de magro salario. Las tierras trabajadas incansablemente son del patrón que descansa en Madrid mientras sus hombres esculpen el campo en Lugo.

Después de una jornada agotadora, no hay un sueño reparador. Sólo una sopa y, con suerte, un pedazo de pan. Y otra vez, al alba, salir al campo. Una y otra vez, se repite la rutina al infinito.

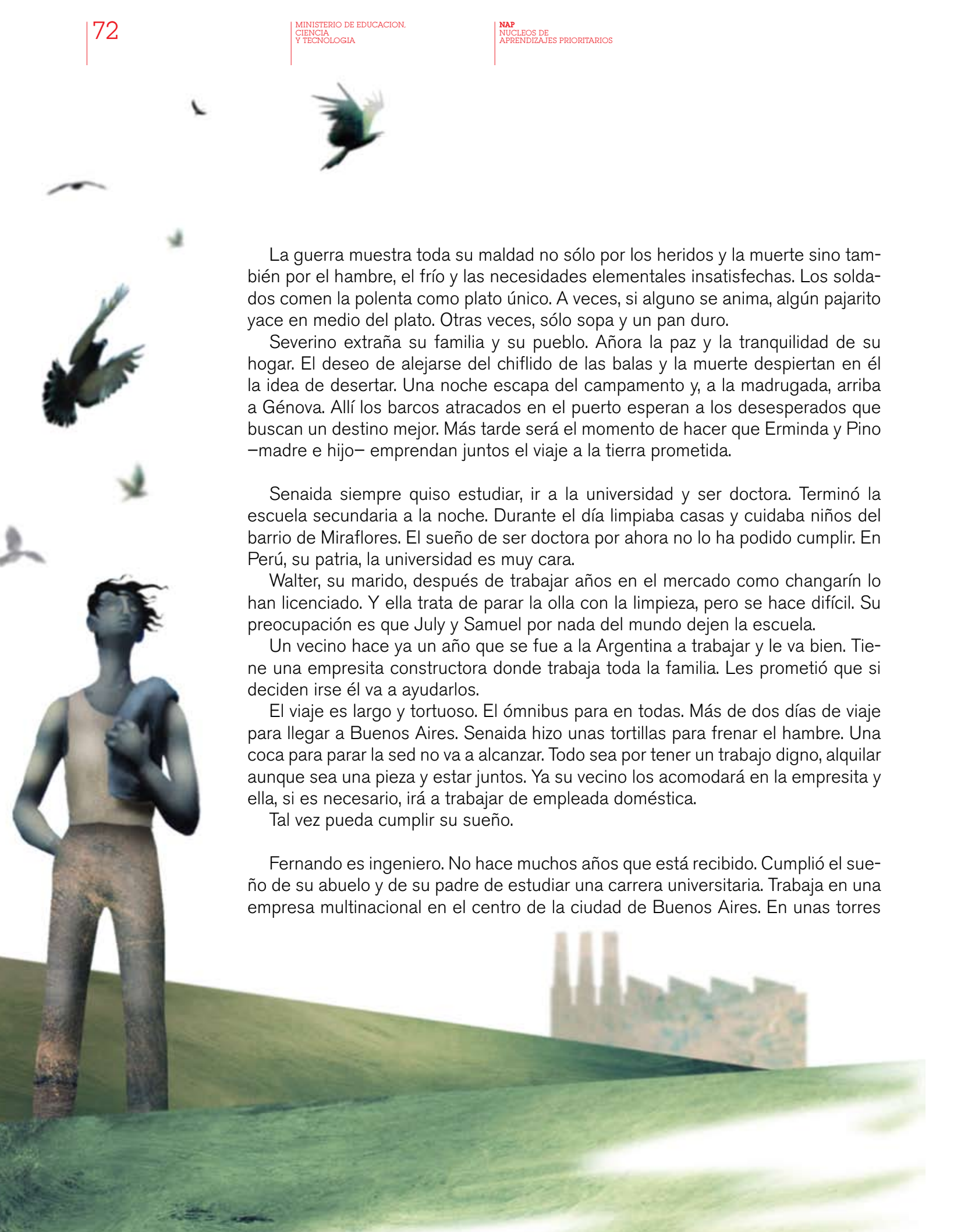
El estómago gime y Roque también. Su cuerpo está cansado de tanto esfuerzo y tan pocas satisfacciones. Muchas noches, después de todo el día de trabajo, Roque sale a campo traviesa con el deseo desesperado de encontrar algún ser vivo que pueda terminar en la olla de hierro. Pero la búsqueda es en vano. Solo algún cuis, que por estas épocas es un manjar insospechado.

La esperanza se teje entre las voces que vienen del otro lado del océano, en cartas y rumores de vecinos, familiares y amigos. La tierra prometida está cruzando el ancho mar. El hambre se mata con carne en abundancia, dicen. Allá todos comen, comentan. En la pampa todos tienen trabajo y posibilidades de progresar, afirman.

Roque espera en la cubierta del "Esperanza". Deja su tierra querida y sufrida con el deseo de un futuro de abundancia, sin escasez ni privaciones. Lo espera un largo viaje. Quizás, después, la satisfacción de una comida caliente y sabrosa.

Obuses y cañones se disputan el hueco entre las frías montañas de los Alpes italianos. Las balas resuenan al compás del viento y la lluvia. Los fusiles se intercambian por papas que reconfortan el cuerpo, no el alma. Mujeres y niños son fantasmas en pueblos donde los hombres han desaparecido. Los ha raptado la guerra y el combate.

Severino, un campesino siciliano, ha sido enviado al batallón de artillería alpina. Él que nunca ha estado en el norte, que no conoce el terreno y, apenas, comprende el dialecto de sus compañeros. Ha dejado en Agrigento, su pueblo, a su mujer y su hijo.



La guerra muestra toda su maldad no sólo por los heridos y la muerte sino también por el hambre, el frío y las necesidades elementales insatisfechas. Los soldados comen la polenta como plato único. A veces, si alguno se anima, algún pajarito yace en medio del plato. Otras veces, sólo sopa y un pan duro.

Severino extraña su familia y su pueblo. Añora la paz y la tranquilidad de su hogar. El deseo de alejarse del chiflido de las balas y la muerte despiertan en él la idea de desertar. Una noche escapa del campamento y, a la madrugada, arriba a Génova. Allí los barcos atracados en el puerto esperan a los desesperados que buscan un destino mejor. Más tarde será el momento de hacer que Erminda y Pino –madre e hijo– emprendan juntos el viaje a la tierra prometida.

Senaida siempre quiso estudiar, ir a la universidad y ser doctora. Terminó la escuela secundaria a la noche. Durante el día limpiaba casas y cuidaba niños del barrio de Miraflores. El sueño de ser doctora por ahora no lo ha podido cumplir. En Perú, su patria, la universidad es muy cara.

Walter, su marido, después de trabajar años en el mercado como changarín lo han licenciado. Y ella trata de parar la olla con la limpieza, pero se hace difícil. Su preocupación es que July y Samuel por nada del mundo dejen la escuela.

Un vecino hace ya un año que se fue a la Argentina a trabajar y le va bien. Tiene una empresita constructora donde trabaja toda la familia. Les prometió que si deciden irse él va a ayudarlos.

El viaje es largo y tortuoso. El ómnibus para en todas. Más de dos días de viaje para llegar a Buenos Aires. Senaida hizo unas tortillas para frenar el hambre. Una coca para parar la sed no va a alcanzar. Todo sea por tener un trabajo digno, alquilar aunque sea una pieza y estar juntos. Ya su vecino los acomodará en la empresita y ella, si es necesario, irá a trabajar de empleada doméstica.

Tal vez pueda cumplir su sueño.

Fernando es ingeniero. No hace muchos años que está recibido. Cumplió el sueño de su abuelo y de su padre de estudiar una carrera universitaria. Trabaja en una empresa multinacional en el centro de la ciudad de Buenos Aires. En unas torres

nuevas que se construyeron con la fiebre de los años noventa. Dos días a la semana viaja a Ezpeleta a dirigir una obra de viviendas que están construyendo. A veces va en auto y, otras, toma el viejo tren Roca. De esos viajes vuelve cansado no solo por el trabajo sino por la angustia de la gente, la pobreza que se encarna en cada rostro que viaja en el tren. En esta travesía no ve los logros del progreso que dejaron esos últimos años; más bien, ve la miseria que rodea el comienzo del milenio.

Hace meses que se rumorea que la empresa se va del país. Otros comentan que no le dan los números. Su compañero de oficina dice que le contaron que va a haber despidos masivos.

Una mañana le llega el telegrama y se queda sin trabajo. Fernando no sabe qué va a ser de él. Necesita trabajar para mantener a los padres que están jubilados. El nonno le dice que es tiempo de que él también emigre. Llegó su hora.

En Alemania necesitan ingenieros. Ese será el destino elegido. Entre las clases de alemán, los trámites del pasaporte y la compra del pasaje –fruto del dinero acumulado en el chanchito que atesoró durante estos últimos años, más la “vaquita” que hicieron sus amigos– pasan los meses que lo separan de la partida.

En el aeropuerto se despide de todos. Promete escribir e-mails, llamar una vez por semana y, al *nonno*, mandarle postales.

¿Por qué partir?

¿Cuáles son las causas o motivos de emprender un viaje como inmigrante? La inmigración, generalmente, se produce a causa de situaciones de peligro de vida, de hambre o de guerras, de crisis económicas que conllevan la imposibilidad de que las personas desarrollen su trabajo o lo obtengan; de persecución ideológica, racial o política. Muchas otras veces la gente emigra para estudiar en otro país o porque se le ha dado la posibilidad de desarrollar su profesión con mayor éxito económico que en su lugar de origen.

La historia de Hanna, que presentamos al comienzo del texto, se relaciona con la inmigración a causa del antisemitismo y la persecución racial en la Alemania nazi entre 1939 y 1945. En este caso, la inmigración implica trasladarse de ciudad, esconderse durante un tiempo y esperar la posibilidad de escapar de Alemania para salvarse. Para los judíos, la única posibilidad de salvarse era emigrar o refugiarse en alguna casa de familia en un sitio secreto como sótano, altillo, dentro de un ropero o en algún lugar no visible de la casa. No muchos tuvieron esa suerte y fueron obligados a migrar a los campos de concentración y de exterminio a lo largo de toda Europa.

La historia de Roque es la historia de muchos hombres de ayer y de hoy que migran a causa del hambre y la escasez de oportunidades laborales. Posteriormente a la primera guerra mundial, la falta de trabajo y el hambre movilizaron hacia América a hombres y mujeres, como Roque. En la actualidad los viajes migratorios son de África a Europa, de Latinoamérica a los Estados Unidos, de los países más pobres

a los países más ricos. Los “espaldas mojadas”, como se los llama a los mexicanos que cruzan el Río Grande con el objetivo de llegar a tierra norteamericana, viajan para poder vivir mejor, alimentarse y tener un trabajo. Los “balseros” se trasladan en botes improvisados y cruzan el estrecho de Gibraltar para llegar a España, el Canal de la Mancha entre Francia e Inglaterra, el mar Adriático entre Albania e Italia, el mar del Caribe entre Cuba y los Estados Unidos. Todos escapan de sus tierras con el deseo profundo de alcanzar tierras extranjeras y tener la oportunidad de sobrevivir.

También están aquellos que se transforman en inmigrantes a causa de la guerra. Escapan de sus tierras perseguidos por sus propios coterráneos como sucedió en la llamada guerra de los Balcanes en la década del noventa donde las disputas eran entre habitantes del mismo lugar. O como en el caso de los ruandeses en África que inmigraban obligatoriamente a otros países para llegar a campos de refugiados donde podían salvarse de la lucha civil entre tutsis y hutus. La historia de Severino, unas páginas atrás, es un ejemplo también de esta inmigración obligada a causa de la Primera Guerra Mundial en Italia.

Inmigrantes también fueron aquellos que a fines del siglo XIX y principios del XX llegaron de países de Europa a la Argentina, a “hacer la America”. O, aquellos argentinos que en 2001, a causa de la crisis económica, vendieron muebles, electrodomésticos y bibliotecas para juntar el dinero para radicarse en países que les dieran la oportunidad de trabajar. La historia de Senaida, como la de Fernando, son historias de inmigrantes que buscan una vida mejor, la posibilidad de trabajar, de desarrollarse, de crecer... para eso, la inmigración fue el único camino.

Descender de los barcos

Un joven nigeriano logra superar la travesía por el Estrecho de Gibraltar en una balsa y, finalmente, llega a España. A pesar de la felicidad de haber arribado a la tierra prometida la vida en este nuevo país no será fácil. Seguramente sus primeros días los pasará en un centro de acogida al inmigrante –instituciones destinadas a alojar a los recién llegados– y, tal vez, si consigue la visa pueda encontrar un trabajo y permanecer en la península. Deberá enfrentarse a situaciones difíciles marcadas por la diferencia de la lengua, las costumbres, la cultura y, en algunos casos, la etnia.

Del mismo modo, cuando calabreses, sicilianos, napolitanos, gallegos, madrileños, catalanes, turcos, armenios, libaneses llegaron a Buenos Aires la vida aquí no fue sencilla. Muchos ya tenían familiares en la capital o en el interior de las provincias y se hospedaban con ellos o trabajaban en familia. Otros llegaban “con una mano atrás y otra adelante”, sin trabajo, sin conocer la lengua y con una vida marcada por las necesidades y penurias. Los más chicos aprendieron la lengua en la escuela y, los más grandes, a fuerza de tener que comunicarse mezclaban el español con su dialecto. Así nació el cocoliche y el lunfardo.

Los libaneses y turcos se dedicaron a lo que conocían: la venta de artículos textiles y para la casa, de puerta en puerta, recorriendo pueblos a lo largo y a lo ancho del país. Algunos italianos eran sastres y, muchos, campesinos. Aprendieron el oficio de albañil, estibador, operario y así empezaron a construir su porvenir. Muchos españoles anarquistas se dedicaron a la gastronomía, especialmente a la panificación y fueron los que bautizaron las facturas con los nombres que conocemos: “suspiro de monja”, “vigilante”, “cañoncito”, “bolas de fraile” en una actitud de resistencia pasiva. Las mujeres eran amas de casa, dependientas en comercios, empleadas domésticas o costureras y tejedoras a domicilio.

Pero no solo del trabajo vive el hombre. Otro obstáculo fueron las costumbres y la cultura. La inmigración masiva de fines del siglo XIX y principios del XX, fue tan mayoritaria que se fueron imponiendo ciertas costumbres, como el almuerzo de los domingos donde se comía la pasta, el puchero o el mondongo en familia. Los clubes de barrio, asociaciones de fomento, vecinales y sociedades de socorro mutuo funcionaron como espacios de encuentro donde los habitantes de distintas colectividades se nucleaban y preservaban sus costumbres, además de solidarizarse con las necesidades de sus coterráneos.

Adaptarse a la vida de ciudad fue otro obstáculo. Algunos inmigrantes nunca habían salido del pueblo y del campo, no conocían la vida urbana. No estaban acostumbrados a la presencia de autos y carruajes, a la vida en los conventillos, y al ritmo ciudadano.

Descender de los barcos fue como empezar de nuevo, tratando de no olvidar las propias raíces.

La pérdida del origen, del lugar que cada inmigrante deja es, tal vez, lo más difícil que conlleva el viaje de la inmigración. ¿Cómo hacer para conservar lo propio? ¿Cómo no sentir que nos “contaminamos” con la cultura ajena? ¿Cómo preservar la propia cultura? ¿Cuál es el legado que se deja a las futuras generaciones?

La nostalgia es, tal vez, el modo de recordar el hogar que se ha abandonado, los afectos que se han dejado del otro lado de la frontera, las costumbres que –quizá– se irán perdiendo, aquello que se extraña y añora. Después de muchos años de vivir en otro país, el inmigrante va integrándose a la nueva cultura, habla el idioma del lugar, se alimenta como lo hacen sus vecinos, escucha la música del lugar, lee el diario y las revistas de su lugar de adopción. Sin embargo, un tango en el extranjero, una pizza en Buenos Aires, escuchar hablar en la propia lengua son escenas que acercan lo propio en territorio ajeno. Y, aún cuando el desarraigo implique muchas pérdidas, algunas costumbres se mantienen. Uno lleva su cultura consigo, más allá de adónde viva o trabaje, en su propia lengua.

Hoy Hanna vive en Bariloche, es maestra de piano y vive rodeada de sus nietos y bisnietos. Su hijo se dedica a recopilar testimonios de sobrevivientes de campos de exterminio nazi para una fundación internacional.

Roque llegó a la Argentina en 1920 y después de trabajar muchos años en el

campo argentino, logró comprarse un terrenito en las afueras de la ciudad de Buenos Aires donde construyó su casa y, para no extrañar el campo, tiene una pequeña huerta. Su viuda la cuida amorosamente.

Severino arribó a nuestro país antes del fin de la Primera Guerra Mundial. Aquí trabajó como albañil. Murió en 1955. Sus nietos lo recuerdan disfrutando la cena familiar alrededor de la mesa de madera donde se comparte la polenta con carne.

Senaida es partera. Trabaja en las barriadas de la periferia de Rosario. July y Samuel están cursando la secundaria y quieren seguir estudiando. Su marido trabaja en la empresita del vecino.

Fernando vive en Colonia, Alemania, y trabaja como ingeniero. Convive con su novia alemana y los domingos no se olvida nunca de llamar a la casa de sus padres. El *nonno* ya no está. El email le facilita la comunicación con sus amigos.

Teresa

**Hebe Uhart, en: *Del cielo a casa*,
Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2003.**



Ciudad de La Paz, Bolivia.

Soy Teresa Huamani Tejedor, Huamani por parte de padre y Tejedor por mi mamá, que en paz descansa. No he traído mis documentos porque ahorita me están faltando; en el hotel hay hombres rudos que esconden los documentos de la gente por puro prejuicio. Si nuestra señora de Copacabana quiere, mi hijita va a ser argentina, yo le digo a ella: “Quédate siempre dentro de la pieza, cielo, no sea que haya algún entorpecimiento de las cosas”. Pero en La Paz han quedado mis otros dos hijitos con el padre cura, porque ellos eran monaguillos, iban y venían por el altar colaborando con el señor cura. Ahora, yo he escrito a esa dirección. ¿Se podría haber mudado de dirección la iglesia? Nunca he experimentado eso, pero pasan muchas cosas extrañas como yo vi acá y quiero referirle si no es molestia. Llevaba yo mi niñita a la escuela y, según comprendí un niñito le había dañado los dientes a un compañerito, sí, le arrebató dos dientitos (hondo suspiro hacia adentro). El padre del niñito perjudicado se dirigió a la señorita maestra de una manera que yo nunca había oído: gritos, insultos; yo había sabido de eso en la pensión, pero ¡a la señorita maestra! ¿A la señora directora! Yo pensé que lo llevarían a la cárcel, pero no fue así: ni la señorita maestra ni la señora directora se manifestaron. Y el hombre tiró del brazo de su niñito y se lo llevó. ¡Qué forma de hablar! ¡Qué desmerecimiento! Sí, señora, estuve casada, supe tener marido, pero no agregaba, pues, sí, quién sabe dónde iría, que en veinte años no lo supe, y después volvía a la casa cambiado, sí, golpeaba, pues, yo le he contado a mi hermana a la postre. ¿Qué cuánto tiempo sería? Unos veinte años; le he contado a mi hermana después de esos tiempos y ella me ha dicho: “Mucho has tardado, pues”. Y no habiendo trabajo allá, porque hay más vendedores que com-

pradores, dije yo a mi hijita: “Vamos pues a la Argentina, que allá hay trabajo y buena educación”. Trabajo gracias a Nuestra Señora de Copacabana no falta; y es de mi parecer que he de conseguir más cuando domine el ascensor; yo subo y razono: si todos suben, ¿por qué no te ha de llevar a ti? Pero una vez se quedó entorpecido en medio de lo oscuro, claro, con tantas puertas y celosías como tiene, que a mí me quedó esa desazón; cuando sube, la sangre desciende de mi cabeza, y cuando bajo, la sangre asciende por su cuenta. ¿Yo podría poner un letrero, como esos que he visto en la librería, donde pondría: “Se ofrece señora para trabajos domésticos solamente en departamentos del piso bajo”? ¿No? Se ve que no se debe poner así. También he cavilado mucho con mis hijitos, que no tengo noticias, cómo estará el padre cura, si vivirá, ya era anciano por demás, pues. ¿Es posible que yo ponga en el afuera, en el sobre: “Muy urgente, deseo noticias”. ¿No? No acierto yo con lo que debo hacer y si no es un abuso yo anotaría en un papel las cosas que puedo hacer y las que me están prohibidas bajo su guía. Porque si yo hubiera tenido un papel con recomendaciones, no me hubiera sucedido lo que en la frontera. Yo venía con mi hijita que la vestí bella como un sol, de amarillo y violeta, que así solemos vestir en mi patria y traje fruta para merendar en el tren. Cuando llegamos a la frontera, un señor de gran tamaño empezó a caminar por arriba de los asientos y le iba quitando a cada quien su merienda. A mí me despojó de mis manzanas y mi pan y me dijo:

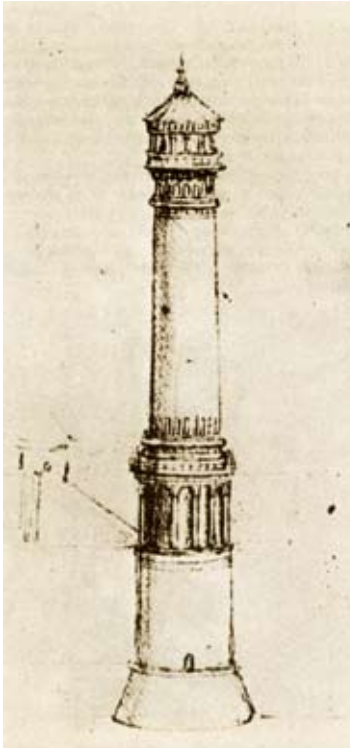
—No se puede entrar con fruta. Vayan a comer fruta a su tierra, perros.

Y el tren descarriló, estuvimos siete horas aguardando allí, sin nada para comer. No, no pedí ninguna vianda a nadie, jamás he pedido, pero yo penaba por mi niña, pues. (Hondo suspiro hacia adentro.) Y ahora yo he pensado poner un cartel, como he visto en la verdulería, que ponen todas las necesidades de la gente, de habitación, que compran y venden animalitos, aparejos de música, alquileres. Yo pondría así: “Señora boliviana, de trabajo y sin vicios, necesita alojamiento urgente, que sea tranquilo para facilitar el sueño”. Y así, lejos de esos demonios, estaremos las dos juntitas, bien caballeras.

Leonardo en la cocina (fragmento)

Los apuntes de cocina de Leonardo,
Buenos Aires, Editorial Abril, 1987.

[...] Leonardo comienza con lo fundamental. Durante varios días estudia fuegos quemando diferentes leños, midiendo cuánto tiempo tarda cada uno en quemarse y cuánto calor brinda. Pero al final llega a la conclusión de que lo que importa es la cantidad de leños e inventa una cinta transportadora por medio de la cual los leños, cortados por una sierra circular, son transportados desde afuera de la cocina hasta el fuego, eliminando así la necesidad de un cortador de leños en la cocina (si bien ignora los otros cuatro hombres y ocho caballos que operan y alimentan la sierra circular en el exterior).



Dibujo de Leonardo del molino de pimienta.

También diseña un Asador Automático para evitar que un miembro del personal de cocina tenga que estar todo el día dando vueltas lo que se desea asar. El impulsor o hélice, ubicado sobre la chimenea, se acciona mediante una corriente de aire caliente y está unido a engranajes que transmiten el movimiento al asador. “El asado dará vueltas más lenta o más rápidamente en relación con un fuego más pequeño o más grande”, escribió Leonardo debajo del diseño (en el Códice Atlanticus, y existe un modelo que funciona en el Museo de la Ciencia y la Técnica en Milán). Sin embargo, no explica en qué ocupará su tiempo libre el encargado de dar vueltas al asador.

Para tener “un suministro constante de agua hirviendo”, Leonardo inventa un surtidor que trabaja con carbón de leña: una larga serie de tubos de metal espiralados por donde circula el agua, ubicados sobre las brasas del fuego. Tiene algunas dudas sobre la superioridad de su invento con respecto a la anciana arrugada que normalmente mantiene una olla con agua hirviendo sobre el fuego, pero le expresa su convicción (a Matteo Bandelli) de que su diseño resulta más adecuado a la época ilustrada en que vive.

Para mantener “el piso siempre limpio” utilizará dos bueyes con un cepillo de un metro y medio de diámetro y dos metros y medio de ancho, con una pala detrás para recoger lo que barren. Ocuparán más lugar que el anciano que realizaba anteriormente la tarea con una escoba, pero obviamente serán más eficientes que él.

Leonardo planea accionar sus “artefactos para limpiar, moler, etc.” En parte con una gran rueda hidráulica que piensa construir en uno de los extremos de su cocina y en parte con caballos. Su artefacto más pesado, el Moedor para Ganado (cuyos diseños aparecen en la Biblioteca del Vaticano y en la colección de la Reina de Inglaterra en el Castillo de Windsor) necesita de un pequeño ejército de hombres para accionarlo –con un número igual de caballos– y aparentemente tiene toda una serie de accesorios, similares a las máquinas mezcladoras de hoy en día, para moler cerdos y animales más pequeños.

También se encuentra entre los artefactos de Leonardo una máquina para rebanar pan, accionada por el viento, que corta trozos de pan y los apila juntos por medio de unos caños largos. [...] También le informa a Ludovico que el programa de extensión de su cocina requerirá cerca de la mitad del Gran Salón del Castello, los establos adyacentes y las seis habitaciones que ocupa la madre de Ludovico, para almacenar vegetales y como matadero.

Para brindar música en las cocinas, Leonardo planea utilizar tambores mecánicos accionados a mano, que ya ha inventado y construido, acompañados por tres músicos que ejecutarán otros instrumentos que piensa inventar y que describe como armónicas.

Su “artefacto para mantener alejados olores y hedores” consiste en grandes fuelles colocados en los cielorrasos y accionados por un árbol de levas sujeto a un cigüeñal impulsado por caballos.

El artefacto para “eliminar las ranas de los barriles de agua potable” es una simple trampa de resorte, que, cuando una rana salta sobre ella la golpea en la

cabeza aplicándole una serie de golpes de martillo, presumiblemente hasta dejarla inconsciente, de manera que no pueda saltar dentro del agua.

[...] Luego comienza el trabajo formal. Viejas paredes caen y otras nuevas se levantan. Las modificaciones del Gran Salón que Leonardo exige, lo convierten en un lugar en el que resulta imposible comer, por lo que Ludovico y su corte, que de cualquier manera carecen de servicio, pues las viejas cocinas no funcionan, tienen que comer afuera, en las mesas de sus amigos o retirarse al campo de Ludovico, en el estado de Vigevano. [...]

Aeróstatos

Eduardo Wolovelsky, en Revista Nautilus N° 5
(www.proyectonautilus.com.ar). Ilustraciones de Pablo Bolaños.

Mitad hombre y mitad toro, el Minotauro era un ser temible. Debido a la amenaza que representaba, el rey Minos de Creta le encargó al célebre inventor y arquitecto Dédalo que construyera un laberinto donde encerrar a la monstruosa criatura. Para apaciguar la furia del prisionero y, al mismo tiempo, vengarse de los atenienses que habían matado a su hijo Angrogeo, Minos le ofrecía en sacrificio siete doncellas y siete jóvenes de la ciudad de Atenas.

Teseo, héroe ateniense, con la intención de matar al Minotauro, se ofreció como voluntario para ser sacrificado en el interior del laberinto. Cuando el joven llegó a Creta, la princesa Ariadna, hija del rey Minos, se enamoró del héroe y le entregó un ovillo de hilo que le fuera obsequiado por Dédalo. Atando el extremo del hilo en la entrada del laberinto, Teseo podría encontrar la salida luego de matar al Minotauro y liberar así a la ciudad de Atenas de tan doloroso tributo.

Muerto el Minotauro, Teseo abandonó la isla de Creta junto con la princesa Ariadna. Minos, enojado con Dédalo por considerarlo cómplice de su hija, lo encierra en el laberinto junto a su hijo Ícaro. Habiendo olvidado los intrincados caminos de su propia obra, Dédalo sabe que la única forma de escapar de su prisión es por el aire, dado que el laberinto era una construcción a cielo abierto. Dédalo, entonces, construye con cera y plumas dos pares de alas y le advierte a Ícaro que no vuele demasiado alto para que el calor del sol no derrita la cera y que tampoco lo haga demasiado bajo para que el agua del mar no moje las plumas.

Emocionado por la libertad del vuelo, Ícaro desoye la advertencia de su padre y asciende hasta que el sol derrite la cera. Ícaro cae a las aguas del mar y muere. Dédalo logra llegar a la isla de Sicilia y se instala en la corte del rey Cocalo.

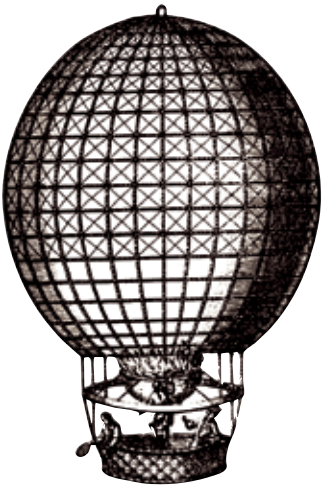
¿Precaución u osadía? Entre el prudente Dédalo y el arriesgado Ícaro ¿a quién elegimos? Es cierto que el padre logra salvarse; pero cierto, también, que el deseo del hijo de ir un poco más allá de lo conocido, es un motor para el saber, para en-



contrar respuestas y soluciones a las más importantes preguntas y a los más serios problemas, a pesar del peligro.

El 21 de noviembre de 1783, el marqués de Arlandes y Pilatre de Rozier realizaron el primer vuelo tripulado en la historia. ¿Fue aquel mismo espíritu intrépido del joven Ícaro el que los impulsó? Por supuesto que la máquina no era un avión, sino un colorido globo aerostático con una cestilla de mimbre en la cual viajaban los dos aeronautas.

El deseo de volar



[...] El 5 de junio de 1783, Joseph y Étienne Montgolfier vieron con satisfacción como su globo se elevaba venciendo la gravedad. El aeróstato, que partió de la localidad francesa de Annonay, se elevó algunos centenares de metros y cayó a 2 kilómetros de distancia. Tenía forma esférica y medía 10 metros de diámetro. Llevaba suspendido un pequeño fogón que evitaba que el aire se enfriara con demasiada rapidez.

El aeróstato de los Montgolfier voló gracias a un principio conocido desde mucho tiempo atrás y que se encontraba en el libro *Sobre los cuerpos flotantes* de Arquímedes. Ocurre que el aire del globo, al ser calentado, se expande. El aire caliente es menos denso –tiene igual peso pero ocupa un volumen mayor– que el aire atmosférico, lo que provoca que el aeróstato reciba un empuje contrario a su propio peso. La intensidad del empuje es tal que eleva el aparato.

La competencia no se hace esperar. Los hermanos Robert deciden apoyar el proyecto del físico Jacques Charles, quien tiene la idea de reemplazar el aire caliente por hidrógeno –elemento que, en estado gaseoso, es menos denso que el aire y que, por lo tanto, permitiría que el aeróstato ascienda como lo hacen los globos que se venden en las plazas. En lugar de haber sido inflados con el aire de los pulmones, a estos globos se les coloca helio que, en forma de gas, es casi tan “ligero” como el hidrógeno.

El aparato de los Robert, llamado Le Globe, era pequeño –medía sólo 4 metros de diámetro–, pero cumplió con lo que se esperaba de él dando la posibilidad de lograr nuevas mejoras en las posibilidades de vuelo. Mientras tanto, los hermanos Montgolfier, ahora en París, ensayaban un nuevo vuelo, esta vez tripulado. Durante 8 minutos, un pato, un cordero y un gallo surcaron los cielos de Francia encerrados en una pequeña jaula de mimbre. Solo un mes más tarde nuestros conocidos Pilatre de Rozier y el marqués de Alandres se elevarán a 1000 metros en el primer vuelo tripulado por humanos de la historia.

Una red que recubre el globo y sostiene una canastilla de mimbre para los pasajeros, una válvula para permitir la liberación de gas y regular el descenso, un barómetro para medir la presión del aire y poder determinar la altura son algunas de las mejoras que le permitirán a Jacques Charles y Noël Robert realizar un extenso vuelo, descendiendo a 43 kilómetros del punto de partida. Jacques Charles será recordado como un brillante químico. No volverá a volar, tal vez atemorizado por el intenso frío de los 3000 metros de altura que alcanzó en su globo de hidrógeno.

¿Dédalo o Ícaro?

El éxito de los primeros vuelos abrió el camino a nuevos desafíos. Uno de los más importantes era intentar el cruce del Canal de la Mancha para unir por aire Francia con Inglaterra. Por supuesto que había un importante premio, además del aplauso del público.

El francés Jean Pierre Blanchard y el norteamericano John Jeffries lo intentaron en un globo de hidrógeno. El 7 de enero de 1785 dejaron el suelo inglés y, aprovechando los vientos que soplaban de oeste a este, cruzaron el canal, con algunos sustos, y descendieron en territorio francés.

[...] Pilatre de Rozier, como un Ícaro moderno –pero a quien acompañaba la suerte de Dédalo– siempre había llegado a destino y también se sumó al desafío. [...] Intentó el vuelo en sentido contrario. De Francia hacia Inglaterra. El 15 de junio Pilatre de Rozier junto con Pierre Romain ascendieron a unos 1500 metros en dirección a Inglaterra. Un cambio en el sentido del viento los llevó de nuevo a territorio francés, donde el globo se incendió y estalló. Sus dos tripulantes murieron.

Pero como una aventura lleva a otra, no faltaron retos cada vez más difíciles. Uno de los más emotivos y trágicos comenzó en una lejana isla, en el Círculo Polar Ártico. A finales del siglo XIX muchos hombres tenían el ferviente deseo de ser los primeros en llegar al polo Norte. Uno de ellos era el ingeniero Salomón Andreé quien, junto con Nils Strindberg y Knut Fraenkel, lo intentó en el año 1897.

En un enorme globo de hidrógeno, llamado Águila, y confiados en los vientos, Andreé y sus compañeros se elevaron desde Spitzbergen con la mirada esperanzada y un tanto orgullosa de quienes se animan a hacer lo imposible. El 13 de julio, dos días después de la partida, se recibieron, a través de palomas mensajeras, lo que serían las últimas noticias de la expedición. Luego, el silencio. Casi por casualidad, 33 años después, se localizaron los restos de lo que fue esta gran expedición al Ártico: se encontraron fotos y el diario de a bordo. Sabemos así que el 14 de julio de 1897 el Águila cayó. Andreé Strindberg y Fraenkel lucharon durante tres meses por volver, recorriendo en dirección sur cientos de kilómetros. Finalmente fueron vencidos por el gran mar blanco.

Hacia fines del siglo XIX, las aventuras en globo no perdían su atractivo. En la navidad de 1907, Jorge Newbery y el experimentado aeronauta Aaron Anchorena cruzaron el Río de la Plata en el Pampero, un globo fabricado en Europa. Un año más tarde, ascendiendo en el mismo globo, su hermano, Eduardo Newbery, y el sargento Eduardo Romero se perdieron para siempre.

En la actualidad, los globos aerostáticos ya no se usan para el vuelo tripulado, a excepción de la práctica deportiva. Sin embargo, en la historia de la aeronavegación constituyen el primero logro en el arriesgado y fascinante desafío de recorrer los cielos.

Julio Verne ¿Inventor o visionario? (fragmento)

Ariel Pérez, en: www.avizora.com

¿Fue Julio Verne el más incomprendido de los visionarios del siglo XIX o uno de los inventores más grandes de la pasada centuria? La pregunta continúa aún sin respuesta y los defensores de ambas teorías siguen aportando continuamente nuevos elementos con el objetivo de demostrar la equivocación del bando contrario. [...]

En un plano más neutral, desde la tribuna de lo imparcial, les propongo un recorrido en el que analizaremos las interioridades de las “visiones” o los “inventos” que comenzaron bien pronto desde su primera novela publicada.

Conquistando los cielos

Se dice que la historia de la aerostación empezó a finales del siglo XVIII, en Francia cuando los hermanos Montgolfier fueron los primeros en construir un globo de papel. Utilizando un gas mucho más ligero que el aire, consiguieron que éste se elevara, en su primera ascensión, hasta los quinientos metros. ¡Habían inventado el globo aerostático! [...]

Ochenta años después del invento de los hermanos Montgolfier, un compatriota, el escritor y novelista francés Julio Verne publicaba *Cinco semanas en globo* donde describe un viaje sobre África a través del cual el Doctor Fergusson y sus acompañantes asisten a la confirmación de la existencia de varios lugares descritos por los primeros exploradores del continente africano. Muchos consideran que Verne hizo en esta novela su primera gran predicción, la referente a los viajes en globo. Si bien podemos tomar en consideración que ya con anterioridad los viajes en globo propiamente dichos eran realidad, lo cierto es que en la época en que Verne escribe su viaje sobre África, el hecho de que se pudiese viajar en globo a través de largas distancias era apenas algo más que una hipótesis. Verne simplemente describe un viaje de una duración mucho más larga que la usual, detallando además un novedoso método que permite el ascenso y descenso del globo, además de la posibilidad de dirigirlo. [...]

Verne recrea la idea de utilizar una máquina más pesada que al aire con el objetivo de dominar el espacio aéreo en *Robur el conquistador*. El *Albatros* es descrito de la siguiente manera:

“[...] A primera vista, parecía el aparato un buque con 37 mástiles. Solo que todos aquellos mástiles, en lugar de velas, llevaban cada uno dos hélices horizontales, de un paso y de un diámetro bastante pequeños, sin que esto fuera obstáculo para que se les pudiera imprimir una rotación prodigiosa. Cada uno de aquellos ejes tenía un movimiento independiente del movimiento de los otros, y además, de dos en dos, cada eje giraba en sentido inverso; disposición necesaria para que el aparato no

emprendiera un movimiento giratorio. De esta manera las hélices, continuando su elevación sobre la columna de aire vertical, mantenían el equilibrio contra la resistencia horizontal. [...]. La maquinaria: no era al vapor de agua u otros líquidos, ni al aire comprimido u otros gases elásticos, ni a mezclas explosivas capaces de producir una acción mecánica, a quienes Robur había pedido la potencia necesaria para sostener y mover su aparato, sino a la electricidad, a este agente que, andando el tiempo, habrá de ser el alma del mundo industrial. Por otra parte, no empleaba ninguna máquina electromotriz para producirlo. Solamente pilas y acumuladores.”

La descripción de esta máquina, de hecho, bastante ingeniosa, puede llevarnos a pensar en algo similar a los modernos helicópteros. Pero, ¿fueron las ideas originales de Verne las que dieron lugar a la descripción de semejante máquina? Recientes descubrimientos apuntan a decir que, mucho antes de escribir su novela, Julio conoció, en 1863, a los ingenieros Gabriel de Landelle y Gustave Ponton d'Amecourt quienes eran miembros del club de aviación fundado en ese mismo año por Nadar. Ponton d'Amecourt había creado con anterioridad maquetas de helicópteros propulsados por vapor y había creado además un modelo de aeronave muy parecida al *Albatros* de Robur. Algo que sí parece original es la idea del uso de la electricidad como fuerza motora del aparato, algo en lo cual Verne no se limitó sólo al *Albatros*, puesto que muchas otras de sus máquinas usan la misma fuente de energía.

Si se toma en consideración que el primer intento de vuelo vertical del cual se tiene conocimiento fue realizado por Paul Cornu el 13 de noviembre de 1907 y que la historia reconoce que los primeros modelos de helicópteros fueron diseñados por el ruso Igor Sikorsky en 1908, se debe concluir entonces que Verne se adelantó algunos años a describir algo parecido a lo que luego sería un helicóptero. Por último, es interesante decir que algo nunca imaginado vino a incitar la opinión pública cuando, varios años más tarde, Igor en su autobiografía declaró que su lectura juvenil de *Robur el conquistador* le inspiró directamente a trabajar en la idea del helicóptero. Había jurado que algún día construiría una máquina como el *Albatros*. [...]

Las sorpresas de un viaje submarino

Veinte mil leguas de viaje submarino ha sido una de sus novelas más polémicas y a la vez más populares, sobre todo para la industria del cine y la televisión. Si bien no se puede afirmar que Verne se antepone con su imaginación a lo que sería un siglo después el submarino, sí se pueden extraer de esta novela algunas otras anticipaciones interesantes. Según expresó el propio Verne en una entrevista, el submarino —o al menos una idea de lo que era— ya existía en su época, por lo que él solo recreó su uso, dotándolo en la novela de ciertas características finamente descritas que le proporcionaban al lector la idea de encontrarse a bordo del *Nautilus* navegando hacia lo desconocido. [...]

Pero existen elementos en la novela que sí constituyen ideas de anticipación. El uso de las escafandras en el siglo XIX le permitía al buzo mantenerse bajo las aguas. En los trabajos submarinos el individuo iba provisto de un traje impermeable y con la cabeza protegida por un casco metálico, mientras que recibía el aire para poder respirar a través de unos tubos de goma que lo unían a la fuente de entrada y salida de este fluido en la embarcación. El capitán Nemo invita al profesor Aronax a un paseo submarino. Al mostrarse sorprendido es entonces cuando Nemo dice: "...En estas condiciones el hombre no goza de libertad de movimientos. Está prendido por un tubo de goma que lo une a la tierra como una verdadera cadena... de ese modo no sería mucha la distancia que podríamos recorrer...". A la pregunta del profesor Nemo responde con la existencia de un aparato que "...se compone de un fuerte receptáculo de metal, en el cual se almacena el aire a una presión de cincuenta atmósferas. Este recipiente va fijado a la espalda mediante unas correas similares a las que usan los soldados...". Este sencillo aparato no es otra cosa que el conocido tanque de aire que llevan los buzos, y que le aseguran largas estancias en el mar y libertad de movimientos a través del mundo subacuático. Verne había descrito la escafandra autónoma que hizo su aparición en el siglo XX.

Otro de los elementos a notar es el uso que el capitán Nemo le da a la electricidad. No solo le proporciona iluminación al submarino, sino que además es utilizada como fuerza motriz del aparato, además de tener otros usos. [...] Nemo argumenta que es el propio mar quien le proporciona los medios necesarios para generar la electricidad y explica: "¿Conoce usted la composición del agua de mar? En 1000 gramos hay 96 centésimas y 2 tercios, más o menos, de cloruro de sodio, y después, en menores cantidades, cloruros de magnesio y de potasio, bromuro de magnesio, sulfato de magnesio, sulfato y carbonato de cal. Como usted ve, el cloruro de sodio figura principalmente en esta composición. Ahora bien, este sodio es el que yo extraigo del mar para construir mis elementos...".

Aparecen las máquinas de guerra y las intenciones bélicas

En el año 1879, Verne publica una de sus novelas más escalofriantes. Se trata de *Los quinientos millones de la Begún*, donde posiblemente se hace la descripción de una de las más impactantes y controvertidas "predicciones" vernianas. Sus palabras anticipadoras adquirieron carácter de trágica profecía. En esta obra mostró a las generaciones futuras lo que sería en el siglo XX, el ascenso del fascismo y su tristemente célebre caudillo, Adolfo Hitler, quien guarda una asombrosa similitud con el Herr Schultze de su novela. Este individuo formaba vastos proyectos para destruir a todos los pueblos que rehusasen fusionarse o someterse al pueblo germánico. Herr Schultze estaba decidido a conquistar el mundo. Su única obsesión consistía en difundir la idea de que la raza germánica tenía que absorber a todas las demás, las que, naturalmente, debían desaparecer para dar paso a la vencedo-

ra, y eso por una razón sencilla: la raza germánica era superior a las otras. Muchos lectores se burlaron ante la creación de un hombre tan siniestro. A pesar de ello diez años después nacía, en la localidad austriaca de Braunau, Adolfo Hitler.

La discusión fundamental en torno a esta “profecía” radica en un punto. Se conoce que fue Pascal Grousset (que escribía bajo el seudónimo de André Laurie) quien escribió gran parte de esta novela, por tanto cabría preguntarse ¿quién concibió el personaje de Herr Schultze? ¿Fue Verne o Pascal? Los especialistas no han podido dar una respuesta acertada sobre este punto, pues no se tiene referencia de las partes que cada uno de ellos escribió para la novela. En cualquier caso, aunque la “predicción” es asombrosa, los especialistas vernianos han querido guardar silencio en cuanto a proclamar esta como una de sus posibles anticipaciones.

Otra posible anticipación bien controvertida es la que propone a Julio Verne como el primer ser humano en hablar de la bomba atómica. En *Ante la bandera*, publicada en 1896, se describe una terrible arma. Un sabio enloquecido por la soberbia pone en manos de un inescrupuloso un potente explosivo: “el fulgurador Roch”. Verne lo describe en los términos siguientes: “...consistía en una especie de aparato autopropulsivo de fabricación muy especial, cargado con un explosivo compuesto de sustancias nuevas... Este aparato, al ser dirigido de cierta manera, estallaba no al chocar contra el objeto, o sea el blanco de la puntería, sino a una distancia de cientos de metros y su acción sobre las capas atmosféricas era tan enorme que toda construcción, ya fuera una fortaleza o un buque de guerra, debía quedar aniquilado dentro de una zona de 10.000 metros cuadrados...”.

Los defensores de la “profecía” argumentan que las bombas atómicas norteamericanas lanzadas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en 1945 destruyeron en su totalidad las edificaciones en un área cercana a la cifra proporcionada por Verne en su novela. Por otra parte, los detractores de tal teoría afirman que “el fulgurador Roch” era un explosivo muy poderoso, pero que de manera alguna puede compararse con la bomba atómica y agregan además que fue a partir de la versión de *Veinte mil leguas de viaje submarino* llevada al cine por los Estudios Disney que se comenzó a creer de forma extendida que era Verne el que había profetizado con muchos años de antelación el uso de la bomba atómica en el siglo XX. [...]

¿Computadoras e Internet en el siglo XIX?

Es tan vasta la obra del autor galo que no resulta extraño que en ella se encuentren muchos pasajes en los que se puede leer, más de un siglo después, descripciones primitivas de muchos de los adelantos tecnológicos con que contamos hoy. Tomemos como punto de partida las descripciones tecnológicas hechas por Verne en tres de sus obras, conocidas mundialmente por contener la exposición de tecnologías propias del pasado siglo tales como la computadora, la calculadora, el fax, el sintetizador [...].

La computadora es uno de los tantos dispositivos modernos que le han sido atribuidos a la pluma de Verne y es en el quinto capítulo de *París en el siglo XX* donde el lector asiste al encuentro de un novedoso aparato, cuando el escritor nos habla de que "...la casa Casmodage poseía verdaderas obras maestras; sus instrumentos se asemejaban, en efecto, a vastos pianos; presionando las teclas de un teclado se obtenían instantáneamente las sumas, las restas, los productos, los cocientes, las reglas de proporción, los cálculos de amortización y de intereses compuestos por períodos infinitos y a todas las cuotas posibles. ¡Había notas altas que daban hasta un ciento cincuenta por ciento! Nada más maravilloso que estas máquinas...". De esta forma nos indica el autor la existencia de ciertas máquinas que los partidarios de la idea de Verne como profeta han querido ver como la predicción de la existencia de las modernas computadoras. Los más conservadores han manifestado que no hay nada en las obras del francés que indique que pudo predecir la aparición de las computadoras, o sea el modelo de la máquina binaria de Von Neumann, en la cual están basadas todas las computadoras personales actuales. Afirman además que la historia ubica el nacimiento de la computación en una fecha tan remota como 1852, cuando Charles Babbage hizo los planos de la Máquina Analítica, una segunda versión de la Máquina de Diferencias ya anteriormente diseñada por él. En defensa de estos últimos se podría argumentar que si bien es cierto que las ideas de Babbage eran primitivas y rudimentarias, ya en la época en que Verne vivía se habían hecho algunos esfuerzos por construir una máquina que pudiese hacer cálculos aritméticos, que es la base de las operaciones de las computadoras actualmente existentes.

En *La isla con hélice*, Verne nos presenta un gran cúmulo de adelantos tecnológicos enmarcados en una historia singular, en la que los protagonistas viajan desde San Francisco hasta San Diego a bordo de una inmensa isla artificial diseñada para moverse a través de las aguas del Océano Pacífico. Uno de los fragmentos de esta novela resulta muy llamativo. En él se habla de una biblioteca que "...contiene también un cierto número de libros fonográficos; para evitarse el trabajo de leer, se aprieta un botón y sale la voz de un excelente lector que lee con tal perfección, que sería algo así como la "Fedra", de Racine, leída por Legouvé... "Realmente estamos en presencia de una de las descripciones más impresionantes dentro de la novela, la cual nos lleva a pensar en algo tan común hoy en el mundo informático como las aplicaciones multimedia a través de las cuales podemos escuchar el texto de lo que vemos en pantalla. No se conoce aún qué información previa pudiese haber tenido el escritor galo para el desarrollo de semejante descripción con más de un siglo de adelanto. [...]"

Aun cuando *París en el siglo XX* y *La isla con hélice* fueron novelas pródigas en descripciones de adelantos tecnológicos, no lo fue menos el cuento *En el siglo XXIX: la jornada de un periodista americano en el 2890*, publicada por primera vez en inglés en el periódico *The Forum* de la ciudad de Nueva York bajo el título "In the year 2889". Entre las anticipaciones del relato destaca una que resulta ser de particular interés y es la que se refiere a un aparato que nombra "telefoto". Se describe

de la siguiente manera: “El teléfono complementado por el telefoto, una conquista más de nuestra época. Si desde hace tantos años se transmite la palabra mediante corrientes eléctricas, es de ayer solamente que se puede transmitir también la imagen. Valioso descubrimiento, a cuyo inventor Francis Bennett no fue el último en agradecer aquella mañana, cuando percibió a su mujer, reproducida en un espejo telefónico, a pesar de la enorme distancia que los separaba”. Nada más parecido a la descripción de lo que se conoce como teleconferencia. Pero es, al llegar a este punto, donde surgen entonces las dudas sobre la autenticidad de esta historia que se presume fue escrita originalmente por su hijo Michel. Aparentemente, un año después, Julio tomó el texto escrito por el hijo, lo mejoró y lo recirculó en algunos periódicos franceses. [...]

Definitivamente, ¿fue Julio Verne un profeta o un escritor imaginativo?

El tema de las “predicciones” de Julio Verne es inagotable. Los estudiosos de la obra verniana recomiendan no leer tan profundamente en los textos y no exagerar lo que allí se encuentre. Un misil autopropulsado no es lo mismo que un misil autoguiado, el delirio de un científico que exagera el poder de su explosivo no es necesariamente equivalente a una predicción de la bomba atómica, la proyección a través de potentes reflectores de una imagen que no se mueve no es en modo alguno algo parecido a la descripción del cine que conocemos actualmente.

Se puede notar que las más atrevidas “anticipaciones” ocurren en sus últimas obras con descripciones notables de: un helicóptero (*Robur el conquistador*), un cañón gigante para corregir el eje de la Tierra (*El secreto de Maston*), reproducción audiovisual (*El castillo de los Cárpatos*), una vía férrea transiberiana (*Claudio Bombarnac*), una isla flotante motorizada (*La isla con hélice*). En *La asombrosa aventura de la misión Barsac* —nuevamente aquí subyace el problema de la autenticidad— describe el láser, el control remoto, la lluvia artificial y la tortura por medio de descargas eléctricas. Muchas de ellas llegan ya junto al precario avance de la tecnología de finales del siglo XIX.

Por otra parte, muchas de las ideas para sus “predicciones” no son originales de él. El propio autor dice que sus lecturas de los desarrollos científicos contemporáneos eran la fuente de la gran mayoría de sus ideas. [...]

Para muchos, las “predicciones” que se le atribuyen al autor galo no son más que extrapolaciones hechas a partir de técnicas emergentes o de especulaciones a partir de cosas conocidas teóricamente (la electricidad, por ejemplo) o imperfecciones (las exploraciones por ejemplo). No se debe olvidar que Verne reunía muchos documentos geográficos y científicos antes de escribir sus novelas y que leía muy regularmente un gran número de revistas científicas y geográficas. Lo cierto es que el gran talento de escritor de Julio Verne lo llevó a incluir en sus novelas todas estas “anticipaciones” que casi cien años después de su muerte —aun cuando muchas de ellas son ya algo común en nuestro siglo— siguen cautivando y encantando a las generaciones actuales e inspirando a otros artistas. [...]



Poster de la ópera *Viaje a la Luna* (música de Offenbach), 1892.

El viaje a la Luna de Cyrano de Bergerac (fragmento)

J. L. López Lasala, en: *El rincón de la ciencia*, Nº 23, octubre 2003

Parece ser que Cyrano de Bergerac (1619-1655) fue un hombre libertino y materialista, diferente del héroe romántico que Edmond Rostand (1868-1918) presenta en el drama que lleva su nombre. Pero la fuerza del personaje creado convirtió al falso Cyrano en un mito, representado sin descanso desde entonces y recreado varias veces en la ópera y el cine. [...]

Traemos aquí a Cyrano, al de verdad, por un libro que no pudo publicar en vida, *El otro mundo*, también divulgado en español con el título *Historia cómica o Viaje a la Luna*. No esperemos encontrar la intriga de una novela; en realidad, es un ensayo cómico-fantástico donde el autor, influido por las ideas racionalistas de su tiempo, repasa diversos aspectos de la condición humana, desde los más trascendentales, como la existencia de Dios, la creación del mundo o la inmortalidad del alma, hasta otros que descubren los prejuicios e incongruencias de nuestras costumbres. Pero, ¿os gustaría conocer las de los habitantes de la Luna... ?

En la Luna, solo los animales andan sobre dos patas, por eso confunden al viajero protagonista con un avestruz. Al utilizar las cuatro extremidades, los lunáticos miran al suelo con orgullo, pues así contemplan los bienes de los que son señores; la cabeza erguida de las bestias muestra, en cambio, su actitud suplicante ante el Cielo por depender de los cuadrúpedos. ¿Y su lenguaje? Existen dos idiomas: el que habla el pueblo y el de la grandeza. Este último es melódico y, en caso de afonía, la entonación puede suplirse con instrumentos musicales. Una aburrida conversación filosófica en la Tierra sonaría en la Luna como un armonioso concierto. El pueblo no da para tanto y se expresa mediante gestos y convulsiones. Unos y otros se alimentan del olor y, para que el cuerpo pueda absorber mejor los nutritivos vapores, es habitual desnudarse antes de comer.

¡Qué ejemplos de progreso cívico su sistema monetario y la organización de sus guerras! La moneda de cambio son los versos. El poeta-consumidor lleva sus poemas a la Casa de la Moneda, donde un jurado tasa su valor según el mérito literario que aprecie. [...]

En las guerras lunares hay árbitros que comprueban la igualdad previa a la batalla. Los ejércitos deben tener el mismo número de soldados y solo se permite la lucha entre iguales: lisiados contra lisiados, fuertes contra fuertes, hábiles espadachines frente a reconocidos esgrimidores... Al final, se cuentan los heridos, muertos y prisioneros y, en caso de empate, la victoria de la contienda se resuelve a cara o cruz. Pero aún queda el enfrentamiento intelectual de los sabios, que vale el triple que el militar.

Nuestro viajero espacial renueva su asombro cuando contempla a un aborigen que camina tan tranquilo por su Luna luciendo un enorme pene, ceñido a la cintura como adorno. Le explican que es símbolo de caballerosidad y nobleza, al igual que

la espada en la Tierra. Y se compadecen del terrícola porque se avergüenza de exhibir sus genitales, que dan la vida, prefiriendo lucir un instrumento de la muerte.

[...] Pero, aprovechando el carácter científico de este Rincón, aclararemos en el siguiente párrafo una cuestión que ya te habrás planteado: ¿cómo consigue llegar a la Luna un turista del siglo XVII?

En su primera intentona se ciñe al cuerpo frascos de rocío, pero el sol lo atrae con tanta fuerza que se pasa de largo y vuelve a caer a la Tierra. Por fin construye una máquina de hierro desde la que lanza hacia arriba un imán concentrado; la aeronave se eleva al encuentro del imán, hasta que es recogido por el piloto para ser así sucesivamente tirado y recogido en dirección a la Luna. De interés científico es también una corrección al sistema copernicano: sí, nuestro planeta gira alrededor del Sol, pero su movimiento de rotación se debe a la desesperada agitación de los condenados en el infierno, que, como todos sabemos, está situado en el centro mismo de la Tierra.

Y acabamos, por narices. Quién sabe si fue su complejo de narigudo el que llevó a Cyrano a dotar de generosos apéndices nasales a todos los habitantes de su particular edén. Allí, unas buenas nupias reflejan la nobleza, cortesía y espiritualidad de su dueño; por eso, al año de nacer, los bebés pasan una "I.T.V." de narices y, si no dan la talla, son inmediatamente castrados.

Si pides la luna y no te la dan, puedes visitar la que imaginó Cyrano de Bergerac, un hombre que vivió apasionadamente su vida en la Tierra y murió joven, ¡zas!, de un golpe en la cabeza.

El reloj y las costumbres

**U. Eco y G. B. Zorzoli en: *Historia ilustrada de los inventos*,
Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1962.**

Símbolo del transcurso del tiempo, instrumento de medición, objeto de decoración doméstica, monumento ciudadano, chuchería portátil, el reloj no podía evitar las temporadas de la moda y los fastos de una iconografía riquísima. En las simbolizaciones medievales lo encontramos como insignia de la prudencia, la temperancia o la sabiduría, símbolo de ponderación, de exactitud y conocimiento. Tiene forma circular y se relaciona con las simbologías solares, con la idea geométrica de perfección, con las representaciones del macrocosmos. Pero el lento consumirse de las horas que él marca lo asocia con la idea de la muerte, de la cual se convierte en continua admonición. No es por azar que en los retratos de los grandes personajes, cuando la imagen intenta captar matices interiores y traducir la vida profunda del alma del retratado, aparece el reloj, puesto sobre una mesa o colgado en la pared, para recordar que el tiempo nos invade en cada fibra y nos conduce, a

humildes y grandes, hacia el fin. Pero con el nacimiento de los relojes portátiles, el pequeño instrumento se convierte en un pretexto para rebuscados trabajos de orfebrería. El reloj asume las más variadas formas: huevo, disco, cruz, hexágono, dije y caja, medallón y pendiente. La búsqueda de dimensiones mínimas que hagan de la chuchería una obra maestra de paciencia facilita el nacimiento de la mecánica de precisión.

En 1542, por ejemplo, le fue obsequiado a Guidobaldo della Rovere un reloj de campana encastrado en el pomo de un bastón, y se cuenta que Enrique VIII de Inglaterra llevaba un reloj pequeñísimo al que debía darse cuerda solo cada ocho días. Durante el reinado de los Valois, en Francia, se fabricaban relojitos de bolsillo en forma de almendra, coquilla y bellota, grabados, cincelados, y trabajados en metales preciosos; y a menudo la aguja, incrustada de minúsculas piedras, era una obra maestra de orfebrería. En determinado momento, tales trabajos de alta artesanía favorecieron la constitución de corporaciones protegidas por los soberanos y regidas por reglas severísimas para que los secretos del oficio se conservaran inalterados a través de los años y dentro de un restringido círculo de especializados.

Junto a esta relojería de precisión, florece también la construcción de lujosos y complicados relojes de torre, entre los cuales quizás sea el más célebre el gran reloj astronómico de la catedral de Estrasburgo, de 1573, que aún funciona.

En una época circulaba la leyenda de que lo había construido Copérnico, y que, una vez cumplida la obra, las autoridades municipales habían cegado al sabio para impedirle que realizara una maravilla por el estilo para otras ciudades. Historia absolutamente falsa, porque Copérnico jamás visitó Alsacia y, sobre todo, jamás quedó ciego. En el centro figura una esfera móvil que cumple una rotación completa en 365 días; otros cuadrantes indican los días de la semana, los del mes, los signos zodiacales, las fases de la luna, la salida y el ocaso del sol. Cada hora, dos ángeles tocan una trompeta, se oye una campana y un gallo de metal bate las alas haciendo oír su canto. Otros elementos se mueven en varias formas.

El reloj se convierte en un signo de riqueza, una concesión al gusto corriente, un símbolo de bienestar y de refinamiento. Y por fin, se democratiza a causa de la necesidad de adaptarse a las exigencias de las diversas circunstancias cotidianas, de los juegos, de la guerra y del deporte, que estimulan ulteriores perfeccionamientos y lo convierten en un instrumento que con frecuencia, sacrifica el adorno a la "funcionalidad". Pero en su interior, por más complejo que sea, mantiene su frialdad y su geométrica belleza, su elegancia hecha de abstracta lucidez.

En ciudades amuralladas (adaptación)

Nora Vera, en: *Clarín, Viajes*. Domingo 29 de mayo de 2005

Históricamente, los seres humanos se sintieron amenazados. Primero se armaron de garrotes para preservar sus vidas. Luego construyeron terraplenes y vallas para detener al posible invasor de su propiedad. Una vez asentado en grupo, y a medida que se iba enriqueciendo, el ser humano se ocupó de perfeccionar los sistemas defensivos. Con el material más duro que encontró —la piedra— comenzó a levantar murallas que pronto se convertirían en símbolos de prestigio y poder. Ya en la Edad Media, para ser ciudad, era condición indispensable poseer murallas.

Demos un paseo, entonces, por algunas de las más hermosas ciudades amuralladas de Europa, en las que solo falta la presencia de nobles caballeros con lustrosas armaduras.

Rothenburg, Alemania



En el corazón de Alemania, en plena Ruta Romántica, está la ciudad medieval mejor conservada de toda Europa. Llegar a Rothenburg od der Tauber, milagrosamente intacta tras varios bombardeos, es sumergirse en un cuento de Geoffrey Chaucer. Va el primer dato para darse una idea de su atmósfera mágica: cada hora un reloj de 1863, ubicado junto a un campanario gótico, deja ver unos muñecos de madera que ilustran la leyenda más célebre de la ciudad. La que cuenta que un trago largo —larguísimo— de vino, salvó a Rothenburg de ser destruida. Según dicen, el 31 de octubre de 1631, en Plena Guerra de los Treinta Años, el alcalde Nusch tomó de un solo sorbo una copa con más de tres litros de vino de Franconia. Fue la condición impuesta por el jefe de las tropas de la Liga Católica para liberar la ciudad que acababa de tomar.

Nacida a partir de un castillo del siglo X, Rothenburg es una deliciosa maraña de callejuelas románticas en las que se suceden construcciones de los siglos XII al XVII. La fabulosa muralla que rodea la ciudad por completo tiene un portón gigante de madera maciza. A través de unas escaleras de piedra se puede subir a la muralla para caminarla y admirar el casco viejo desde sus torres.

Dubrovnik, Croacia



La ciudad amurallada del siglo VII se posó como una mariposa sobre el Adriático. Levantada sobre un promontorio rocoso, rodeada de un mar azul-celeste y de cipreses, inspiró al poeta renacentista Ivan Gundulic, nacido entre estas murallas: “Todo el oro del mundo, toda la plata y toda la sangre no podrían cambiarse por tu belleza pura”.

El prolijo y bullicioso casco viejo de Dubrovnik está cercado por unos dos kilómetros de murallas de 25 metros de altura que lograron sobrevivir al paso del tiempo y

a las granadas que el 6 de diciembre de 1997 los serbios lanzaron sin contemplación sobre la *Perla del Adriático*, como se la llama a la ciudad croata. Los techos nuevos de tejas rojas de la ciudad perfectamente reconstruida contrastan con la antigua piedra blanca de los muros. [...] Los estilos se mezclan: hay mucho barroco, pero también construcciones góticas y renacentistas. Es imperdible el monasterio franciscano, que conserva la farmacia más antigua de Europa, del siglo XIV.

Ávila, España

Sobre una colina de 1131 metros y rodeada por las aguas del río Adaja, se alza la ciudad con la muralla más antigua y mejor conservada de España. Desde el mirador de Cuatro Postes, en la ruta a Salamanca, Ávila aparece con sus 88 torreones como el sueño brillante de un caballero medieval. Es un perfecto rectángulo con 2.516 metros de perímetro, paredes de 12 metros de altura y 3 metros de grosor. Restaurada en el siglo XIV, el secreto de su actual estado quizás aparezca revelado en un documento del Archivo Municipal de 1481, en el que se establecen las obligaciones de cada grupo social con respecto a la muralla: los caballeros la custodiaban desde afuera y el pueblo llano, desde las almenas; los campesinos de los alrededores debían reparar los adarves, limpiar los fosos y aportar la piedra, la cal y la arena que se precisara; los judíos proporcionaban el hierro y los moros hacían los trabajos de albañilería.

Aunque no se conoce con precisión la fecha de construcción de la muralla de Ávila, los documentos reales indican que fue concluida en la segunda mitad del siglo XII. La ciudad fue ocupada por los árabes en el siglo VII y conquistada por el rey castellano Alfonso VI en 1088.

Carcassonne, Francia

Desde las colinas perfumadas de la región vitivinícola del Aude, a 90 km de Toulouse, se divisan los muros grises y las 51 torres con techos cónicos de la imponente Carcassonne. La llegada a la ciudad guarda una sorpresa, cuando se descubre que detrás de la gran muralla divisada a lo lejos, una avenida empedrada rodea... ¡Una segunda muralla! Carcassonne es una ciudad dentro de otra ciudad que le sacó el jugo como pocas a su carácter medieval. [...] A la Cité, la ciudadela que está dentro de las murallas, no se puede entrar en auto. La historia cuenta que luego de cinco siglos de ocupación romana, en el año 436 este enclave pasó a manos de los visigodos, quienes construyeron la muralla interna en el siglo VI. La ubicación de la ciudad —en un estratégico nudo de comunicaciones— la convirtió en un importante objetivo de conquista en las distintas épocas de la historia. En el siglo IX, los francos se asentaron para caer en 1209 en poder de los cruzados. Las sucesivas conquistas deterioraron las murallas, que fueron restauradas con maestría en 1844.

A la Ciudad Baja, creada posteriormente como expansión de la Cité, se la llama Ville Basse y es un típico pueblecito francés en el que abundan los bistrós y las patisseries. Pegado a la muralla galorromana, está el Palacio Condal, del siglo XII, con foso y puente levadizo.

Siena, Italia

Desde el corazón de la Toscana, cada 2 de julio Siena revive el espíritu medieval. Es cuando la Piazza del Campo, cubierta de arena, recibe a 17 contrades —equipos de vecinos vestidos a la usanza medieval, con banderas y colores propios— montados en una desenfrenada carrera de caballos. Es el célebre Palio, antigua justa que se lleva a cabo, año tras año, desde hace siglos en esta misma plaza.

Construida sobre tres colinas y rodeada de seis kilómetros de murallas del siglo XIII, Siena recibe a los visitantes con un amable cartel en la Puerta Camollia: *Cor Magi tibi Seni pandit* (Siena abre tu corazón más que esta puerta). La ciudad es realmente antigua: fue una de las 28 colonias militares del emperador Augusto, pero se afirma que en realidad la fundó el hijo de Remo, de los legendarios Rómulo y Remo. Desde 1125, cuando se convirtió en república independiente, compitió con la vecina Florencia, aunque muchos la recuerdan más por haberle donado su nombre a un pigmento de óleo que se extrae de sus montañas: tierra de siena tostada, el color que usaban Da Vinci y Miguel Ángel para pintar las pieles. [...]

Salzburgo, clásica y elegante (adaptación)

Sandra Lion, en: *Clarín*, Viajes.

Domingo 20 de noviembre de 2005

En el casco histórico

Un buen punto de partida es el casco antiguo que, en un reducido espacio físico, despliega edificios de la Edad Media, románicos, del Renacimiento y de otros períodos. Allí se encuentra la Plaza de la Residencia —Residenzplatz— que alberga una de las fuentes barrocas más altas del mundo. Desde aquí puede ser una buena idea tomar alguno de los carruajes empujados por caballos que marchan envueltos en frazadas para recorrer los distintos puntos de la ciudad.

Así se puede llegar a Getreidegasse, una de las calles comerciales más famosas, que desde la Edad Media mantiene las tallas de hierro forjado que identificaban cada comercio. [...] Luego del paseo por esta pintoresca peatonal, se impone la visita a la casa número 9 de la misma Getreidegasse, donde en 1756 nació

Wolfgang Amadeus Mozart. Allí se ubica uno de los grandes museos del músico, tan imperdible como aquel que se encuentra en la residencia donde se mudó a los 17 años.

Apenas unos pasos más y los innumerables cafés se transforman en una parada obligada. La gastronomía de Salzburgo se caracteriza por sus riquísimos chocolates y por el sabroso *apfelstrudel* o *strudel* de manzana tibio, acompañado con crema ácida.

La siguiente parada puede hacerse en la bellísima Fortaleza Hohensalzburg, la más grande y mejor preservada de Europa Central. Se puede llegar a pie o con el funicular. Ubicada sobre el casco antiguo de la ciudad, la majestuosa fortaleza ofrece desde su parte más alta un punto panorámico ideal de toda Salzburgo. El río, indiferente a semejante belleza, serpentea y divide a la ciudad en dos. Gente en bicicleta puebla las dos orillas.

Cuando la fortaleza queda detrás, el Palacio y los Jardines Mirabell son los nuevos protagonistas de la ciudad. Sorprenden las flores multicolores y el verde intenso del césped, interrumpido por fuentes y esculturas inspiradas en la mitología griega. Este sitio encantador tiene una atmósfera especial que remite al visitante a una película clásica: *La novicia rebelde* fue filmada en Salzburgo [...].

Salzburgo tiene una intensa vida cultural. Se destaca el reconocido Festival de Salzburgo, que exhibe 170 eventos correspondientes a las grandes óperas clásicas y a las obras de teatro más significativas de las últimas décadas, en poco más de un mes. Ubicado en el casco histórico, el distrito del Festival dispone de tres escenarios impresionantes que, por más que no haya ninguna función en cartel, vale la pena visitarlos por sí mismos.

Las ciudades-fortalezas (adaptación)

Julián Varsavsky, en: Página/12, Turismo, 3 de agosto de 2002

El noroeste argentino fue la región del país donde las culturas indígenas autóctonas alcanzaron su mayor nivel de desarrollo tecnológico y poblacional. Los grupos étnicos predominantes en la época de la conquista española eran los diaguitas, los calchaquíes y los omaguacas, quienes solían establecerse en poblaciones construidas en las laderas montañosas y alrededores, con una fortificación en las alturas hacia donde se replegaban en caso de ataque. Los tres ejemplos clave de este tipo de ciudad-fortaleza del período del Tardío (850-1480 d.C.) son la ciudad de los quilmes, en la provincia de Tucumán; el restaurado Pucará de Tilcara, en Jujuy, y las ruinas de Santa Rosa de Tastil, al sur de Salta.

El peso de una cultura

El pueblo jujeño de Tilcara es considerado la capital arqueológica del noroeste argentino.

El ingreso al pueblo es a través de un puente sobre el río Grande. Muchas casas son de adobe, y por las calles empedradas sin autos corretean los chicos y las gallinas. Algunas llamas pastan en el patio de un hotel, y ciertas casas poseen en el frente una vitrina con una gran vasija indígena que fue desenterrada en ese mismo lugar.

A un kilómetro del pueblo, en las alturas de un cerro, se erigen los restos del Pucará de Tilcara, un asentamiento fortificado de antigüedad casi milenaria, edificado por los omaguacas. Lo descubrió en 1908 Juan Ambrosetti, y en 1948 fue restaurado parcialmente con un criterio bastante discutido por los arqueólogos actuales.

[...] Este poblado fortificado medía 17.000 hectáreas, y su población alcanzaba los dos mil habitantes. Algunas casas han sido reconstruidas y se ingresa en ellas por entradas muy bajas que hacen necesario agacharse un poco. En el interior hay esculturas actuales que reproducen a los indígenas en su tamaño natural, inmersos en los quehaceres domésticos. [...]

Todos los visitantes de Tilcara hablan de la “magia especial” del Pucará. [...] para los humahuaqueños el misticismo es cosa seria y, al igual que los ancestrales habitantes del Pucará, siguen encontrando a su Dios principal en la tierra y no en el cielo. De hecho, todavía los tilcareños ofrendan alimentos a la Madre Tierra alimentándola a través de un hoyo en la tierra. Tilcara yace a los pies de una fortaleza abandonada, que es la máxima expresión de los habitantes del Kollasuyo en todo el norte argentino.

El silencio de los quilmes

A una hora de Tafí del Valle, al oeste de la provincia de Tucumán, las ruinas de la ciudad de los quilmes se despliegan en forma de terrazas escalonadas sobre los faldeos del cerro Alto Rey. El segmento restaurado es apenas una parte de lo que fue una gran ciudad indígena que llegó a albergar a 3000 personas. Basta con internarse un poco entre la maleza para toparse con infinidad de montículos de piedra que alguna vez conformaron las gruesas paredes de las casas.

La ciudad comenzó a poblarse a mediados del siglo XV y fue uno de los principales asentamientos prehispánicos de la actual Argentina. Alrededor del siglo XVII había crecido tanto que en su centro y alrededores vivían unas 10.000 personas. Vista desde las alturas del cerro, la ciudad se asemeja a un complejo laberinto de cuadrículas de hasta 70 metros de largo, que servían de andenes de cultivo, depósito y corral para las llamas. Solo se reconstruyeron las bases de las casas y se utilizaron las mismas piedras que yacían amontonadas en el sitio. También se puede observar que existían numerosas casas de estructura circular que originalmente estaban techadas con paja.

La ciudad era una verdadera fortaleza. Aún quedan restos de piedra laja clavados en la tierra formando parapetos ubicados a 120 metros de altura, que ofrecían una protección infranqueable. Los quilmes estaban entrenados en el arte de la guerra debido a sus conflictos con las comunidades vecinas, y por esa razón fueron el hueso más duro de roer para los españoles en el norte argentino. Disponían de un verdadero ejército de 400 aborígenes que resistió el asedio español durante 130 años.

Pasada la fiebre del oro en América, la conquista codiciaba a los quilmes como fuerza de trabajo. Para dominarlos llevaron a cabo una política sistemática de destrucción de sus cultivos, y finalmente lograron rendirlos en 1666, no por la fuerza –ya que la ciudad era indomable– sino por hambre y por sed. Existen testimonios dramáticos de numerosos suicidios por parte de los indígenas, quienes en muchos casos preferían la muerte a la esclavitud, y se lanzaban al precipicio desde lo alto de su gran fortaleza. A los sobrevivientes –unas 200 familias– se les fijó como lugar de residencia la zona de la provincia de Buenos Aires que hoy se conoce como partido de Quilmes, adonde debieron llegar caminando bajo custodia militar. Allí vivieron hasta 1812 en la Reducción de la Santa Cruz de los Quilmes, que funcionó como encomienda real donde los aborígenes pagaban tributo a la corona mediante su trabajo.

Su cultura se fue desangrando de a poco y sufrieron una fuerte caída demográfica. Con los años perdieron su lengua y se desintegraron como grupo étnico. Sin embargo, todavía existen en Tucumán muchas personas que se consideran quilmes, reivindicándose descendientes de los ancestrales guerreros que defendieron sus tierras hasta las últimas consecuencias y aún hoy aspiran a que se las devuelvan.

Las ruinas de Tastil

En el borde sudoriental de la Puna, en la provincia de Salta, están los restos arqueológicos de uno de los mayores núcleos poblacionales del período Tardío Preincaico del noroeste argentino (1000-1450 d.C.).

Al llegar a la parte alta de la montaña aparecen los primeros rectángulos de pircas reconstruidas de este poblado diaguita que llegó a tener más de 2000 habitantes. En total son 12 hectáreas excavadas en un 30 por ciento, donde se ha podido identificar un trazado urbano bien definido, conformado por unidades de viviendas, calles principales y secundarias, plazas, mercados, un centro político y otro religioso.

La estratificación social se reflejaba claramente en las viviendas: en lo alto del cerro estaba el barrio de casas más complejas, con varios recintos, mientras que en la parte baja se encontraron viviendas más sencillas, de un solo cuarto. Los muertos eran enterrados dentro del pueblo, junto a la pared exterior de las casas (lejos de la puerta). En los barrios altos la riqueza de los ajueres funerarios encontrados es un indicador claro de nivel social. En cambio, las tumbas de los barrios inferiores guardaban pertenencias mucho más pobres, que el muerto se llevaba al otro mundo.

En la cima del orden social se hallaban el cacique y el chamán. Todas las casas se construyeron colocando piedra sobre piedra sin la utilización de argamasa alguna. Las estructuras cuadrangulares y rectangulares propias del patrón habitacional del noroeste argentino no se cumplen aquí de manera estricta, debido a la irregularidad topográfica de la montaña. No se sabe bien cómo estaban conformados los techos (quizás con cueros o tejidos) y en el interior había un fogón, algún mortero y hoyos que se usaban como silos de almacenamiento de granos. En los faldeos de los cerros vecinos se ven los cuadros de cultivo con sus pircas de piedra que servían para proteger del viento y la lluvia a las plantaciones de poroto, calabaza y maíz.

El sitio fue ocupado por primera vez a mediados del siglo XIV, y no se encontraron evidencias de dominio incaico, ya que cuando el reino del Cuzco avanzó sobre la región, los pobladores de Tastil habían abandonado la ciudad. Se cree que lo hicieron por decisión propia. La hipótesis central propone que Tastil había crecido tanto como núcleo urbano que se hizo imposible alimentar a una población tan numerosa en un medio tan inhóspito.

Grúas abandonadas en la isla Maciel

**Roberto Arlt, en: *Aguafuertes porteñas*,
Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo, 1996.**

La Isla Maciel es rica en espectáculos brutales. En ella no se puede deslindar, por momentos, dónde termina el cañaveral y empieza la ciudad.

Tiene calles terribles, dignas de la cinematografía o la novela.

Calles de fango negro, con puentecitos que cruzan de casa en casa. Los perros, en fila india, cruzan estos puentes para divertirse, y es regocijante verlos avanzar un metro y retroceder cincuenta centímetros.

Hay calles a lo largo de sauzales, más misteriosas que refugio de pistoleros, y un tranvía amarillo ocre pone sobre el fondo ondulado de chapa de zinc de las casas de dos pisos, su movediza sombra de progreso.

En ciertas direcciones, a las once de la mañana, en la isla parecen las tres de la tarde. No sabe si se encuentra uno en una orilla de África o en los alrededores de una ciudad nueva en la península de Alaska. Pero es ostensible que los fermentos de una creciente civilización se están fraguando entre los chasquidos de idiomas raros y los "overloes" de los hombres, que cruzan lentamente caminos paralelos a las vías que no se sabe a dónde irán a parar.

Pero el espectáculo que más llama la atención al entrar en la isla, a pocos metros del puente del Riachuelo, es una guardia de veinte gigantes de acero, muertos, amenazando el cielo con los brazos enredados de cadenas, abandona-

dos quizá hasta la oxidación. Son veinte grúas que hace algunos años trabajaban frente a la costa de la Capital.

Un día, resultó que el frigorífico hizo nuevas instalaciones, que las convirtieron en superfluas, y que desde entonces no han vuelto a moverse sus poderosos brazos de acero, cosidos por largas filas de remaches.

Y es extraordinario ver estos mecanismos abandonados, enfilados en los rieles de la orilla, y enrejando el cielo de azul cobalto con sus brazos en V, oblicuos y detenidos en la misma dirección. Parece éste un paisaje de algún cuento fantástico de Lord Dunsany.

De roldanas negras, cargadas de grumos de grasa y hollín, caen las cadenas de eslabones partidos, y en esa alta soledad de hierro frío y perpendicular, un chingolo salta de una polea a un contrapeso.

Y nada más sombrío que este pajarito revoloteando entre hierros inútiles, tirantes de hierro mordidos por la oxidación. Él da la sensación definitiva de que esas toneladas de acero y de fuerza están muertas para siempre.

Ni las casetas de los maquinistas se han librado de la destrucción.

Los vidrios han desaparecido totalmente, los marcos de madera, agrisados, se hienden y se parten, y como una blancura de hueso de esqueleto es la blancura de la masilla que en los contramarcos se desprende lentamente para seguir el camino de los vidrios. E incluso el mango de madera de las palancas de los guinches se ha rajado, en la incuria del tiempo y sus inclemencias.

Todo revela la destrucción aceptada.

El malecón, donde cruzan los rieles que soportan estos guinches, también se desmorona. Numerosas tablas del piso han desaparecido, y las que quedan blanquean como osamentas de dromedarios en el desierto, y por estos huecos, que dejan escapar un viento áspero, se escucha como chasquea el agua morena.

Retorcidos y rojizos quedan, de lo que fue, los clavos de cabeza cuadrada y matas de pasto verde.

Y por donde se mira en torno de esas veinte grúas, enfiladas como condenados a muerte, o patíbulos, no se contempla otra realidad que la paralización de la vida. En los carriles, las ruedas parecen petrificadas sobre sus ejes; bajo las bóvedas de sus cuerpos piramidales han construido refugio los desocupados y los vagos, y secándose al sol, colgadas de sogas, se mueven las ropas recientemente lavadas.

Mientras tomo apuntes, por allí sale de debajo de una grúa un criollo ciego, con bigotes blancos. Un cocinero de una chata, a gritos despierta a un vago para ofrecerle de una fuente las sobras de una tallarinada, y únicamente mirando hacia el puente, o hacia el agua, o a los bares de la vida se olvida uno de este espectáculo siniestro, que encarnan los veinte brazos, enguarnaldados de cadenas hollinosas, enrejando el cielo de un azul cobalto, entre la desgarrada forma de sus dobles V.

NOTAS

NOTAS

|

|

|

—

—

NOTAS

|

|

|

—

—

NOTAS

|

|

|

—

—

NOTAS

|

|

|

—

—

COLOFÓN
DATOS DEL COLOFÓN